

En el exilio de Nyamata, junto a centenas de deportados hutus, transcurrió la infancia de la ruandesa Scholastique Mukasonga. Para su madre, Stefania, no existía más verdad que sus hijos, todo cuanto hacía llevaba sus nombres por salvarlos del dolor. Un único deseo sostenía a Stefania. Con una voz desconocida, dejaba un testamento oral que llenaba de angustia a la pequeña Scholastique y a sus hermanas: "Cuando yo muera", advertía, "cuando ustedes me vean muerta, tendrán que cubrir mi cuerpo. Nadie debe verlo, el cuerpo de una madre no puede quedar expuesto. Serán ustedes, hijas mías, las encargadas de cubrirlo, solo a ustedes les corresponde hacerlo. Nadie debe ver el cadáver de su madre porque si no, eso las perseguirá... las atormentará hasta el día de su propia muerte, cuando ustedes también necesiten que alguien cubra sus cuerpos".

La mujer descalza se nos presenta, sobre todo, como un manual de iniciación. Pero dado que los gestos y las prácticas pertenecen fundamentalmente a los códigos de la vida, la escritura logra, paradójicamente, escapar a la tristeza para resucitar un recuerdo feliz. Los títulos de los diversos capítulos evocan tanto el genocidio como la cultura de Ruanda, reflejan el deseo de recobrar un tiempo dichoso y, aun sin eludir el dolor, intentan suscitar el placer literario.

Scholastique Mukasonga nació en Gikongoro, Ruanda, en 1956. Desde su infancia experimentó la violencia y humillación de los conflictos que sacudieron su país. Exiliada en Burundi, pudo completar sus estudios, obteniendo el diploma de Asistente Social. Se instaló en Francia en 1992, dos años antes de la masacre de los hutus en manos de los tutsis en la que perdieron la vida 27 miembros de su familia, incluyendo su madre. En el 2006 publicó su primer libro, *Inyenzi ou les cafards* al que siguieron otros como *Notre-Dame du Nil* y *Cœur tambour*. Ha recibido los premios Ahamadou Kourouma y Renaudot (2012), el *Océans France Ô prize* (2013) y el *French Voices Award* (2014). *La Mujer Descalza* obtuvo el premio Seligmann como obra consagrada a la lucha contra el racismo.

ISBN 978-997-46819-1-1



9 789874 681911

es
editorial
Empatía

LA MUJER DESCALZA Scholastique Mukasonga

es



Prólogo de Christian Kupchik

LA MUJER DESCALZA

Scholastique Mukasonga

es
editorial
Empatía

Esta edición pirata se realiza con el objetivo de difundir la literatura africana en países de habla hispana. Cuando puedas (y si podés), comprá una copia de este libro para apoyar el trabajo de Empatía, la única editorial dedicada exclusivamente a publicar literatura africana en Argentina.

LA MUJER DESCALZA

Scholastique Mukasonga

es
editorial
Empatía

Título original: *La femme aux pieds nus*

Mukasonga, Scholastique

La mujer descalza / Scholastique Mukasonga; prólogo de Christian Kupchik.
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Empatía, 2018.
146 p.; 20 x 14 cm.

Traducción de: Sofía Irene Traballi,
ISBN 978-987-46819-1-1

1. Literatura Africana. 2. Memorias. I. Kupchik, Christian, prolog. II. Traballi,
Sofía Irene, trad. III. Título.
CDD 896.39461

Introducción

Con otra piel

*La escritura es el recuerdo de su muerte
y la afirmación de mi vida.*

Georges Perec, *W o el recuerdo de la infancia*.

Una rápida mirada al mapa de África permite identificar a Ruanda como un doloroso muñón encogido entre la República del Congo, Uganda y Tanzania, más Burundi al sur, otra breve protuberancia a la que miles de ruandeses se vieron empujados para salvar la vida. No muchos lo consiguieron. El resto será un infierno verde junto a los grandes lagos que surgen de la fuente del Nilo. Ese es el escenario donde se desarrolló uno de los mayores genocidios de la historia.

Tras la Segunda Guerra Mundial, los colonizadores belgas agudizaron las diferencias de clase señalando a un tutsi con menos de diez vacas como un hutu y consecuentemente imponiéndole trabajos forzados. Hasta 1950 la educación solo estaba al alcance de los tutsis. El rey Mutara III Rudahigwa, que había gobernado durante cerca de tres decenios, murió en 1959 y los tutsi obtuvieron el poder. Esto contribuyó a una serie de rebeliones de los hutus, que demandaban igualdad de derechos, y que produjeron la muerte de miles de personas, tanto de un bando como del otro. En 1961, con el apoyo de los colonos belgas, la mayoría hutu tomó el control del gobierno, aboliendo la monarquía tutsi y declarando la República de Ruanda, que se independizaría en 1962 (aunque el reconocimiento exterior demoró mucho más). Rápidamente, los tutsis fueron desplazados a los confines del territorio, en la frontera con Burundi, un enclave desértico demasiado árido como para aspirar a una existencia feliz.

©2008, Editions Gallimard – 5 Rue Gaston-Gallimard, Paris, France.

©2008, Mukasonga, Scholastique

©2018 de la presente edición en castellano Editorial Empatía

©2018 Sofía Traballi por la traducción

Diseño: El Cerbo

Primera Edición: Agosto 2018

Marcela Alejandra Carbajo Editora

Editorial Empatía

Patagones 2827, Piso 5 - (1437) - CABA

www.editorialempatia.com

ISBN: 978-987-46819-1-1

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del Copyright.

Allí, en el exilio de Nyamata, junto a centenas de deportados, transcurrió la infancia de Scholastique Mukasonga (Gikongoro, 1956) junto a su familia. Para su madre, Stefania, no existía más verdad que sus hijos, todo cuanto hacía llevaba sus nombres por salvarlos del dolor. Un único deseo sostenía a Stefania. Con una voz desconocida, dejaba un testamento oral que llenaba de angustia a la pequeña Scholastique y a sus hermanas, Jeanne y Julienne: "Cuando yo muera", advertía, "cuando ustedes me vean muerta, tendrán que cubrir mi cuerpo. Nadie debe verlo, el cuerpo de una madre no puede quedar expuesto. Serán ustedes, hijas mías, las encargadas de cubrirlo, solo a ustedes les corresponde hacerlo. Nadie debe ver el cadáver de su madre porque si no, eso las perseguirá... las atormentará hasta el día de su propia muerte, cuando ustedes también necesiten que alguien cubra sus cuerpos".

Scholastique no pudo cumplir con el deseo de su madre. No llegó a cubrirla, porque el cuerpo fue despedazado por sus asesinos y arrojado a las hienas y los perros "sedientos de carne humana". No encontró Scholastique el cuerpo de su madre ni de otros treinta y seis miembros de su familia también asesinados.

A partir de allí, para Scholastique no existió otro cuerpo que no fuera la memoria: había que recuperar hábitos, gestos, palabras, sombras, deseos sometidos a la oscuridad de una selva en la que se confundía la noche del mañana con las penumbras del presente. Recuperar, fundamentalmente, la sabiduría irracional de Stefania, esa madre coraje capaz de organizar un mundo entero en la sequedad más absoluta.

Scholastique Mukasonga compone en *La mujer descalza* un emotivo himno a esas mujeres maravillosas a partir de todas las actividades cotidianas con las que pretendían rescatar esos trozos de realidad en los que se había hundido una felicidad perdida. Recobra así los rituales ancestrales para alejar la mala suerte; los insólitos medios con los que se enfrentaban a una naturaleza hostil; las estrategias de supervivencia ante la constante amenaza militar o de los partidarios hutus, tan violenta como carente de sentido; la omnipresencia femenina –fundamentación sólida de toda la

estructura familiar–; y por fin, una serie de tácticas para absorber cada día como la continuidad de una existencia.

Toda esa desbordante energía pendula entre la tradición y la dolorosa realidad para sacudir hábitos, para adaptarse a las circunstancias. Stefania, sutil heroína, será clave a partir de su historia, de sus anécdotas frescas que unen la pertenencia étnica a variables inesperadas que pasan por absorber los excrementos de un bebé, los ritos atávicos vinculados al imprescindible culto del sorgo, el arreglo de matrimonios, administrar la ceremonia del pan o medir la belleza en los encantos de una vaca.

Mukasonga demuestra un gusto delicioso por la palabra escrita, sabe que esta reconciliación no puede pasar ni por el silencio, ni por la mentira, y de ahí su compromiso, su toma de responsabilidad por explicar la historia exponiendo todos los factores y denunciando hasta los más leves pliegues de una sociedad que en un momento dado se vio envuelta en una espiral creciente de locura y violencia. Su obra, llena de poesía a pesar de lo dramático del tema, demuestra que el genocidio ruandés no fue una simple casualidad.

Los cien días que comenzaron a partir del 6 de abril de 1994 y que culminaron con un millón de muertos, fueron vendidos por los medios del mundo entero como resultado de una "lucha étnica, una de esas matanzas medievales que solo se dan en África". Desde Occidente, se obviaron los factores reales que la hicieron posible, lo que creó en Scholastique, además del dolor brutal de aquellos días, la sensación de que la disputa central no se concentraba solo en la violencia, sino en las formas de desarmar las trampas de la historia. Ella se había marchado a Francia –concretamente a Normandía, donde en la actualidad reside– en 1992, un par de años antes del asesinato de toda su familia. Cuando retornó al país, diez años después del cataclismo, lo hizo cargada con "la sensación de tener la responsabilidad de contar y de buscar en la literatura algo así como una catarsis". Por supuesto, lo hizo de acuerdo a su propia lectura de los hechos, lo hizo con el dolor de la mortaja continua, con el peso de la rabia contenida del que sabe que todo aquello se pudo evitar.

El trabajo de Scholastique Mukasonga plantea tres preguntas fundamentales. En primer lugar, acerca de la identidad de su autora: en la genealogía de escritores víctimas de un genocidio, ¿es testigo, superviviente o heredera? En segundo término, la cuestión remite a la forma narrativa y el género: más emparentado con el relato etnográfico y las descripciones antropológicas, *La mujer descalza* ¿se lee como testimonio o ficción? Y en tal sentido, ¿cuáles son los límites de la novela? —en caso de que pueda llamarse así—. ¿Cómo juega el relato en este caso? ¿Tiene valor terapéutico, testimonial, ético?

Lo inevitable de esta muerte anunciada elimina de la historia el azar y el peso de la coyuntura, reforzando la premeditación y responsabilidad de hombres deseosos y dispuestos para la realización de la barbarie. En consecuencia, Scholastique y su familia, como tantos otros hutus deportados, habían previsto su final. Sus vidas enteras habían sido borradas por la anticipación de la catástrofe. El único elemento sorpresa era la forma en que se les iba a dar muerte: "Sin embargo, los hutus de Nyamata comprendieron muy pronto que la precaria supervivencia que se les había concedido era tan solo un aplazamiento", afirma Scholastique desde un principio.

Este destino trágico en el sentido griego, compromete la escritura de la superviviente simbólica que es Scholastique Mukasonga. Ya no solo tiene que ver con el deber de la memoria, con proyectar el recuerdo a perpetuidad, con la sepultura y conservación de los restos de sus seres queridos, sino también con arrojar luz sobre el proceso que condujo al exterminio. La emoción poética encuentra como objetivo compartir el horror y la infamia para exigir un más que justificado Nunca Más, al tiempo que, por medio de las palabras, procura presentar la lánguida vitalidad de las víctimas, la conciencia del genocidio seguro y resucitar a los muertos. Este enfoque, a la vez terapéutico, didáctico y estético, tiene necesidad de la ficción para poner distancia con lo traumático y compartirlo con aquellos que no lo han vivido ni lo vivirán jamás. Sin la fábula, que alivia tanto a la autora como al lector, el pacto de lectura sigue siendo frágil y se corre el peligro de que, ante lo inesperado, lo insoportable e impensable, este se rompa en cualquier momento. La intención de Scholastique no es hacer sufrir al lector para obligarlo a cerrar el libro

de un momento a otro sino que, a partir de pequeñas historias sobre hábitos y costumbres de su cultura, lo invita a seguir reflexionando.

Como biografía novelada de su madre, Mukasonga expresa la necesidad de recordar el origen de su propia vida. Este retorno escritural al personaje matriz es significativo si consideramos que el memorial en prosa debe completarse con ficciones conmemorativas aún en el limbo, historias por venir. Mediante el tejido metafórico, la historia de *La mujer descalza* completa la fase final del ritual, el entierro propiamente dicho: "Mamá, no estuve allí para cubrir tu cuerpo, y no tengo más que palabras —palabras de una lengua que no comprendías— para cumplir con lo que me pediste. Y estoy sola con mis palabras, con estas pobres frases que, sobre la página del cuaderno, tejen y retejen la mortaja de tu cuerpo ausente".

Penélope ruandesa, Scholastique Mukasonga se niega a consolidar los muros de su edificio textual con un relato nostálgico y vulnerable. Por el contrario, desea construir una fortaleza conmemorativa para luchar definitivamente contra el olvido. Para ello, confía en algo más sólido que la emoción personal: las tradiciones, conocidas y transmitidas colectivamente, y los usos y costumbres ancestrales, vividos como inmutables. La narración está dividida en capítulos donde una escritura densa y abigarrada no deja lugar a digresiones innecesarias. No se trata únicamente de recordar el amor, la inteligencia y el coraje de Stefania, sino también de crear un museo que recoja y registre gestos, prácticas y ritos de la Ruanda anterior al genocidio. Verdadero catálogo de artes y tradiciones populares (que van de los juegos a la medicina, del amor a las comidas), *La mujer descalza* se nos presenta, sobre todo, como un manual de iniciación. Pero dado que los gestos y las prácticas pertenecen fundamentalmente a los códigos de la vida, la escritura logra, paradójicamente, escapar a la tristeza para resucitar un recuerdo feliz. Los títulos de los diversos capítulos evocan tanto el genocidio como la cultura de Ruanda, reflejan el deseo de recobrar un tiempo dichoso y, aun sin eludir el dolor, intentan suscitar el placer literario.

La interrogación contenida en el último capítulo ("¿Será que los espíritus de los muertos nos hablan a través de los sueños?")

invita a ingresar al lugar más solemne del memorial, la cámara de los muertos, para descubrir lo que ella contiene. O contendrá. El proyecto testimonial es obvio, pero no puede resumirse en una única obra dado que los muertos a evocar resultan innumerables. De esta forma, la frase final que cierra el libro revela el alcance de la empresa literaria: "¿Tienes un paño que alcance para cubrirlos a todos... para cubrirlos a todos... a todos?".

A esta última pregunta, la autora responde con su compromiso. Se convirtió en escritora por y para ello. Pone al servicio ya no su paño, sino su piel. La dimensión sangrienta, ofensiva y atormentada del genocidio generó una obra literaria tan valiosa como vital, donde el delicado equilibrio entre la memoria personal y "la historia" se resuelve en una fantástica fábula (esa piel hecha de palabras) que se entrega a los demás.

Christian Kupchik, agosto de 2018.

A todas las mujeres
que se reconocerán en el coraje
y en la esperanza tenaz
de Stefania

A menudo mi madre interrumpía una de las innumerables tareas que ocupan los días de una mujer (barrer el patio, desgranar y seleccionar frijoles, desmalezar el sorgo, remover la tierra con la azada, cosechar batatas, pelar bananas antes de cocinarlas...), y llamaba a sus tres hijas más chicas, las que aún vivíamos en la casa, no por los nombres que habíamos recibido en el bautismo, Jeanne, Julienne, Scholastique, sino por nuestros nombres verdaderos, los que nos había dado nuestro padre al nacer y cuyo significado, siempre sujeto a interpretaciones, parecía presagiar nuestro futuro: “Umubeyi, Uwamubyrura, Mukasonga!”. Mamá nos miraba como si fuera a ausentarse por un largo tiempo, como si ella, que casi nunca cruzaba el cerco de la casa y no se alejaba jamás de su campo excepto los domingos para ir a misa, se preparara para un largo viaje, como si fuera la última vez que viera a sus tres hijas alrededor de ella. Y nos decía, con una voz que no le conocíamos, que parecía venida de otro mundo y nos colmaba de angustia: “Cuando yo muera, cuando ustedes me vean muerta, tendrán que cubrir mi cuerpo. Nadie debe verlo, el cuerpo de una madre no puede quedar expuesto. Serán ustedes, hijas mías, las encargadas de cubrirlo, solo a ustedes les corresponde hacerlo. Nadie debe ver el cadáver de su

madre porque si no, eso las perseguirá... las atormentará hasta el día de su propia muerte, cuando también ustedes necesiten que alguien cubra sus cuerpos".

Sus palabras nos daban mucho miedo; no las comprendíamos —aún hoy no estoy segura de comprenderlas—, pero nos aterrorizaban. Estábamos convencidas de que debíamos velar todo el tiempo por mamá y estar preparadas, si la muerte venía por ella, para envolverla en su paño* y así proteger su cuerpo sin vida de las miradas ajenas. Es cierto que la muerte rondaba obstinadamente a los deportados de Nyamata, pero a nosotras, que aún éramos pequeñas, nos parecía que amenazaba sobre todo a mamá, como el leopardo silencioso que avanza sobre su presa. Angustiadas, no nos despegábamos de ella en todo el día. Mi madre era la primera en levantarse. Cada mañana hacía una recorrida por la aldea; nosotras permanecíamos en casa esperando ansiosas su regreso, aliviadas al fin de verla aparecer entre los cafetos, limpiándose los pies en el pasto húmedo de rocío. Cuando salíamos de a dos a buscar agua o leña, le decíamos a la que se quedaba en casa: "Cuida bien de mamá". Y al volver, solo nos tranquilizábamos al descubrirla sentada bajo el gran arbusto de mandioca, desgranando frijoles. Pero lo peor era esa imagen terrible que me asaltaba cuando estaba en la escuela, y que me impedía concentrarme en la lección: el cadáver de mamá tendido junto al termítero donde acostumbraba sentarse.

No he envuelto en su paño el cuerpo de mi madre. Nadie estuvo allí para hacerlo. Los asesinos pudieron demorarse frente al cadáver que sus machetes habían desmembrado. Las hienas y los perros, sedientos de sangre humana, se alimentaron de su carne. Sus pobres restos se perdieron en la pestilente fosa común del genocidio, y tal vez hoy, pero eso también lo ignoro, solo sean, en la confusión de un osario, huesos entre los huesos y cráneo entre los cráneos.

Mamá, no estuve ahí para cubrir tu cuerpo, y no tengo más que palabras —palabras de una lengua que no comprendías— para cumplir con lo que me pediste. Y estoy sola con mis palabras, con estas pobres frases que, sobre la página del cuaderno, tejen y retejen la mortaja de tu cuerpo ausente.

* El texto en francés emplea la palabra *pagne*, derivada del término español paño (en latín, *pannus*: trozo de tela; cf. *Dictionnaire Littré*). Este atuendo tradicional africano, utilizado tanto por mujeres como por hombres, consiste en una tela amplia que envuelve el torso y las piernas, aunque también puede llevarse plegada y anudada a la cintura, dejando el torso al descubierto. [N. de la T.]

■ Salvar a los hijos

Quizás las autoridades hutus, designadas por los belgas y la Iglesia para gobernar la recientemente formada República de Ruanda, esperaban que los tutsis de Nyamata fueran diezmados por la hambruna y la enfermedad del sueño. En todo caso, la región de Bugesera, a donde habían decidido desplazarlos, parecía lo bastante inhóspita como para volver más que incierta la supervivencia de los “exiliados internos”. Sin embargo, la mayoría sobrevivió. Su valentía y su solidaridad les permitieron hacer frente a la sabana hostil, empezar a cultivar una primera parcela de tierra que no los libraba por completo de la escasez, pero bastaba al menos para no morir de hambre. Y poco a poco, las casillas improvisadas de los desplazados se convirtieron en aldeas –Gitwe, Gitagata, Cyohoha– donde la gente se esforzaba por recrear una ficción de vida cotidiana que casi nunca lograba atenuar el sufrimiento lancinante del exilio.

Sin embargo, los tutsis de Nyamata comprendieron muy pronto que la precaria supervivencia que se les había concedido era tan solo un aplazamiento. Los militares del campamento de Gako, situado entre las aldeas y la cercana frontera de Burundi, estaban allí para recordarles que ya no eran seres

humanos sino *inyenzi*, cucarachas, a las que era lícito y justo perseguir, y finalmente exterminar.

Todavía puedo ver a los militares de Gako cuando irrumpían en nuestra casa, derribando de un culatazo la chapa que nos servía de puerta. Decían estar buscando alguna foto del rey Kigeri, o cartas de los tutsis exiliados en Burundi o en Uganda, recibidas clandestinamente. Eso, por supuesto, no era más que un pretexto. Hacía mucho tiempo que los desplazados de Nyamata habían hecho desaparecer todo aquello que pudiese comprometerlos.

No sé cuántas veces los soldados vinieron a saquear nuestras casas y a aterrorizarnos. Mi memoria ha condensado esa reiterada violencia en una sola escena. Es como una película que se repite sin cesar. Las imágenes, siempre las mismas, quedaron grabadas en mi mente de niña, y hasta hoy retornan en mis pesadillas.

Lo primero que acude a mi memoria es una escena tranquila. Toda la familia está reunida alrededor del fuego, en la única habitación de la casa. Es época de vacaciones, julio o agosto, plena estación seca, porque André y Alexia, que estudian en un internado lejos de Nyamata, se encuentran con nosotros. Es de noche pero no hay luna llena, porque de otro modo estaríamos sentados en el patio trasero, disfrutando de la claridad lunar. Todo me resulta extrañamente calmo, como si nunca hubiésemos recibido la visita brutal de los militares. Al parecer, mamá aún no ha tomado ninguna de esas extraordinarias medidas de precaución de las que hablaré más adelante. Cada uno de nosotros ocupa su sitio habitual. Stefania, mi madre, está acuclillada sobre su estera junto a la pared que da al patio. Veo a Alexia muy cerca del fuego; tal vez intenta leer,

a la luz vacilante de las llamas, el libro que trajo de la escuela, o tal vez solo finge hacerlo. No distingo a mi padre oculto en la penumbra, en el otro extremo de la pieza; solo oigo el murmullo monótono e interminable de su voz rezando el rosario. Julienne, Jeanne y yo nos acurrucamos cerca de la puerta de entrada que da al sendero. Mamá acaba de poner frente a nosotras un plato de batatas. Pero no hemos empezado a comer. Escuchamos con atención a André, que está sentado en la única silla de la casa, delante de la mesita que Antoine, nuestro hermano mayor, fabricó especialmente para él, el estudiante, la esperanza de la familia. Cuenta historias del colegio, que son para nosotros como noticias venidas de un mundo lejano, extraordinario, inaccesible, y que nos hacen reír, reír, reír...

Y de pronto, la chapa de la entrada se desploma con un estruendo: solo atino a agarrar a mi hermanita y arrojarme con ella hacia un costado para esquivar la bota que casi roza su cara, la bota que pisotea las batatas y pliega como un cartón el plato de metal. Intento esconderme, pasar desapercibida, oculto a Jeanne bajo un retazo de paño, ahogo sus sollozos y, cuando me atrevo a alzar la vista, veo a tres soldados que vuelcan los cestos y los jarros y arrojan al patio las esteras que cuelgan del techo.

Uno de ellos ha atrapado a André y lo arrastra hacia la puerta (veo el cuerpo de mi hermano debatiéndose en el piso, pasando lentamente, lentamente, muy cerca de mi cara); mi padre corre hacia el militar como si pudiese retenerlo, y escucho los gritos de mi madre y de Alexia. Cierro los ojos, aprieto los párpados con todas mis fuerzas. Quisiera desaparecer en lo más profundo de la tierra...

El silencio hace que vuelva a abrir los ojos. Con la ayuda de mi padre, André se incorpora adolorido por los golpes que

recibió. Mamá y Alexia recogen del suelo los frijoles desparados. Ahora, en la casa del vecino, se oye el mismo ruido de botas, los mismos gritos, el mismo llanto, el mismo estruendo de jarros quebrándose...

Mi madre tenía una idea fija, el mismo proyecto para cada día, una sola razón para vivir: salvar a sus hijos. Para eso elaboraba estrategias, probaba todas las tácticas posibles de evasión. Había que huir, había que ocultarse. A menos que los militares nos tomaran por sorpresa, lo más conveniente era correr a esconderse en los espesos arbustos espinosos que bordeaban nuestra parcela de tierra. Mi madre vivía atenta a los ruidos. Tiempo atrás, los militares habían incendiado nuestra casa en Magi. Creo que desde aquel entonces, al sentir ese rumor de odio como el zumbido de un monstruoso enjambre viniendo hacia nosotros, mamá había desarrollado un sexto sentido, el de la presa siempre alerta al peligro. Podía detectar a gran distancia el golpeteo de las botas sobre el camino. "Escuchen", nos decía, "ahí están otra vez". Nosotros aguzábamos el oído, pero solo alcanzábamos a escuchar los sonidos familiares del vecindario, el murmullo habitual de la sabana. "Ya llegan", repetía mi madre, "corran rápido a esconderse". A veces, en el apuro, apenas atinaba a hacernos señas. Nosotros nos precipitábamos bajo los arbustos; después de un momento, desde nuestro escondite divisábamos la patrulla en el extremo del sendero y nos preguntábamos temblando si entraría a casa a saquear nuestros míseros bienes, los pocos cestos de sorgo o de frijoles, las escasas mazorcas de maíz que habíamos tenido la imprudencia de almacenar.

Pero había que prever todo: era factible que los soldados aparecieran antes de que el oído entrenado de mi madre llegara a detectarlos. En caso de no contar con el tiempo necesario para alcanzar la sabana, mamá había dejado en medio de los cultivos grandes parvas secas de vegetación salvaje, una maraña inextricable donde nosotras, las niñas, podríamos acurrucarnos durante la alerta. En la sabana, había identificado los escondites que le parecían más seguros. Había observado las profundas madrigueras que cavaban los osos hormigueros, y estaba convencida de que nosotras podríamos ocultarnos en ellas. Algunas veces, con la ayuda de Antoine, ensanchaba el túnel y disimulaba la entrada bajo un montículo de hierba y ramas. Jeanne se hacía más pequeña de lo que era para lograr introducirse en la guarida del animal. A pesar de los consejos y el aliento de mi madre, no siempre lo conseguía. Un día, algo inquieta, le pregunté a Stefania qué ocurriría cuando el oso hormiguero decidiera volver a su cueva. He olvidado lo que me respondió.

Mamá no dejaba nada librado al azar. Al caer la noche solíamos realizar un ensayo general. A fuerza de práctica, sabíamos perfectamente cómo adentrarnos en el matorral espinoso, cómo ocultarnos bajo la hierba seca. A pesar del pánico que nos producía el rumor de las botas avanzando por el camino, enfilábamos sin equivocarnos hacia los arbustos o las madrigueras donde, siguiendo las directivas de mamá, habíamos aprendido a ocultarnos.

Las casillas de los desplazados tenían una única puerta que daba al camino. Para facilitar nuestra fuga, mamá abrió una más, orientada hacia el campo y la sabana. Pero esa puerta más o menos disimulada, al igual que los escondites en los matorrales, muy pronto perdió toda utilidad. Después de haber rechazado,

gracias a los helicópteros, la fallida incursión de los *inyenzi* –refugiados tutsis provenientes de Burundi–, los militares del campamento de Gako ya no temían ataques ni emboscadas. Se atrevían a abandonar el camino que hasta ese momento se habían limitado a seguir, y patrullaban sin miedo la sabana hasta la frontera con Burundi. A partir de entonces, el peligro podía surgir tanto del camino como de la sabana, y nuestros escondites espinosos dejaron de ser esos refugios inexpugnables que tranquilizaban a mi madre. Fue por este motivo que ella comenzó a idear escondites en el interior de la casa. Contra los muros de adobe colocó jarros y canastos enormes, casi tan altos como graneros, tras los cuales Julianne y Jeanne podían escabullirse si los soldados irrumpían. Yo ya era demasiado grande para ocultarme tras las panzas negras de los jarros o la elegante silueta de los cestos. Mi único recurso era deslizarme debajo de la cama de mis padres. Esos refugios solo servían para hacernos sentir más tranquilos, ya que no lograban engañar a nadie y menos a los militares, quienes no tardaban en descubrirnos y sacarnos de allí a patadas, llamándonos “culebras” o “cucarachas”.

Mamá nunca estaba satisfecha con sus tácticas de evasión. Trataba de perfeccionar sus camuflajes, de idear nuevos refugios. Sin embargo, en el fondo sabía que lo único que podía garantizar nuestra supervivencia era cruzar la frontera, partir hacia Burundi como ya lo habían hecho tantos tutsis. Pero nunca planificó ese exilio para ella misma. Ni mi madre ni mi padre pensaron jamás en exiliarse. Creo que habían decidido morir en Ruanda. Allí se harían matar, se dejarían asesinar. Pero los hijos debían sobrevivir. Por eso mi madre preparaba nuestra huida a Burundi en caso de urgencia. Se adentraba sola en la

sabana, para explorar los senderos que podían conducir a la frontera. Por el camino iba colocando mojones; guiadas por ella, y sin comprender bien la razón, nosotras debíamos seguir ese extraño juego de pistas.

En casa todo estaba listo para la gran partida, que podía decidirse de un momento a otro: por el rumor de una masacre en Nyamata, un tiroteo oído en plena noche, las amenazas del jefe de la célula*, el arresto de un vecino... Siempre teníamos, envueltas en un trozo de paño, algunas batatas y bananas, y una pequeña calabaza de cerveza de sorgo. Esas provisiones se reservaban para las que consiguieran escapar y seguir el sendero hacia Burundi. Eran los viáticos para el exilio, que mis hermanas y yo evitábamos mirar porque eran para nosotras como un presagio de la desgracia futura.

Pero lo que más preocupaba a mi madre era lo que podría ocurrirles a Alexia y André. Ellos no vivían en casa. Pasaban la mayor parte del tiempo en el colegio y solo volvían para las vacaciones. Mamá imaginaba lo peor: un día, mis dos hermanos regresarían de la escuela y ya no encontrarían a nadie; la casa habría sido saqueada, incendiada; ella misma y Cosma habrían sido asesinadas; de las tres hijas más chicas, una o la otra, al menos eso esperaba, habría logrado escapar de los asesinos, hallar el camino hacia Burundi. ¿Pero qué ocurriría con Alexia y André? Sería preciso que repusieran fuerzas tras la larga caminata desde el colegio, fuerzas suficientes como para

* La expresión “jefe de célula” (*chef de cellule*) designa, en principio, al líder de la sección local de un partido político, en este caso, el Parmehutu (*Parti du Mouvement de l’Emancipation Hutu*), fundado en 1957 por Grégoire Kayibanda, quien será presidente del país entre 1961 y 1973. En 1965 el Parmehutu se afirma como partido único. A partir de entonces, las células de esta agrupación adquieren una nueva función, convirtiéndose en divisiones administrativas del poder estatal [N. de la T.]

partir inmediatamente hacia la frontera, expuestos a los peligros de la travesía, las patrullas, los elefantes, los búfalos... Previendo esta situación, en determinados sitios acordados con ellos, bajo una piedra o cerca de un tocón, mi madre enterraba provisiones: una ración de frijoles, algunas batatas. Yo la ayudaba a cavar el hoyo, a cubrirlo con hierba dejando un poco de aireación. Pero claro, las provisiones debían renovarse con cierta frecuencia, y éramos nosotras quienes acabábamos comiendo los alimentos ya medio descompuestos que había enterrado el amor maternal.

Lo más importante era no ser tomado por sorpresa; por eso, mi madre siempre se mantenía informada acerca de lo que pasaba en los alrededores. Principalmente en Nyamata, donde estaban la alcaldía, la misión y su gran iglesia, y también el mercado. Ella interrogaba en detalle a los que volvían de allí, intentando descubrir los signos anunciantes de una próxima ola de arrestos o de matanzas. ¿Habían oído hablar de una reunión en casa del alcalde? ¿Había estacionado frente a la alcaldía alguna limusina venida de Kigali? ¿Habían visto camiones militares atravesando el puente de hierro sobre el río Nyabarongo? ¿Se habían producido disturbios en el mercado? ¿Qué se comentaba en los bares? Y en la misa, durante el sermón, ¿el padre Canoni no había hablado demasiado sobre el amor al prójimo? ¿Y qué había escuchado en las noticias el profesor que tenía una radio? Stefania analizaba cuidadosamente la información, descifraba los rumores y conjeturaba la inminencia o la ausencia de peligro.

También era preciso mantenerse al tanto de lo que pasaba en las casas de los vecinos. Mi madre sospechaba que ellos planeaban en secreto su huída a Burundi. "Un día de estos", suspiraba, "nos despertaremos y estaremos solos. Todos se habrán ido a Burundi sin avisarnos". Sus sospechas recaían particularmente en Pancrace, nuestro vecino más cercano; según mamá, él preparaba la fuga a escondidas: "Pancrace es astuto", nos decía, "ha hallado el modo de salvar a su familia, pero no se lo dirá a nadie". So pretexto de ir a buscar fuego (ya que lo primero que hacía mi madre al levantarse era comprobar que las brasas aún ardieran bajo la ceniza), o de pedir un poco de sal o un puñado de frijoles, se dirigía a la casa del vecino y observaba con disimulo los indicios de una partida próxima. Al poco tiempo se convenció de que Pancrace estaba cavando un túnel que desembocaba en medio de la sabana. Para imitarlo, ella y mi hermano Antoine comenzaron a cavar también debajo de la cama matrimonial. Los fines de semana, apenas Antoine volvía del Instituto Agronómico de Karama donde trabajaba como jardinero, sin darle tiempo a reponerse de los veinte kilómetros que acababa de caminar, mamá le alcanzaba la azada y dirigía la excavación, inclinada sobre el borde del hoyo en el que mi hermano desaparecía poco a poco. Felizmente para Antoine, la "operación túnel" muy pronto se reveló inviable y el proyecto fue abandonado. Pero mamá seguía convencida de que el ingenioso Pancrace debía haber urdido algún otro plan para salvar su vida y la de su familia.

Mi madre jamás bajaba la guardia. Por la noche, a la hora de la cena, redoblaba la vigilancia. Era, en efecto, al anochecer, o a veces por la madrugada, cuando los soldados irrumpían en las casas para perpetrar sus saqueos y aterrorizarnos. Por eso es que mamá no se dejaba distraer por un plato de frijoles o

de bananas. Nunca comía con nosotros. Mientras cenábamos, caminaba hacia el extremo del campo lindero con la sabana. Escrutaba la maraña de arbustos espinosos, aguzaba el oído al menor ruido extraño. Si reconocía los uniformes camuflados de los militares de la patrulla, regresaba a casa de prisa y nos decía: *"Twajivemo*, no estamos solos". Entonces debíamos permanecer en silencio, inmóviles, listas para correr a nuestros escondites, esperando salvarnos, al menos por esa noche.

Si no percibía nada raro, mamá se quedaba un buen rato contemplándonos en silencio. Ver a sus hijos comer era su mayor satisfacción. Los había salvado de la hambruna trabajando para los bageseras por algunas batatas, cultivando con esfuerzo una tierra hostil. Día tras día, ella burlaba a ese destino implacable al cual, por ser tutsis, nos habían condenado. Sus hijos seguían vivos, estaban a su lado. Se los había escamoteado a la muerte. Nos miraba a las tres: Julianne, Jeanne, Scholastique. Esa noche, estábamos vivas. Tal vez no hubiese otras noches.

"En Ruanda", decía mamá, "las mujeres estaban orgullosas de tener hijos. Muchos hijos. Sobre todo, varones. Pero en Nyamata sienten miedo al dar a la luz. No por ellas, sino por los niños. Sobre todo, por los varones. Saben que los matarán. Que cualquier día, tarde o temprano, los matarán. Mira a Gaudenciana, la vecina de enfrente, tendría que estar feliz y orgullosa. Todas las mujeres de la aldea deberían envidiarla. Tiene siete hijos. Siete varones. ¿Qué más puede pedir una madre? Y sin embargo, los mira con tristeza, con desesperación. No los pierde de vista. No quiere que se alejen por nada, se ha negado a que vayan a la escuela. Ni siquiera los manda a

buscar agua, pues teme que no vuelvan del lago Cyohoha. No conocen el mercado de Nyamata; se diría que solo viven para esperar la muerte. Y no se trata solo de los niños. A las mujeres, a las niñas, también les llegará su turno. Tu sabes lo que le pasó a Merciana..."

Todos en Nyamata habían visto cómo mataron a Merciana, todos habían asistido a su ejecución. Las mujeres comprendieron entonces que no se les perdonaría la vida, ni a ellas ni a sus hijos. Eso ocurrió cuando los desplazados aún vivían encerrados en la escuela de Nyamata. En el patio, las familias habían construido pequeñas chozas para evitar la promiscuidad de los salones de clase. Merciana pertenecía a una familia importante de Magi. Habían sido deportados a Nyamata como todos los demás, pero el padre, amenazado de muerte, había logrado huir hacia Burundi. Merciana era la verdadera jefa de familia, y era una "civilizada", como se decía en aquella época. No sé dónde había ido a la escuela, pero sabía leer y escribir. Saber escribir es peligroso si tienes un padre exiliado en Burundi. Las autoridades hutus sospechan que te comunicas con los tutsis que preparan su retorno a Ruanda, que eres un espía que aporta datos a quienes podrían intentar una incursión por ese lado de la frontera. Y tal vez, hasta ocultes armas. Los matones del alcalde venían todo el tiempo a interrogar a Merciana, a registrar su choza miserable. Nosotros escuchábamos el llanto de sus hermanos, las súplicas de la madre. Hasta que un día, los matones llegaron con dos militares. Apresaron a Merciana y la arrastraron hasta el centro del patio, donde todo el mundo pudiese verla. La desnudaron. Las mujeres ocultaron a los niños bajo sus paños. Lentamente, los dos militares acomodaron sus fusiles para disparar. "No apuntaban al corazón", repetía mamá, "sino a los senos, solamente a los senos. Querían decírnos a todas las mujeres tutsis: 'No den vida, porque es muerte

lo que dan trayendo niños al mundo. Ya no son dadoras de vida, sino dadoras de muerte””.

III Las lágrimas de la luna

Stefania vivía atenta a los presagios. Eran numerosos. Había señales en el cielo: el halo alrededor de la luna, que perdía su bello color habitual –claro como el *ikimur*, la manteca de vaca– y se volvía rojizo como el polvo de la estación seca, cubriendo las nubes de salpicaduras sangrientas. Eran también las aguas del lago Cyohoha, que se tornaban de pronto viscosas y oscuras, semejantes a las del río de Egipto bajo la vara de Moisés, según contaba la Biblia de papá. Y los cuervos que ascendían desde el valle, desde las grandes ciénagas donde nadie osaba adentrarse. Sus bandadas negras trazaban círculos sobre la aldea, y debíamos taparnos los oídos para atenuar sus graznidos estridentes. Eran, sin duda, enviados de los *abazimu*, los Espíritus de los muertos, y sus gritos siniestros nos traían un mensaje: “Muy pronto estarán con nosotros, perdidos en la bruma gris de los muertos errantes”.

Los malos augurios se multiplicaban. Los pechos secos de las ancianas volvían a dar leche, los bebés se negaban a abandonar el vientre materno. Aunque a veces era posible conjurar el maleficio. Stefania conocía las plantas de buen augurio y los lugares de la casa propicios para ubicarlas. Con un manojo de estas plantas empapado en agua purificadora, rociaba copiosamente el perímetro del patio y del campo. Para este rito lustral

debía utilizarse agua de lluvia. El agua fétida del lago Cyohoha era considerada maléfica, era el brebaje de la desgracia. La heríamos antes de consumirla, no por higiene, sino para expulsar, o al menos mitigar, el principio maligno del que era portadora. Papá empleaba métodos que la ortodoxia católica no podía condenar. Junto a las plantas de mamá, colocaba unas hojas parecidas a las de las palmas, que los curas habían bendecido el Domingo de Ramos. Si, pasado un tiempo, algo le hacía creer que las virtudes del agua bendita se habían evaporado, reavivaba la eficacia de las hojas secas vertiendo sobre ellas una gotita de agua de Lourdes. Al igual que su par de anteojos, este preciado líquido contenido en un frasquito era un regalo que los misioneros le habían hecho por ser el responsable de la Legión de María.

Pero de todos los presagios, el más terrorífico eran las lágrimas de la luna.

En el patio de la casa de Gitagata había tres plantas asombrosas; asombrosas por su tamaño y por la función que cumplían. Sobre la superficie plana del termitero que mamá usaba como banqueta, había crecido un cafeto. Abonado con los desechos de cocina y el agua de cocción de los frijoles, se había vuelto tan frondoso que nos servía de sombrilla. Para resguardarnos del sol también aprovechábamos un gran arbusto de mandioca que habíamos plantado en el fondo del patio: a su sombra descansábamos después de trillar el sorgo o los frijoles. Antoine había traído los esquejes de Karama; sus hojas eran inmensas en comparación con las de la mandioca que los belgas nos habían obligado a cultivar en nuestros campos y que aún cultivábamos, a pesar de la reticencia que esos tubérculos venenosos inspiraban a los ruandeses.

En medio del bananal, por encima del denso oleaje de sus hojas, se alzaba la tercera planta, nimbada de misterio: era un ricino muy alto, muy alto y muy esbelto. No sabíamos de dónde había venido la semilla, ni cómo había podido germinar en la sombra espesa del bananal; cómo su tallo largo y delgado había logrado atravesar la tupida cortina de hojas y elevar hacia el cielo esas ramas frágiles que parecían tocar la luna. A mis hermanitas y a mí nos encantaba comer sus semillas: “¡Tuéstalas!”, le pedíamos a mamá. Pero los padres siempre se negaban; según ellos, no era un alimento “digno”. Ngoboka, el pagano, nos había hecho probar a escondidas el fruto prohibido. Julianne y yo creímos haber hallado en él el sustituto, casi igual de sabroso, de los maníes que cultivábamos pero que jamás comíamos, porque la totalidad de la cosecha era vendida en el mercado para comprar sal y la tela azul con la que Stefania confeccionaba los uniformes de colegio. Por eso considerábamos que los granos de ricino eran nuestro derecho. Mamá acabó por ceder a las obstinadas demandas de sus hijas. “El agua purifica todo”, repetía a modo de conjuro mientras lavaba cuidadosamente las semillas con agua de lluvia. Una vez secadas y tostadas, cada una de nosotras recibía un puñado de la deseada golosina.

Aunque codiciáramos sus semillas, la planta de ricino nos provocaba terror. Sobre ella caían las lágrimas de la luna. Según Stefania, esas lágrimas tenían el color y la consistencia de la mantequilla blanda, resbalaban sobre las hojas y corrían en hilos viscosos por toda la planta, formando charcos amarillentos alrededor del tronco. Este fenómeno solo ocurría durante el plenilunio.

Ni mis hermanas ni yo pudimos ver nunca las lágrimas de la luna. Stefania no quería que las viéramos porque pensaba

que esa manteca caída del cielo era algo muy distinto al maná benéfico que, según la Biblia de papá, había alimentado al pueblo de Israel. Era, al contrario, un presagio siniestro que anunciaba las peores desgracias para la familia. "La luna ha llorado otra vez", nos decía cuando despertábamos. Mucho antes del alba, mamá había corrido a ver el árbol de mal augurio. Debía impedir a toda costa que la manteca lunar se derritiera con los primeros rayos de sol: "Si no, podría inundarlo todo", nos aseguraba. No había tiempo que perder; era preciso enterrar las lágrimas de la luna en una cueva de serpiente, donde también se enterraban los dientes de los hijos bastardos. Esos niños no son rechazados sino criados junto a los otros, pero siempre existe el riesgo de que traigan desgracia a la familia, y ese riesgo es mayor cuando pierden sus dientes de leche. Es por eso que hay que intentar recuperar los dientitos y sepultarlos cuanto antes en un nido de serpiente. Las lágrimas de la luna y los dientes de los hijos naturales desaparecían así en la guarida del reptil, como devorados por las entrañas de la tierra.

Las lágrimas de la luna nos sumían en una terrible inquietud. Estábamos seguros de que los militares vendrían, y que esta vez las cosas podrían terminar mal; que se llevarían a papá, y también a Antoine y a André, en caso de que estuviesen con nosotros. Mi padre y mis hermanos desaparecerían para siempre, como les había ocurrido a los comerciantes y a los maestros arrestados en 1963, a quienes jamás habíamos vuelto a ver. Y quizás un soldado comenzara a disparar, nunca se sabe por qué un soldado comienza a disparar... Mamá inspeccionaba los escondites, nos hacía repetir una vez más las tácticas de supervivencia que nos había enseñado. La tensión aumentaba con el correr del día. Cenábamos mucho antes de la caída del sol. Bloqueábamos las entradas de la casa, aun sabiendo que no

serviría de mucho. Mis padres y Antoine permanecían despiertos toda la noche. Se turnaban para hacer guardia. Cada tanto salían a vigilar el camino y la sabana, siempre atentos, listos para dar la señal de la huida. Y a menudo, me parece, la luna no lloraba en vano.

III La casa de Stefania

eylio
Las casillas de los desplazados se alineaban a lo largo del camino, del que las separaba una hilera de cafetos. Las llamaban “las casas de Tripolo”. Tripolo, claro, es un nombre de blanco. Nunca supe quién era Tripolo, ni si realmente se llamaba así. Quizá fuese un administrador de Nyamata, o a lo mejor un agrónomo; sin lugar a dudas, era un belga. Ninguno de los refugiados había visto al tal Tripolo, y su misteriosa figura acabó por convertirse en el cuco de la comunidad, el terror de los niños. Si alguno era sorprendido haciendo travesuras, su madre le advertía: “Tripolo vendrá por ti”. Yo cerraba los ojos y lo imaginaba, con su inmenso vientre desbordando del *short* caqui y las medias subidas hasta las rodillas, transpirando bajo el casco colonial mientras perseguía a los chicos con su látigo —su *ikiboko*. En todo caso, se decía que había sido él, Tripolo, quien había tenido la idea de clavar los postes que servían de estructura a las miserables viviendas de los desplazados.

Para mamá, esa “casa de Tripolo” no era realmente una casa. Los muros de adobe que papá y Antoine habían levantado entre los postes eran demasiado rectos, formaban ángulos demasiado definidos, aristas demasiado filosas, contra las que Stefania parecía chocarse, lastimarse como un insecto aturrido. Desorientada, buscaba en vano la complicidad de

una curva para acurrucarse, una curva que se amoldara a su espalda. Maldecía esa puerta rectangular que dejaba entrar un sol impúdico. "Vivimos a la intemperie", repetía todo el tiempo, "¿cómo podremos comer tranquilos si los extraños nos ven masticar?", algo que para ella, como para todo ruandés, era el colmo de la obscenidad. Los cafetos, aún demasiado pequeños, no podían resguardarla de las miradas indiscretas o malintencionadas de los vecinos y de la gente que pasaba. La casa de Tripolo era vulnerable a todos los maleficios, a todas las amenazas mortales que pesaban sobre la familia. Allí mamá se sentía insegura, expuesta a la desgracia y la vergüenza irremediables del exilio.

Durante mucho tiempo los desplazados habían manteniendo la esperanza de regresar a sus casas, "a Ruanda", como decían. Pero tras las sangrientas represalias de los primeros meses de 1963, perdieron todas sus ilusiones. Por fin habían comprendido —y los militares de Gako estaban allí para recordárselo— que jamás volverían a cruzar el río Nyabarongo, jamás volverían a ver las colinas de las que habían sido expulsados. Ellos y sus hijos estaban confinados a perpetuidad en esa tierra de tristeza y exilio que Bugesera había sido siempre en la historia de Ruanda. Una comarca que los relatos situaban en el confín del mundo habitado por los hombres, un lugar perdido en el que, según la tradición, eran abandonados los guerreros traidores, las jóvenes deshonradas y las esposas adulteras para que no pudiesen encontrar el camino de regreso a Ruanda. Allí, a orillas de las grandes ciénagas donde erraban sin fin los Espíritus de los muertos, y donde a muchos, por cierto, los esperaba la muerte.

Poco después de que nos instaláramos en Gitagata, Stefania decidió que había llegado el momento de construir, detrás de la casilla de Tripolo, el *inzu*, la casa que para ella era tan necesaria como el agua para el pez o el oxígeno para los humanos. No es que aceptara su condición de exiliada —jamás se resignó a eso—, es que sabía que en el *inzu*, esa morada ancestral, siempre encontraría fuerza y valor para afrontar la desgracia. En ella podría renovar las energías que empleaba día a día en salvar a sus hijos de una muerte programada por un designio incomprensible.

La casa de Stefania, aquella en la que podía vivir una verdadera vida de mujer, una verdadera vida de madre de familia, era la casa de paja trenzada como una pieza de cestería, el *inzu* (conservaré su nombre en kinyarwanda, pues no tengo en francés más que palabras de desprecio para designarla: choza, barraca, rancho...). Ya no quedan casas como la de Stefania en la Ruanda actual. Solo se las puede encontrar en los museos, como esos esqueletos de grandes animales desaparecidos hace millones de años. Pero en mi memoria, el *inzu* no es esa carcasa vacía, es un espacio lleno de vida, animado por las risas de los niños, el parloteo despreocupado de las muchachas, el murmullo musical de los cuentos, el crujido de los granos de sorgo sobre la piedra de moler, el burbujejar de la cerveza fermentando en los jarros y, en la entrada, el rítmico golpeteo del pilón en el mortero. Cómo quisiera que esto que escribo fuese una senda que me lleve de regreso a la casa de Stefania.

En la Ruanda de Stefania no hay aldeas. Las viviendas se hallan dispersas en las pendientes de las colinas, ocultas bajo la espesa fronda de los bananos. El terreno de la casa —el *nugo*— está rodeado por un cerco alto de ramas de ficus y eritrina, sobre el que se asienta un entramado de cañas dispuestas

horizontalmente. Esas grandes vallas delimitan los semicírculos de varios patios imbricados. El primer patio es una suerte de vestíbulo donde el visitante, si es hombre, debe anunciararse y clavar su lanza y, si es mujer, depositar en el suelo los cestos con obsequios, esperando que la inviten a adentrarse más. El segundo patio, más amplio y de forma casi circular, es el sector de las vacas: allí se las encierra al mediodía, durante las horas de más calor, y también a la tardecita, antes de que anochezca. Solo los hombres y las jóvenes vírgenes tienen el privilegio de ordeñarlas. Con cuidado recogen el estiércol, esa materia preciosa en la que da gusto hundir las manos. La espesa humareda de un fuego de hierba húmeda y bosta seca sirve para repeler los parásitos que, de otro modo, infestaría el ganado.

La gran cúpula de paja del *inzu*, como brotada de la tierra, ocupa el fondo de ese patio principal. Hay que agacharse para entrar; primero, bajo una especie de visera de paja de forma abovedada; luego, bajo los gruesos haces de papiro que encierran la puerta. Cuando logramos erguirnos, los ojos deben habituarse a la tibia penumbra antes de percibir las curvas maternales del *inzu*. Aunque mamá solía decir, "en el *inzu* no te guían los ojos, sino el corazón". Un biombo convexo decorado con motivos abstractos delimita una exigua antecámara donde duermen los hijos varones, a menudo en compañía del ternero más pequeño; otros biombo forman una suerte de alcoba que oculta la cama grande de los padres. A sus pies, al reparo del biombo, duermen las niñas. Los dos hijos más chicos comparten el lecho con los padres: el menor, entre la madre y la pared del *inzu*, y el más grande, al lado del padre, quien vela por la familia con la lanza siempre a mano. Una larga repisa —el *uruhimbi*— sigue la curva de la pared; sobre ella se colocan los objetos valiosos: los recipientes de madera de eritrina donde se

guarda la leche, las calabazas panzonas para hacer manteca, los grandes cestos con tapas puntuadas. Bajo la trenza espiralada de la cúpula, en el centro del brasero de arcilla que ha modelado la dueña de casa, el fuego crepita entre las piedras.

Una cerca en forma de medialuna rodea el patio trasero, donde se encuentran los graneros. Ese es el territorio de la madre de familia. Allí cocina y tiene su jardincito, en el que crecen plantas medicinales, legumbres raras y apreciadas, y algunas plantas de tabaco. Allí se bañan ella y sus hijas; allí recibe a sus amigas. En ese espacio se ha construido un *inzu* más pequeño, para las hijas en edad de casarse: ningún hombre puede entrar en él, ni siquiera el padre. También en este patio, bajo un simple cobertizo de paja, las mujeres rendían culto a los ancestros depositando las ofrendas en una pequeña artesa. Durante la estación seca, la espléndida floración de una eritrina proclamaba la presencia de Ryangombe, el Señor de los Espíritus.

En algunos casos, las viviendas de los hijos casados se anexan a la de sus padres como satélites, tejiendo un complicado laberinto de cercos que altera la armoniosa disposición del *nugo* central.

Pero lo cierto es que Stefania no podía construir un *nugo* como el que acabó de describir. Ya no estábamos sobre la elevada pendiente de la colina de donde habíamos sido expulsados, sino en la llanura seca y polvorienta de Bugesera. No había vacas que entrar cada atardecer, y un delgado seto de euforbiós, apenas más alto que Jeanne —que en ese entonces no tendría más de cinco años—, era lo único que nos separaba de nuestros vecinos: incluso si hubiésemos contado con medios para hacerlo, ni el alcalde ni los militares nos habrían permitido

levantar las altas cercas del *rugo*. El *inzu* de Stefania, ubicado detrás de la casilla de Tripolo, junto al bananal, solo podía ser —y debo usar una palabra que quisiera evitar— una simple *choza*.

Construir un *inzu* no es tarea fácil. Sobre todo, si el trabajo debe hacerse entre dos. Y es que, en efecto, Stefania solo podía contar con Antoine. Papá, ocupado como siempre en resolver los problemas de la comunidad de exiliados, no alentó para nada el proyecto. Él había adoptado algunas de las novedades traídas por los blancos. Aunque se había mantenido fiel al paño inmaculado que simbolizaba la dignidad de los sabios (nunca lo vi usar pantalón), apreciaba las nuevas viviendas rectangulares de ladrillo o adobe. En Magi, se había endeudado para construir una casa de ladrillo que la furia de los hutus destruyó antes de que pudiésemos ocuparla. En Gitagata, había levantado paredes en el interior de la casilla de Tripolo. Mamá lo había ayudado, revocando esos muros con una tierra amarilla que traía de muy lejos, de la aldea de los *bageseras*. Ella misma había revestido el suelo con una mezcla de arcilla y polvo de carbón: “Es como la calle principal de Kigali”, decía riendo, “es como me contaron, Mukasonga... ¿acaso no es así el asfalto?”. Pero de todos modos, mamá seguía despoticando contra esa casa de blancos que consideraba “vacía de Espíritus”.

A pesar de lo difícil del trabajo, Stefania estaba resuelta a construir el *inzu*. Era posible, por supuesto, pedir ayuda a los vecinos, pero solo para el ensamblaje final. Antes había que reunir los materiales y preparar suficiente cerveza de sorgo y de banana para, llegado el día, mantener el entusiasmo de los trabajadores y celebrar dignamente la inauguración de la casa.

Bajo las directivas de Stefania, que asumió el rol de capataz, Antoine eligió con cuidado las varas flexibles que constituirían la estructura de la cubierta de paja; día tras día, amontonó hierba, cañas, papiros. Cuando reunió la cantidad suficiente, trazó en el suelo el gran círculo del *inzu* y sobre él clavó, a pareja distancia, las largas varas, que unió unas a otras por medio de trozos de bambú entrelazados, hasta formar un muro circular.

Para la construcción del techo sí hace falta ayuda: según la costumbre, se acude a los vecinos, al menos una decena de hombres y la misma cantidad de mujeres. Dentro del espacio delimitado por el muro de bambú comienza a trenzarse la bóveda sobre la que se colocará la paja. Es como una gran canasta de forma acampanada que, al alcanzar el diámetro de la pared circular, se asienta sobre un poste central y una serie de pilares, diez o tal vez más, dependiendo de las dimensiones del *inzu*. Luego, solo resta plegar y atar las largas varas del muro, y recubrir la bóveda con un espeso manto de paja cuidadosamente alisada.

Llegado este momento, podemos considerar que el grueso del trabajo está hecho, y que es hora de entregarse al disfrute prometido por los grandes jarros de cerveza que esperan bajo los bananos. Así lo hicimos esa vez. Pero mi madre quería que su casa, aun si no alcanzaba las dimensiones deseadas, contara al menos con los refinamientos indispensables para la dignidad familiar. En estas mejoras siguió trabajando durante mucho tiempo. Revocó el muro circular de bambú: Julianne y Jeanne, con sus piernitas hundidas hasta los muslos, apisonaban la tierra, mientras Alexia y yo íbamos y veníamos del lago en busca del agua necesaria para preparar la mezcla. Mi madre modeló el brasero de arcilla, y tejió los biombos que luego decoró con

ceniza negra y bosta de vaca que yo le traía de la aldea de los bageseras, bellos motivos que me hacían pensar en las alas abiertas de una grulla coronada; pero, más importante aún, mamá confeccionó la trenza interminable que, una vez enrollada en forma de espiral y unida a la bóveda, formó la cúpula del *inzu*.

Gracias al *inzu*, Stefania parecía haber recuperado el prestigio y los poderes que la tradición ruandesa atribuye a la madre de familia. Plegando cuidadosamente un tallo seco de sorgo de bellos reflejos dorados, se hizo un nuevo *urugori*, esa diadema que adorna el peinado recogido de las mujeres, símbolo de su fecundidad y fuente de bendiciones para sus hijos y para toda la familia. Lo lucía los domingos durante la misa, y el resto de los días, mientras trabajaba en el campo, lo dejaba colgado del *uruhindu*, esa pequeña punta de lanza que usaba para trenzar canastas y que permanecía clavada en uno de los haces de papiro que enmarcaban la entrada. El *urugori* simbolizaba la soberanía materna que Stefania ejercía sobre el *inzu* y sobre todos aquellos que lo habitaban. En su ausencia, la diadema de sorgo velaba sobre sus dominios. La piedra de moler –el *urusyo*– reencontró, por su parte, el sitio que nunca debió haber abandonado: a la derecha, junto al marco de papiro. Al lado del *inzu*, Stefania volvió a cultivar el jardín de plantas medicinales que a ninguna madre precavida debe faltarle. En su proximidad benéfica plantó también las variedades más exquisitas de bananos, y esos árboles crecieron tan altos que muy pronto ocultaron la casa bajo el manto de sus hojas lustrosas. Sentada junto al fuego, mamá pudo entonces retomar el hilo interrumpido de sus historias, celebrar nuevamente las hazañas

del rey Ruganza. Tiempo más tarde, cuando yo volvía del liceo al comienzo de las vacaciones de verano, ella me recibía en el umbral del *inzu* recitando a media voz una especie de saludo que yo no alcanzaba a comprender, pero que atraía sobre mí –de eso estaba segura– la protección de la morada ancestral.

Y de hecho, la mayoría de las veces, los militares pasaban por alto la casa de Stefania; siempre tuve la impresión de que la evitaban, de que fingían no verla. El *inzu* era para ellos la guarida de Espíritus temibles cuya maldición era preferible evitar.

Pero los militares seguían ensañándose con la casa de Tripolo. Abandonada por mamá, esta se había transformado en una especie de sala de reunión donde papá conversaba con los otros sabios de la aldea; donde Alexia y André, los intelectuales de la familia (la mesita que Antoine había fabricado para André no había podido pasar por la estrecha puerta del *inzu*), leían en los días de lluvia y recibían a los escasos estudiantes de Nyamata y a los compañeros de colegio que estaban de paso. Cuando André se compró un reproductor de casetes con su primer sueldo de maestro, la casilla de Tripolo se convirtió en un salón de baile donde se reunían los jóvenes de Gitagata. Cuando nada hacía temer una irrupción de los militares, cenábamos allí para aprovechar la luz del atardecer.

Stefania había vuelto a ser la guardiana del fuego, de ese fuego que jamás debe extinguirse en el centro del *inzu*. Mantenerlo encendido durante toda la noche es realmente un arte: a la hora de acostarnos, mamá retiraba la leña que no había ardido y solo dejaba las brasas cubiertas por una capa de ceniza. En medio de esas entrañas incandescentes colocaba un tron-

co que se consumiría de a poco en el transcurso de la noche. Antes del amanecer —pues es vergonzoso que el sol encuentre a una madre de familia en la cama—, Stefania verificaba que las brasas, esas semillas de fuego nuevo, aún ardieran bajo la ceniza. Si por desgracia se habían apagado —y hasta al más precavido puede ocurrirle una desgracia—, debía ir a pedirle fuego a algún vecino. En esos casos, tomaba un manojo de ramitas y pasto seco, depositaba allí una brasa, y envolvía todo en una hoja de banano. Por el camino de regreso iba soplando las ramitas con mucho cuidado, para que las chispas no cayieran al pie de los cafetos provocando un incendio. Por suerte, a mamá casi nunca se le apagaba el fuego, porque la mujer que acude muy seguido a pedírselo a los vecinos suele ser criticada. La gente comenta: “Esa ni siquiera sabe conservar el fuego, es una mala ama de casa”.

André se burlaba de Stefania: “¿Por qué atraviesas toda la aldea en busca de fuego cuando hay una caja de fósforos en casa?”. Por ser el responsable de la Legión de María, papá había recibido de los misioneros, junto a los anteojos para leer la Biblia y el frasco de agua de Lourdes, una caja de fósforos. No sé si era siempre la misma, o si los curas la reponían cada tanto. “Escucha, hijo mío”, suspiraba mamá, “los blancos nos han hecho muchos regalos, ¡y ya ves a dónde hemos ido a parar! Déjame entonces, cuando sea necesario, ir a buscar fuego según la antigua costumbre. Al menos eso nos queda”.

IV El sorgo

En más de una ocasión se ha descripto a las mujeres tutsis como señoritas ociosas dedicadas únicamente a trenzar minúsculos y fútiles objetos de mimbre, o a balancear sobre sus piernas extendidas la gran calabaza de hermoso cuello curvo en la que preparaban la manteca de belleza que daba a las vestales de las fuentes del Nilo esa piel brillante y satinada que fascinaba a los europeos. A mi madre siempre la he visto con la azada en mano, removiendo la tierra y sembrando y desmalezando y cosechando, antes de nuestro exilio, en Gikóngoro y en Magi y, más aún en Nyamata, en las aldeas de los deportados. Y es que en Ruanda, las labores agrícolas no acaban nunca. Estas se inician, si es posible hallar un principio a lo que no tiene principio ni fin, con las primeras lluvias de octubre, cuando se siembran los frijoles y el maíz, que serán cosechados en diciembre y febrero, respectivamente. Luego llega la gran temporada de lluvias, entre los meses de marzo y mayo, momento de sembrar el sorgo que se siega en julio, al comienzo de la estación seca. Pero durante todo ese tiempo, las mujeres también cultivan frijoles, batata, mijo, taro, calabaza, ñame, mandioca y, sobre todo, bananas, que requieren un cuidado permanente. Las ruandesas como Stefania, o como las de hoy en día, |

sean hutus o tutsis, no consagran su vida entera a trenzar esos delicados cestitos que se guardan unos dentro de otros, y que los turistas suelen considerar como la principal actividad de la mujer ruandesa.

Entre nuestros cultivos, el sorgo ocupaba un lugar de privilegio. Tenía su dignidad. No se mezclaba con los otros, exigía una parcela exclusiva. El taro, la batata, el frijol, todos esos vegetales podían convivir sin problemas. Los frijoles trepaban por los tallos del maíz, y las batatas y los taros crecían a la sombra del bananal: ninguno tenía nada que objetar. Aunque no por eso despreciábamos estos cultivos. ¿Qué hubiésemos hecho sin ellos? ¿Cómo saciar el apetito de un ruandés sin su ración diaria de frijoles? Quedé muy asombrada al enterarme de que las batatas, el maíz y los frijoles eran originarios de América. ¿Qué caminos habrían recorrido hasta llegar a Ruanda? Nunca lo supe. De todos modos, nuestros abuelos no habían necesitado agrónomos, ni expertos de la FAO. Se las habían arreglado solos, sin que nadie viniera a enseñarles cómo cultivar su propio campo.

El sorgo sí era un verdadero ruandés. Su parcela de tierra era como su rugo; en ella no podía entrar cualquiera. A veces intentábamos sembrar a sus pies algunas batatas, las *impungine*. Pero en el fondo sabíamos que no era correcto, que era una falta de respeto al sorgo. Por eso, para no incomodarlo, fingíamos olvidarnos de las batatas que, a fuerza de permanecer bajo la tierra, se volvían tan grandes que perdían su sabor y se estropeaban. El sorgo no toleraba esas intrusas.

Él era el rey de nuestros campos. Tanto para su cultivo como para su consumo, exigía todo un ceremonial, una serie de ritos que Stefania cumplía con devoción escrupulosa,

porque era una planta de buen augurio: un bello campo de sorgo era un talismán contra la hambruna y las calamidades, un signo de fertilidad y abundancia y, para nosotros, los niños, una fuente generosa de delicias y de juegos.

La siembra del sorgo se realiza a comienzos de la estación lluviosa. Todos esperan que la lluvia acuda puntual a su cita, pero ella a veces tiene sus caprichos. Después de remover la tierra con la azada, mamá sembraba al voleo. Mezclaba sorgo blanco, con el que prepararía papilla y masa, y sorgo rojo, que reservaba para la cerveza. Luego removía la tierra una segunda vez, para hundir bien los granos. Con mi pequeña azada, yo imitaba sus movimientos. Resultaba cansador estar agachada todo el día. Mamá escuchaba mis gemidos. "Tú, Mukasonga", me decía sin darse vuelta, "aún no tienes de qué quejarte, espera a hacer este trabajo cargando un bebé en la espalda". La tierra bajo mis pies era un hervidero de lombrices. Algunas eran gordas como viboritas, y me causaban mucha impresión. Satisfecha, mamá decía: "el campo es bueno, lo he elegido bien; mira todas esas lombrices... no las mates, no son babosas, ellas nos desean el bien: ¡nos anuncian una buena cosecha!". Y en efecto, el sorgo crecía tan tupido que debíamos ralearlo.

Eliminar malezas y parásitos es un trabajo lento y minucioso. Exige mucha atención, aunque no demasiado esfuerzo. Permite conversar, contarse historias. Fue desmalezando el campo de sorgo que mamá me enseñó lo que sabía de la antigua Ruanda. Por desgracia, no pude conservar en mi memoria todos los secretos que me confiaba Stefania, los secretos que una madre solo confía a su hija.

Si la tierra era fértil y las lluvias abundantes, el sorgo crecía rápido. Jeanne, Julianne y yo nos medíamos con sus tallos; estos alcanzaban muy pronto nuestra estatura de niñas, después, la de nuestros padres. En poco tiempo eran más altos que los hombres, incluso más que Sekimonyo, el apicultor, que sin ningún esfuerzo colocaba sus colmenas en las copas de los árboles. Con impaciencia esperábamos la floración, observábamos las espigas formándose lentamente. Las había rojas, las había blancas. Pero a los niños no nos interesaban las espigas blancas ni las rojas, sino los *inopfu*, las plantas estériles que no dan espigas. Entre el follaje de esas plantas despreciadas, en vez de granos se formaba una masa blanca, informe, surcada de filamentos negros; como una barra de chocolate que el sorgo ofrecía a los niños. Nos hubiese encantado –no así a nuestros padres– que el campo solo produjera *inopfu*. Por suerte, eso no ocurría; las plantas estériles eran escasas, y para descubrirlas había que tomar distancia y trepar a un termitero o a una loma a fin de lograr una visión panorámica del cultivo. Dos penachos pequeños, parecidos a las antenas de un caracol gigante, delataban la presencia de un *inopfu*. Rápidamente, mis hermanas y yo nos adentrábamos en el sembradío con cuidado de no quebrar ningún tallo, hasta alcanzar ese extraño fruto de la esterilidad. Regresábamos con los labios y la lengua manchados de hilos negros, y todos sabían entonces que nuestra cosecha había sido buena.

El sorgo se siega en julio, a principios de la estación seca. Pero antes de eso, cuando las panojas ya se han formado pero los granos aún no están bien maduros, mi madre celebraba la *umuganura*. *Umuganura* es el nombre de la fiesta, y también el de la masa de harina de sorgo que se come en esa ocasión. Según el rito, el sorgo no se siega hasta que toda la familia haya probado

la primera masa de sorgo. Los antropólogos no nos habían dicho que estábamos celebrando las primicias de la cosecha, pero nosotros teníamos la certeza de que con la *umuganura* comenzaba un nuevo año, que era el momento de hacer nuestros votos para que el año que inauguraba el sorgo fuese próspero. El primero de enero de los blancos aún no significaba nada para nosotros.

La *umuganura* era una fiesta exclusivamente familiar. Los vecinos no estaban invitados. Se celebraba en la intimidad del *rugo*. Cada uno en su casa. Tal vez por eso había escapado a los anatemas de los misioneros; ni siquiera habían intentado cristianizarla. En cada hogar, gracias a las madres de familia, el sorgo seguía resistiendo.

Para la *umuganura*, debíamos recolectar las panojas aún empapadas de agua; solo lo necesario para preparar la masa, no más. En general, era uno de los niños de la casa quien tenía el honor de cosecharlas. Pero no podía ser cualquiera de ellos. Estaban descartados los hijos ilegítimos, pero también los niños débiles, enfermizos, todos los que presentaran el menor defec- to físico. Stefania siempre me elegía a mí para la cosecha ritual. No tenía otra opción. André y Alexia estaban en la escuela y, además, ellos eran “civilizados” que se burlaban por lo bajo de las extrañas liturgias de su madre. Jeanne aún era demasiado pequeña, y mamá veía a Julianne como una niña frágil, delicada de salud. Siguiendo las indicaciones de Stefania, yo escogía las panojas más grandes, las que auguraban una cosecha abundante y un año nuevo que, a pesar de todo, esperábamos que fuese bueno. Luego las depositaba con mucho respeto en un cesto trenzado especialmente para ese fin. Para la *umuganura*, las cacerolas y los recipientes de metal que se vendían en el mercado estaban rigurosamente prohibidos.

Los granos empapados de agua no se muelen sobre la piedra como el sorgo común, sino en el mortero. Con ayuda de

una criba –untada, semanas antes, con una nueva capa de bosta– se separan los que no fueron triturados y se los vuelve a pasar por el mortero hasta obtener una harina muy fina. Mamá preparaba la masa en un cuenco de barro; estaban descartados todos los utensilios introducidos por los blancos. ¿La receta? Me parece que era casi igual a la de los *crêpes* de trigo sarraceno propios de la región de Bretaña, pero Stefania no hacía *crêpes*: mezclando poco a poco la harina con agua hirviendo, formaba una esfera perfecta, bien lisa, con bellos reflejos de color verde pálido. Mientras amasaba, pronunciaba palabras mágicas que yo apenas comprendía, palabras que, seguramente, maldecían a los envenenadores y a los hechiceros, y atraían fertilidad, abundancia y fecundidad para la familia, la casa y los campos, y sobre todo para las vacas que ya no teníamos.

El rito principal se realizaba durante una noche de luna llena. Toda la familia debía comer la *umuganura*, comerse el año nuevo anunciado por la pronta cosecha del sorgo. Mamá había colocado la bola de masa en una pequeña cesta de mimbre reservada para la ceremonia. Con el *urutamyi*, un juncos filoso que crece en los pantanos, muy utilizado en cestería, cortaba una porción para cada miembro de la familia. La *umuganura* no podía ser tocada por un cuchillo, ni siquiera por una cuchara de metal. Una vez divididas las porciones, Stefania pronunciaba una vez más la fórmula mágica que nosotros debíamos repetir a coro, y que esa noche reemplazaba al benedícte que papá nos hacía recitar antes de cada comida. Había llegado el momento de probar la *umuganura*. Yo la devoraba con el mismo fervor con que recibía la hostia que me daban los curas. La masa de la *umuganura* me parecía exquisita en comparación con la masa común que crujía entre los dientes, raspaba la garganta, pesaba en el estómago, y que mamá nos obligaba a comer a pesar de nuestras protestas. Un jarro de cerveza nos

esperaba, y luego cantábamos y bailábamos en honor del sorgo. El festejo continuaba hasta avanzada la noche.

El momento de la cosecha se aproxima. No hay tiempo que perder. Los pájaros mantienen grandes conciliábulos alrededor del campo. De los monos no hay que preocuparse, el sorgo no les interesa. Pero en Ruanda, incluso en Bugesera, no conviene fiarse demasiado de la estación seca. Tal vez la lluvia no esté muy lejos. Por cierto, esa lluvia temida tiene un nombre: es, justamente, “la lluvia del sorgo”.

Antes de la cosecha, hay que preparar el área de trilla. Ya no tenemos, como “en Ruanda”, la gran estera que, solo para esa ocasión, cubre por completo el suelo del patio trasero; en Bugesera debemos contentarnos con recubrir una parte del patio con bosta de vaca. La bosta se la pedimos a los bageseras, porque los pobres desplazados no poseemos ganado. Felizmente para nosotros, los bageseras ignoran el comercio, y entregan el estiércol sin exigir nada a cambio. Ni siquiera la gran demanda los ha incitado a negociar su riqueza. La ley del mercado aún no rige en Bugesera. Es cierto que, muchas veces, Julianne y yo caminábamos detrás de las vacas recogiendo su excremento, sin pedirle nada a nadie. Por los senderos de Bugesera desfilaban mujeres y niños llevando sobre sus cabezas canastas repletas de estiércol. Estaban orgullosos de ellas. Esta bosta la desparramamos sobre el patio, y la aprovechamos también para revestir los cestos y la base de las cribas. Pero siempre puede desatarse una lluvia inesperada. Por eso, es preciso armar en el patio una especie de lecho, más alto y más grande que una cama matrimonial, sobre el que arrojamos a

toda prisa las panojas, antes de que la lluvia transforme el área de trilla en un montón de charcos y arroyos malolientes.

Cosechar el sorgo es un trabajo de hombres. Es un asunto que incumbe a todos los hombres de la aldea. Se reúnen para segar los campos, uno tras otro. Cuando las panojas están maduras, deben apurarse, ser más veloces que los pájaros, que la lluvia amenazante. Al caer la noche, hombres, mujeres y niños se congregan alrededor de los jarros de cerveza ofrecidos por la familia cuyo campo se trabajó ese día. La cosecha del sorgo es un momento muy lindo.

Concluida la siega, las panojas, todavía unidas al tallo, se dejan reposar dos o tres días en el campo antes de cortarlas. Entonces comienza el trabajo de las mujeres y de los niños. Por supuesto, puedes contar con la colaboración de las vecinas: ellas saben que muy pronto tú las ayudarás en sus campos. Los niños se encargan de transportar las panojas hasta el área de trilla, o hasta el granero que se construye cuando la cosecha resulta abundante. Corren con el cesto sobre la cabeza. No es un fastidio para ellos. Todos se ofrecen como voluntarios. El maestro de la escuela sabe que durante esos días el salón de clase permanecerá vacío. Trabajan con entusiasmo: saborean por adelantado la recompensa que les espera al final de la jornada, ¡los *imisigati*! El sorgo jamás se olvida de los niños: en algunos de sus tallos –no en todos, por desgracia– ha escondido un jugo azucarado, más dulce que la miel. Durante la cosecha, recogimos y apartamos cuidadosamente los deseados *imisigati*. Los conservamos frescos a la sombra del bananal. Mamá incluso ha enterrado algunos, que esperan el regreso de Alexia y André. Pero desde esa misma noche, los *imisigati* serán distribuidos entre los pequeños trabajadores. Los más dedicados, aquellos que han llenado su cesto, que han hecho la mayor cantidad de idas y vueltas, se

llevan los más grandes. Mi sobrina Muberejiki, que es perezosa, solo ha recibido uno muy pequeño. Todos nos reunimos en el bananal para masticar los tallos y saborear el delicioso jugo; y nuestras madres no se quedan atrás, ellas también disfrutan el deleitable jarabe de los *imisigati*.

Al trillar las panojas, se forma sobre el patio una montaña de granos. Los niños juegan a zambullirse en ellos como en arenas movedizas. Los más chiquitos se aventuran en cuatro patas, y sus madres los vigilan por miedo a que los sepulte una avalancha de granos.

Con la harina del sorgo mamá preparaba esa masa detestable que nos obligaba a comer. Otra opción era hervir los granos, como se hace con el arroz, pero eso era solo para las épocas de escasez. El sorgo también se usaba para hacer la papilla llamada *agakoma*, una especie de sopa muy espesa, considerada fortificante, que se les daba a los niños en reemplazo de la leche, a los convalecientes, a las parturientas, a los personas mayores. Felices los padres ancianos que podían decir: “¡Tengo suerte, no me han abandonado, mi hija siempre me trae *agakoma*!”. Stefania lo preparaba para André y Alexia cuando estaban en Gitagata. Por la mañana, apenas se levantaban, les servía una gran calabaza de papilla hirviendo. “¡Qué van a pensar en el colegio”, decía, “si mis hijos adelgazan durante las vacaciones!”.

Pero lo que todo el mundo esperaba del sorgo era la cerveza. Esto era antes, claro, de que la Primus y la Amstel la relegaran a la despreciable categoría de las bebidas arcaicas que los ancianos aún te obligan a compartir con ellos y que no te

atreves a rechazar. La cerveza de sorgo era el fundamento mismo de la convivialidad entre los ruandeses. Alrededor del jarro se afianzaban los lazos familiares, se entablaban o reavivaban las amistades, se fortalecían las relaciones de buena vecindad, se negociaban los matrimonios, se aplacaban las discusiones, se resolvían los conflictos; tras sumergir en la espuma espesa la pajita que servía de bombilla y sorber largamente el líquido amarronado, el sabio enunciaba el proverbio que esclarecía la situación y determinaba la conducta que todos debían seguir.

Para preparar la cerveza de sorgo se necesitan muchos recipientes. Reunimos todos los que tenemos; la vasija que usamos para la cerveza de banana, los grandes jarros en los que recogemos el agua de lluvia. Más tarde, cuando la civilización acabe por cruzar el río Nyabarongo, los aldeanos juntarán dinero entre todos para comprar en el mercado de Nyamata uno de esos grandes bidones de lata –un “tonel”, como le llamaban los “civilizados”– usados por los comerciantes para almacenar el aceite de palma que vendían al detalle en botellas melladas de Fanta. El preciado tonel, patrimonio de toda la comunidad, pasaba de familia en familia. En la vasija, en los jarros o en el bidón de lata, arrojamos los granos de sorgo y los sumergimos en agua. Deben mantenerse en remojo durante cuatro días para que se ablanden. Durante ese tiempo, recubrimos el área de trilla con grandes hojas de banano, eligiendo las que no tengan roturas, hasta formar un tapiz espeso y perfecto. Luego se queman las *amashara*, hojas secas de banano que producen una ceniza muy negra. Sobre el tapiz de hojas colocamos el sorgo, sobre él desparramamos las cenizas, y mezclamos todo hasta que los granos se vuelven bien negros y se obtiene la llamada *amamera*. Bajo una cubierta de hojas los dejamos germinar, y muy pronto se cubren de filamentos blancos. Entonces los ponemos a secar al sol. Cuando los granos están a punto, las mujeres arrodilladas y

los niños en cuatro patas los revuelven para que se desprendan los brotes, mientras aprovechan para atiborrarse de granos negros y dulces, ¡otra delicia del sorgo! Tras pasarlos por la criba, los molemos sobre la piedra (esto no debe hacerse nunca en el mortero!), y almacenamos la harina obtenida en los grandes cestos de tapa puntiaguda que ocupan el sitio de honor sobre el *uruhimbi*, la repisa curva adosada a la pared del *inzu*. De allí será extraída cuando llegue el momento de preparar la cerveza.

No toma mucho tiempo preparar la cerveza; un día, una noche. Se vuelca la harina en la vasija, sobre ella se vierte agua hirviendo, y se revuelve todo con una espátula del tamaño de un remo hasta formar una papilla clara, ligera, dulce. Luego se distribuye esa papilla en los distintos jarros, agregando la levadura –*umusemburo*– obtenida de ciertas plantas de la sabana (el nombre de esas plantas es un secreto que nadie te revelará). Esa noche nos dormimos escuchando el burbujeo y los suspiros de la cerveza que fermenta en los jarros negros al pie de la cama grande.

En el campo solo han quedado montones de paja seca. No es un desecho, como podría suponerse; la gente la utiliza para renovar, reforzar o remendar las cercas, o para hacer *mahu-busi* –espantapájaros– que alejarán, al menos por un tiempo, a los monos que roban las batatas. Es necesario proteger las batatas, porque es lo único que crece en los campos durante la estación seca.

Los tallos secos de sorgo también son aprovechados por las madres que trabajan el campo cargando a su bebé en la espalda. Cuando este comienza a pesarle mucho, la mamá lo deja en un pequeño refugio que ella misma construye a la vera del

campo. Con los tallos de sorgo monta la estructura, que recubre de un manto de hierba fresca. Con hojas de banano reviste cuidadosamente el interior, sobre el cual coloca una pequeña cuna trenzada, fuera del alcance de las serpientes. Entonces puede volver al trabajo; el bebé está protegido del sol y del ojo aguzado de las aves rapaces que acechan su presa desde lo alto.

El sorgo les reservaba a los niños una última sorpresa: siempre tenía algo para ellos. Las vacaciones comenzaban justo después de la siega, y durante toda la estación seca el campo en barbecho ofrecía una inagotable variedad de juegos. Con habilidad e imaginación, convertíamos los tallos secos en objetos sumptuosos, tan deseados como inaccesibles. Anteojos, por ejemplo, como los que llevaban los curas. Para mí, los anteojos eran un objeto familiar; ya he contado que papá tenía unos, aunque en casa solo los usara para leer la Biblia. Pero nadie más poseía anteojos en la aldea. Muchos creían que eran de uso exclusivo de los misioneros; que con ellos podían leer los pensamientos, perseguir hasta el fondo de nuestras almas los pecados que nos esforzábamos en ocultar. Las niñas, por educación, inclinaban la cabeza para evitar esas miradas escrutadoras, pero los varones eran más atrevidos: ellos también querían tener su par de anteojos. Por eso los observaban, los estudiaban. Durante la misa era difícil, porque el sacerdote permanecía de espaldas, y cuando se daba vuelta para anunciar el fin de la ceremonia, ya estaba demasiado lejos. Había que esperar entonces que viniera a supervisar la lección de catecismo que después de clase nos daba Rukema, el diácono. Los chicos miraban fijamente el rostro del misionero que los felicitaba por su aplicación, pero no eran sus palabras lo que les interesaba, ¡eran sus anteojos!

Los niños estaban contentos: ahora sabían cómo fabricar ese objeto tan codiciado. Cortaban dos finas rodajas de un tallo de sorgo, elegían dos palitos para hacer las patillas, y unían

todo usando como pegamento la médula blanquecina que brota del interior de la planta. Que no tuvieran cristales era lo de menos; lo importante era la montura. Los niños se paseaban muy serios, sacando panza, con los anteojos en equilibrio sobre la nariz, y los demás los aclamábamos riendo: “*Abapadri! Abapadri!*”.

Las niñas fabricábamos muñecas cortando y modelando la médula del sorgo; una pequeña esfera para la cabeza, un cilindro para el cuerpo, cuatro rollitos para los brazos y las piernas, y tres semillas para la nariz y los ojos. Algunas ramitas arrancadas a un tallo formaban el esqueleto. Pero al “bebé de sorgo” le faltaba lo principal: ¡los anteojos! Sólo las más audaces se atrevían a pedírselos prestados a los varones.

▼ Medicina

Tras llegar a Nyamata, cuando fuimos hacinados en los salones de clase de la escuela primaria, pronto descubrimos que cerca de allí había un dispensario. Muchos de los desplazados estaban enfermos: la dudosa comida que nos daban, el calor de Bugesera, casi intolerable para los montañeses de Butare, la falta de leche, que para la mayoría había sido hasta entonces el alimento esencial, la promiscuidad, la suciedad; todo eso acabó provocando numerosos casos de disentería, y comenzamos a contar muertos entre los ancianos y los niños más pequeños. Al fondo del patio polvoriento donde las familias se habían resignado a levantar sus chozas, se alzaba una construcción colonial en ruinas: el dispensario. El enfermero era un tutsi de Butare como nosotros, aunque llevaba más tiempo viviendo en el exilio. Se llamaba Bitega, y muy pronto los deportados le otorgamos el título de doctor: *muganga*. Los enfermos y los curiosos formaban fila para llegar hasta el alero de chapa bajo el cual oficiaba Bitega. Pero no tardaron en decepcionarse. El enfermero solo tenía dos medicamentos para recetar: aspirinas y jarabe para la tos. Un día prescribía aspirina, y al siguiente, jarabe. El jarabe era dulce. El día del jarabe era el día de los niños. Yo esperaba con los demás, y cuando llegaba mi turno, abría grande la boca frente al ayudante de Bitega, que con una

misma cuchara distribuía el jarabe a todo el mundo. Muchos intentaban volver a la fila para recibir una segunda cucharada, pero nadie podía engañar a Bitega, que siempre reconocía a los trámosos.

Explorando las calles del pueblo, papá y sus amigos descubrieron, detrás de la plaza del mercado, una casa colonial tan derruida como el dispensario. Conocieron al hombre que la habitaba; era un veterinario, Gatahyia, que se ocupaba de curar a las vacas de la zona. La noticia fue sensación entre los desplazados: alguien capaz de curar vacas, el bien más preciado que un tutsi pudiera imaginar, con más razón podría asistir a las personas. Así, las filas que cada mañana se formaban delante del dispensario de Bitega se trasladaron hacia la terraza cubierta —la *barza*, como le llamaban los colonos belgas— del veterinario. Pero Gatahyia, que era un sabio, no confiaba plenamente en sus propios medicamentos y solía aconsejarles a los pacientes que recurrieran a las plantas medicinales.

Stefania era de la misma opinión. Desconfiaba de las pastillas y del jarabe de Bitega. Le afligía ya no poder preparar los remedios tradicionales que, según ella, eran los únicos capaces de combatir las enfermedades de los ruandeses, y en especial, las de los niños. Por eso, apenas le fue posible, primero en Gitwe y luego en Gitagata, volvió a cultivar alrededor de la casa esa farmacia vegetal de la que extraía los ingredientes necesarios para elaborar sus tisanas y ungüentos.

Stefania no era, por cierto, una de esas curanderas que la gente va a consultar en los casos graves, con mucho de esperanza y otro tanto de miedo; no obstante, como la mayoría de las ruandesas, conocía una gran variedad de medicinas que

elaboraba y aplicaba con convicción y, casi siempre, con éxito. Su farmacopea se componía de hierbas, tubérculos, raíces, hojas de árboles de la sabana. Cuando alguien desmalezaba alguna parcela, ella le señalaba las plantas que debía conservar por sus virtudes, y en su jardín medicinal albergaba amorosamente las que utilizaría para preparar sus remedios.

Como buena madre de familia, Stefania conocía todo tipo de recetas para hacer frente a las enfermedades y las heridas que podrían aquejar a los suyos.

Para las quemaduras leves, la cura era sencilla: bastaba con escupir sobre la piel quemada, pronunciando la siguiente fórmula: “*Pfuba nk’ubwanwa bw’umugore*” —“Que la quemadura no crezca, como (no crece) la barba sobre el rostro de la mujer”. Otra alternativa era aplicar la savia viscosa del *uruleja*, o un poco de papa pisada; pero las papas eran para los ricos, no se cultivaban en Nyamata, venían de Ruhengeri, de las fértils tierras al pie de los volcanes, tan fértils que algunas papas eran grandes como melones. ¡Las *intofanyi* de Ruhengeri! Los niños del campo las admirábamos de lejos cuando, en ocasión de algún trámite en la ciudad, debíamos dirigirnos a la casa de un funcionario. A veces, a pesar de la reticencia de los sirvientes y de la señora de la casa, nos dejaban entrar al salón comedor: allí estaban las célebres *intofanyi*, visibles detrás del alambre tejido de la alacena, aún goteando el aceite de la fritura dentro de un plato hondo con flores rojas *Made in Hong Kong*, como una manifestación de riqueza que despertaba el apetito del visitante.

De todas las partes del cuerpo, los pies eran los más expuestos a las lastimaduras. Caminábamos descalzos, y cuando al volver a casa después de clase debíamos ir a buscar agua o leña, la

noche –que en Ruanda cae a las seis de la tarde en cualquier época del año– siempre nos sorprendía por el camino de regreso. Procurando sostener el haz de leña o el jarro en equilibrio sobre la cabeza, avanzábamos sin mirar dónde pisábamos, y los dedos de nuestros pies se lastimaban con las piedritas del sendero, se desollaban en los barrancos. Yo llegaba a casa con los pies ensangrentados, las uñas partidas, arrancadas. Alexia, en cambio, volvía sin el menor rasguño, como si hubiese sobrevolado las asperezas y los obstáculos del camino. Mamá decía: “Alexia tiene dedos videntes. Los tuyos y los de Julienne (pues los de ella estaban tan maltrechos como los míos) no pueden ver nada, pero yo voy a enseñarles a ver”. Después de la cena, en plena noche, Stefania les enseñaba a nuestros dedos a ver en la oscuridad. Con ramas secas fabricaba una antorcha, y con la llama rozaba el suelo delante de nuestros pies. Reprendía a nuestros dedos, en particular a los dedos gordos, que eran los más vulnerables a los peligros: “Abre los ojos, y que a partir de ahora puedas ver en la noche, puedas encontrar tu camino”. Pero los dedos de Julienne, al igual que los míos, no hacían caso. Mamá no se desanimaba y continuaba aconsejándonos: “Cuando camines, dirígete a tu corazón, de él brota la luz que ilumina todo el cuerpo. Pídele que les recuerde a los dedos que deben ver dónde pisan, y él les dirá: ‘Es de noche. Abran los ojos. Yo miro hacia adelante, ustedes miren el suelo’”. Pero todo era inútil. Había que repetir el ritual, una y otra vez. Salímos del patio, tomábamos el senderito que conducía al camino. Seguíamos a mamá, que caminaba de espaldas, agachada: la llama de su antorcha casi lamía nuestros pies. Algunas noches nos adentrábamos en la sabana buscando el lugar más oscuro, donde Stefania esperaba que nuestros dedos se vieran obligados a prestar atención. Por desgracia, ni los reproches de mamá, ni la llama de la antorcha, ni las tinieblas de la sabana

lograron convencerlos de abrir sus ojos. Estos permanecieron cerrados por siempre. Mamá se preocupaba por nuestro futuro: “Con pies como los tuyos”, suspiraba, “me pregunto quién querrá casarse con ustedes”.

Creo que la maldición que mi madre no pudo conjurar aún pesa sobre mis dedos. Hasta el día de hoy, ir a comprar zapatos me produce ansiedad: siempre tengo la impresión de que la vendedora, e incluso los otros clientes, observan mis pies, en el mejor de los casos, con asombro; generalmente, con malicia o desprecio. Por suerte existen las pantimedias, que ocultan bien los defectos.

También era frecuente, sobre todo entre las niñas, lastimarse trabajando en el campo. Ante un mínimo descuido, la azada podía caer sobre un pie o una pierna. Según las prescripciones de mi madre, era preciso cubrir de tierra la abertura de la herida; no la tierra seca y polvorienta que pisábamos, sino la tierra negra y húmeda que vivifica los granos; luego, de ser necesario, aplicábamos *umutumba*, una especie de médula que brota del interior del tronco del banano. Si aun así la lastimadura no sanaba, acudíamos a otro tratamiento: secar hojas de *nkuyimwonga*, una planta de flores malvas, molerlas en la piedra y esparcir el polvo sobre la herida.

Si a pesar de todo se producía una infección, había que recurrir a métodos más poderosos. Una opción era el *kalifuma*, un misterioso polvo amarillo producido en Zanzíbar. Lo vendía el *magendu*. Así llamábamos a los farmacéuticos ambulantes que comerciaban todo tipo de sustancias medicinales provenientes de Zanzíbar, según ellos mismos aseguraban. Pero para los casos más graves estaba el *muriro*, que también se lo comprábamos al *magendu*. Era una piedra azul que se convertía en polvo al contacto con el fuego. Cuando se aplicaba sobre la herida

provocaba un dolor intenso, semejante al de una quemadura. Se acudía al *muriro* como último recurso, cuando todo lo demás había fallado. ¡De solo oír su nombre nos moríamos de miedo!

Recuerdo que mamá lo usó una vez para curar a Muberejiki, una de las hijas de Judith, mi hermana mayor. La pequeña, que debía entonces rondar los tres años, tenía una herida grave en el tobillo, con peligro de gangrena. Viendo su estado, mi madre consideró que no había tiempo que perder, que solo el *muriro* podría sanarla, evitar que perdiera la pierna entera. Pero antes de esparcir el polvo sobre la herida, mamá hizo varias veces la señal de la cruz invocando a Ryangombe, el gran Señor de los Espíritus, al que los curas identificaban con el demonio mismo: “¡Ryangombe *rya ya data!* ¡Ryangombe *rya ya data!* ¡Ryangombe, Dios de nuestros padres!”. Aterrorizadas, Julianne y yo nos tapábamos los oídos para no escuchar los gritos de Muberejiki, a quien Antoine sostenía a duras penas. Aún hoy me parece oírlos...

¿Qué fue lo que curó a Muberejiki? ¿La agresividad del *muriro*, o la omnipotencia terapéutica de Ryangombe? No sabría decirlo.

Pero la preocupación cotidiana de mi madre, como la de todas las madres ruandesas, eran los parásitos intestinales que, según ellas, minaban la frágil salud de los niños. Un vientre hinchado –debido, sin duda, a la malnutrición– era para mamá el síntoma evidente de la presencia de esos malignos parásitos. Utilizaba como vermífugo hojas de *umubirizi*, una planta que siempre convenía tener a mano porque servía para combatir muchas enfermedades. Cuando se construía una casa, el *umubirizi* era lo primero que había que plantar, junto con la

umuravumba, muy valorada también por sus poderes curativos. Para extraer el jugo del *umubirizi* había que frotar las hojas frescas entre las manos. Diluyéndolo en un poco de agua, se preparaba un brebaje muy amargo. Tal vez era esa amargura lo que le daba al *umubirizi* su reputación de sustancia milagrosa. Los niños aguardaban con temor el día en que serían obligados a beberlo. Las madres vigilaban permanentemente la calabacita que contenía el vermífugo, para evitar que alguna envenenadora se acercara al preciado remedio.

Pero a fin de cuentas, para combatir a esos enemigos invisibles había que recurrir a las lavativas. Con una planta trepadora bastante común, llamada *umunkamba*, se hacía una decocción, y luego se colaba.

No era difícil fabricar un clister. Bastaba con cortar el tallo hueco de una calabaza. Tras quitarle la piel, como se hace con los espárragos, queda un tubito vegetal suave y flexible que la madre introduce entre las nalgas del bebé. Ella retiene el vermífugo en su boca, lo insufla a través del tallo, y luego espera a que su rostro se cubra de salpicaduras color miel. Es la prueba de que el remedio ha surtido efecto.

La sesión de enemas no es una práctica privada. Al contrario, es el pretexto para una alegre reunión de mujeres. Es uno de los quehaceres típicos de un domingo a la tarde. Cuando baja el sol, las madres se instalan en el patio trasero. Con grandes hojas de banano improvisan delantales. Los niños de hasta seis años forman fila ordenados por estatura y esperan nerviosos su turno. Las madres palpan las pancitas, una por una, y deciden, según el caso, la dosis de vermífugo a aplicar: hay que tener buenos pulmones para atender a los que llegan con el vientre duro y tenso como un arco. Las mujeres rién y se felicitan cada vez que un chorro amarronado riega el delantal verde.

Para las madres, uno de los peores sufrimientos de la deportación y el exilio era no poder cuidar a sus hijos como lo hacían antes, como habían visto hacerlo a sus propias madres. En el patio polvoriento de la escuela de Nyamata era imposible encontrar las hojas benéficas del *umubinzi*, y la árida sabana de Bugesera no ofrecía más que plantas desconocidas, de las que se ignoraban tanto las virtudes como los peligros. En las aldeas, en Gitwe, en Gitagata, la prioridad había sido, en un primer momento, no morir de hambre; la posibilidad de cultivar plantas medicinales y calabazas –esa farmacopea natural que las mujeres cuidaban con dedicación– debió ser relegada a un segundo plano. Las madres de familia estaban desesperadas. Las barrigas de sus hijos eran un hervidero de pequeñas serpientes que los devoraban por dentro. Sin duda, esto los afectaría para siempre, y mamá estaba convencida de que Julianne, por haber nacido en el salón de clase de Nyamata y no haber recibido las lavativas salvadoras, sería delicada de salud toda la vida.

Sin embargo, un curioso instrumento comenzó a circular de familia en familia: un *umupila*. En kinyarwanda, se denomina *umupila* a todo objeto que no posee una forma definida: una pelota, una cámara de aire, un pulóver. En este caso, el *umupila* era un utensilio semejante a una pera que servía para hacer lavativas. Tal vez lo había traído a la comunidad algún sacerdote de la misión, tal vez lo había comprado una “civilizada” en alguna de las extrañas tiendas del mercado de Nyamata, donde lo habría encontrado de casualidad, tirado por ahí, invendible, entre varios paquetes de cigarrillos y cuatro botellas de Fanta Naranja. La pera para enemas tuvo muy poco éxito. Mamá se negó terminantemente a utilizar ese instrumento cuya punta demasiado dura podía lastimar la suave y delicada piel de los bebés. Por si fuera poco, el *umupila* no

salpicaba, y por ende, no permitía apreciar el resultado del tratamiento: ¿cómo considerarse una buena madre sin sentir las salpicaduras del enema en el rostro?

Cuando, al volver del colegio, André se esforzaba en inculcarle a Stefania alguna costumbre “civilizada”, ella le respondía: “*Musemakweri!* ¿No eres mi hijo? ¿Qué podrías enseñarme? ¿Acaso no comí tu caca?”.

La caca de bebé, esa caca amarilla como la de los gorriones, se llamaba *ubunyano*. Era importante porque tejía lazos entre la madre y el hijo, pero también entre el recién nacido y los demás niños de la aldea. *Ubunyano* era, por otra parte, el nombre del festejo que se realizaba tras el nacimiento de un bebé, con motivo de su primera salida de la casa. Constituía una especie de ceremonia de purificación, pero sobre todo, una fiesta para los chicos de la vecindad.

De esa fiesta yo solo participé una vez, en la casa de nuestra vecina Marie-Thérèse, que acababa de dar a luz a un varón después de haber tenido tantas niñas. Mi madre no aprobaba esa ceremonia. Le parecía “demasiado pagana”. Y además, no podía soportar ver a sus hijos comiendo la caca del bebé de la vecina, aunque fuese un acto más o menos simbólico: la caca era un asunto de familia, entre la madre y su hijo. Como de todos modos no era posible rechazar la invitación de una vecina tan cercana, antes de ir a la fiesta mamá me dio una infinidad de recomendaciones que podrían resumirse así: “¡No toques nada!”.

La mañana del festejo, todas las mujeres se reunieron en casa de la parturienta para preparar la comida que ofrecerían

a los niños. Había frijoles y exquisitas batatas de pulpa blanca y harinosa. La comida de la fiesta, el *ubunyano*, se servía a la nochecita, cuando el sol se volvía rojo antes de ocultarse detrás del bananal. En ese momento, todos los chicos de Gitagata nos dirigimos a lo de Marie-Thérèse. Nos sentamos en el patio, sobre un montón de esteras dispuestas en círculo. El grupo de madres permaneció detrás de nosotros. No había hombres presentes: el *ubunyano* no les incumbía. En medio de la ronda que formábamos había una estera más grande. Esperamos. Al cabo de un largo rato, cuando la luna ya estaba en el cielo, llegó Marie-Thérèse con su hijo en brazos y se sentó sobre la gran estera central. Presentó al bebé a la asamblea de niños y mujeres de la aldea. Incluso aquellas que ya lo habían visto, que habían asistido a Marie-Thérèse en el parto, fingían descubrirlo con admiración. Nos habían dicho que a los recién nacidos los peinaba la luna, y en efecto, sobre la cabecita rapada del niño el astro había dejado tan solo un mechón de pelo con forma de media luna, a semejanza suya.

En la gran criba utilizada para el sorgo las mujeres sirvieron los frijoles y las batatas. Nos habían convencido de que bajo esos alimentos humeantes y que oían tan bien, estaba toda la caca que el bebé había hecho desde su nacimiento. Por ese motivo, contrariando la buena educación, debíamos hundir nuestras manos hasta el fondo en el apetitoso montículo. Los niños comprendíamos oscuramente que comer el *ubunyano* del recién nacido era un modo de darle la bienvenida, de reconocerlo como un hermano al que teníamos que proteger, ayudar a crecer, enseñarle a escapar de los peligros mortales que lo acecharían por haber nacido, como nosotros, tutsi.

Nunca supe si realmente había caca de bebé debajo de los frijoles y las batatas. En cualquier caso, eso no desalentó a los

niños, que comieron con voracidad. Yo no me atreví a tocar el *ubunyano*. Sentía pesar sobre mí la vigilancia reprobadora de mamá, y solo me dediqué a mirar, con resignación y tristeza, a mis amigos disfrutando del festín.

Cuando la criba quedó completamente vacía, los niños, o mejor dicho, las niñas —pues a los varones se los considera demasiado torpes— pudieron sentarse junto a Marie-Thérèse y su bebé. Una tras otra, estiraron las piernas y alzaron las manos para recibir al niño. Por desgracia, yo no tuve el privilegio de sostenerlo en brazos; las mujeres no confiaban en mí porque había roto demasiadas calabazas yendo a buscar agua al lago.

A partir del día siguiente, Marie-Thérèse cargó al bebé en su espalda y recorrió con orgullo casa por casa, antes de ir a trabajar el campo. El niño ya podía salir de su hogar: la aldea entera lo había adoptado.

A pesar de conocer las virtudes de tantas plantas, a pesar de los hechizos que sabía pronunciar con buenos resultados, a pesar de los medicamentos exóticos del *magendu*, mamá tenía la certeza de que nos faltaba la fuente de la vida, aquella que protege tanto de la desgracia como de las enfermedades, que inmuniza contra el veneno, que aleja las maldiciones; por supuesto, hablo de la leche —*amata*—, ¡suprema riqueza y delicia del criador de ganado! Parecía una broma que nos hubiesen deportado a Nyamata —cada vez que pronunciábamos ese nombre, nos dejaba un regusto amargo en la boca—, *nya-amata*, ¡la tierra de la leche! La más yerma de todas las tierras, donde las vacas flacas de los bageseras morían de enfermedades y de sed.

Habían matado a nuestras vacas y quemado vivos a nuestros terneros en los establos. ¿Sigue siendo un hombre quien ha

perdido su ganado? ¿En qué ocupar los días si ya no es posible llevar las vacas a pastar, llamar a cada una por su nombre, alisar su pelaje con un suave manojo de hierba, examinar sus pezuñas para quitar piedritas o espinas, murmurar palabras tiernas al oído de la ternera regalona y elogiarla frente a los demás? ¿Cómo sellar una amistad sin prometer una vaca? ¿Cómo casar a un hijo sin ofrecer como dote una hermosa ternera? ¿Cómo sentirse orgulloso del *inzu* si no flota en su interior el agrio aroma de la leche cuajada y de la manteca rancia, si la madre de familia no puede balancear sobre sus piernas el vientre redondo de la mantequera?

Mamá nos mandaba a Julianne y a mí a comprarles leche a los bageseras. Para eso, debíamos vender en el mercado nuestros mejores racimos de bananas. Traíamos la leche –¡tan poca!– en un jarrito ennegrecido que normalmente usábamos para conservar la manteca, porque ya no teníamos vasijas de madera de eritrina, las únicas dignas de contener el precioso líquido. Mamá nos hacía tomar un trago, ella tomaba otro, y conservaba algunas gotas en el fondo del jarrito. Lo depositaba al pie de su cama, sobre un manto de hierba, el *ishinge*, y cada mañana, delante del recipiente que contenía la gota de leche, le rogaba al elixir de la vida que protegiera a su familia.

VI El pan

Al principio, en Nyamata, el pan fue considerado un medicamento. Se lo daban a los niños gravemente enfermos cuando habían fallado todos los demás remedios, las lavativas, las plantas del jardín medicinal o las de la sabana, las sustancias que vendía el *magendu*, e incluso esos productos exóticos como el arroz o el té, que los blancos habían traído consigo y a los que se les atribuían curas milagrosas. Si nada de eso funcionaba, si no se advertía ninguna mejoría, solo quedaba el pan como último recurso para el niño moribundo. Pero en Nyamata no vendían pan, había que traerlo de Kigali. Mi padre viajaba a la capital. El trayecto era largo; dos días de ida, dos días de vuelta. Al llegar a Kigali, papá no iba a la panadería de los griegos. Ese pan era para los blancos y sus sirvientes, quienes desde muy temprano hacían fila para comprar las tostadas y los *brioches* del desayuno de sus patrones. Para comprarles a los griegos hubiésemos tenido que gastar buena parte de lo que ganábamos con la cosecha. Papá se dirigía al mercado. Allí las mujeres vendían unos pancitos redondos que ellas mismas preparaban. Eran apenas más grandes que un puño, y su migaja espesa y pegajosa se parecía a la de los bollos de mandioca. Papá no regateaba; no se regatea el pan que va a curar a tu hijo. Compraba cuatro bollitos y volvía rápidamente a Nyamata,

con la esperanza de que ese alimento tan preciado pudiera salvar al pequeño enfermo.

Hasta que un buen día, el pan llegó a Nyamata. Lo trajo Nyirabazungu, "La mujer de los blancos", también llamada "Kilimadame", "la casi-madame". Como su nombre lo indica, Nyirabazungu trabajaba en Kigali para los *bazungu*, es decir, para los blancos. Era niñera. Pero en su arco había más de una cuerda, si es posible usar esta expresión para hablar de una mujer*. La prueba es que tenía varios hijos de padre desconocido, que eran criados por su abuela en Nyamata. Esto no era bien visto en la aldea, pues la gente creía que los niños nacidos en esas circunstancias traían mala suerte.

Gracias a sus diversas actividades, Nyirabazungu había podido hacerse de unos ahorros, lo que le permitió instalarse en Nyamata. Su llegada causó sensación. Los hombres –más exactamente, los funcionarios y los profesores con algo de dinero–, solo tenían ojos para ella. A las dignas madres de familia les disgustaba su actitud de mujer libre, que no tardaría en poner en peligro los matrimonios. Las niñas, en cambio, admirábamos sin disimulo su modo de caminar y de vestirse. Era como si todo Kigali, la capital entera, hubiese descendido hasta nosotros. Imitábamos su contoneo al andar, aunque nuestro pequeño trasero no pudiese competir con el suyo; envidiábamos sus paños coloridos, sus zapatos de tacón alto. Su peculiar, inimitable forma de anudarse el pañuelo en la cabeza

proclamaba que ella era la *Sinabwana*, "La que no tiene hombre". ¡Era realmente una *kilimadame*! Aunque sabíamos que solo una mujer blanca podía ser llamada madame, en Nyamata igualmente estábamos orgullosos: ¡al menos teníamos una "casi-madame"!

Kilimadame abrió una tienda en el mercado de Nyamata. Como todas las tiendas, vendía cerveza –la incomparable *Primus*–, Fanta Naranja, Fanta Limón, cigarrillos, jabones... Pero su negocio –y esto fue una revolución en la aldea– también vendía pan. Kilimadame había aprendido a amasar observando a las mujeres del mercado de Kigali. Detrás de su flamante local había hecho construir un horno; en su boca ardiente introducía las bolitas de masa pálida, que salían de allí con un bello color de hierba seca. A Candida y a mí nos encantaba verla amasar, modelar los pequeños bollos. No éramos las únicas. Siempre había una multitud de niños sentados alrededor del horno de Kilimadame, y cuando ella sacaba los pancitos recién horneados, todos seguían con la mirada ese manjar que no probarían, pero cuya visión los transportaba a otro mundo más allá del río Nyabarongo, a un mundo más feliz, del que estaban excluidos.

La tienda de Kilimadame prosperó, se amplió, y con el tiempo se convirtió en un "hotel". En Ruanda, un hotel no es un lugar que ofrece habitaciones para dormir; es un bar donde se sirve cerveza, *brochettes* e incluso, de vez en cuando, comida "civilizada", es decir, preparada con aceite de palma. Los hombres notables se reúnen allí por la noche. Pasan el rato contándose siempre las mismas historias, comentando las novedades de la capital. Suele ser aburrido. Pero para ser considerado un hombre de verdad, alguien importante en la aldea, hay que frecuentar el hotel de Kilimadame. Gracias a ella, Nyamata se

* *Avoir plusieurs cordes à son arc*: "Tener varias cuerdas en el arco", poseer más de un medio o recurso para lograr un objetivo. Con esta expresión, la narradora insinúa que Nyirabazungu no vivía solamente de su trabajo como niñera [N. de la T.]

estaba volviendo civilizada, aunque esas innovaciones también hicieron peligrar la solidaridad entre los desplazados, inoculando en el seno de las familias la cizaña y la sospecha.

En realidad, los compradores de pan eran muy pocos. Apenas algunos profesores – se los contaba con los dedos de una mano – que habían podido casar a sus hijas con hombres blancos, o que tenían un hijo o una hija viviendo y trabajando “en Ruanda”. Los hijos más pequeños de esos privilegiados comían orgullosos su pan delante de los otros niños, lo saboreaban lentamente, tomándose su tiempo, masticando la migaja con ostentación, sin dejar siquiera unas migajas para sus compañeros que, tristes y decepcionados, fingían no verlos. Pero había algo más: el hotel de Kilimadame volvía sospechosos a todos los hombres que se ofrecían para ir a vender un haz de leña o un racimo de bananas al mercado de Nyamata. ¿Regresarían a sus casas con la ganancia total de la venta, como corresponde a un buen padre de familia, o gastarían una parte – una buena parte – en lo de Kilimadame, bebiendo cerveza, disfrutando una *brochette* delante de todos, o quizás, lo que era el colmo del egoísmo y la gula, comprándose un pan solo para ellos? Stefania vigilaba a los hombres de Gitagata. A varios los tenía identificados como “golosos”, rasgo que en Ruanda era considerado un pecado capital, sobre todo para un hombre. “Ha ido otra vez a comer pan a lo de Kilimadame”, murmuraba mi madre al notar que algún vecino regresaba del mercado más tarde que de costumbre. Para las mujeres de Gitagata, “comer pan en lo de Kilimadame” era una traición mucho más grave de lo que nosotras, pequeñas espectadoras sentadas alrededor del horno, podíamos imaginar.

Como era de esperarse, el pancito de Nyirabazungu, alias Kilimadame, pronto se convirtió en la suprema recompensa del buen alumno, reservada para el mejor de la clase. Las madres vendían todo lo que podían, bananas, frijoles, maníes, para reunir, a fuerza de privaciones, ese pequeño tesoro que llevaban siempre consigo en el nudo de su paño y que, llegado el momento, les permitiría adquirir en lo de Kilimadame el premio insoslayable del alumno ejemplar. Todas las madres – y Stefania más que ninguna – tenían la certeza de que un día, alguno de sus hijos sería proclamado el mejor del curso. Su único temor era que varios lo fueran al mismo tiempo, y que el dinero no les alcanzara para comprarle a cada uno su merecido pancito.

Al final de cada trimestre se comunicaban solemnemente los resultados. El acto tenía lugar en el gran patio de la escuela, allí donde algunos años atrás habían concentrado a los deportados y donde, en un salón de clase, Stefania había dado a luz a Julianne. Pero el día del acto escolar, todos intentaban ahuyentar esos malos recuerdos y prestar atención a los maestros que, lista en mano, aguardaban la señal del director. Ellos se ubicaban en el centro del patio, los alumnos formaban un círculo a su alrededor; los padres, atentos y nerviosos, se amontonaban detrás; las madres, tanteando el nudo de su paño donde habían guardado algunas monedas y billetes arrugados, esperando poder desanudarlo para festejar al hijo o a la hija en quien habían puesto todas sus esperanzas; los padres, apoyándose en el bastón con el que previamente habían amenazado a su prole si su nombre aparecía entre los tres últimos de la lista.

El mejor de la clase se sentía muy orgulloso, más que por sus buenas notas, por el privilegio de poder ir a comprar, con las monedas que su madre le había dado temblando de emoción,

el pancito en el negocio de Kilimadame. Un enjambre de niños iba tras él, gritando. El galardonado se sentaba en la entrada de su casa. Bien a la vista. O a veces elegía algún lugar estratégico, preferentemente un termítico, donde todos pudieran contemplar el pancito redondo que sostenía en su mano un rato largo antes de empezar a comerlo. Lo degustaba sin apuro, trocito a trocito. Pero más que la migra blanda e insípida, lo que saboreaba el mayor tiempo posible era la admiración teñida de envidia de sus compañeros.

Yo también fui premiada con un pancito de Kilimadame. Una vez, una sola vez. Fue en cuarto año de la primaria. Apenas la señorita Rose pronunció mi nombre, corrí hacia mamá. Llorando de alegría, ella alisó los billetes que había guardado enrollados en el nudo de su paño, y yo atravesé volando el montecito de eucaliptus que separaba el patio de la escuela de la plaza del mercado, directo hacia la tienda de Kilimadame. Pero cuando tuve en mis manos ese pan tan deseado, no pude comérmelo sola como una glotona; reservé una mitad para mamá y compartí la otra con Jeanne y Julienne. No faltó un pedacito para mi amiga Cándida, que a pesar de su dedicación al estudio, nunca había logrado acceder a la recompensa suprema.

Incluso entre los “civilizados” de Kigali, el pan conservaba su prestigio. En el liceo Nuestra Señora de Císter, a las alumnas no les daban pan en el desayuno, sino tazones de avena llenos de gorgojos. Solo comían pan una vez al año, para la fiesta de San Nicolás. ¡Ah, la fiesta de San Nicolás! Desde el comienzo del curso la aguardábamos con impaciencia; mis compañeras

más atrevidas les preguntaban a las monjas si aún faltaba mucho. Ignorábamos quién era ese santo llamado Nicolás; para nosotras, “la San Nicolás” era simplemente el día del pan. ¡Y qué pan! En el refectorio, a cada una le esperaba un *brioche* con forma de muñequito. Ese día no era la líder del grupo, mi perseguidora, quien repartía las porciones; al menos por una vez podía estar segura de recibir mi parte como las otras. ¡La San Nicolás! Ocho días antes de la fiesta, algunas alumnas fingían estar enfermas, ya que así tendrían derecho a una ración mayor y podrían saborear tranquilas el muñequito Nicolás en las camas de la enfermería. Durante la semana anterior, sentíamos subir de la cocina de la hermana Marta un olor tan delicioso que nos quitaba el sueño. Hasta nos parecía que ella había adquirido la tonalidad dorada de los *brioches* que preparaba, que sus mejillas se habían impregnado del aceite y la manteca que manaban de la cocina en vísperas del festejo, como manaban la leche y la miel de la tierra de Canaán, alabada por los curas, las monjas y la Biblia de papá. Lo que me tristecía era no poder llevarles a mis hermanas y a mamá un pedacito de ese muñeco de pan. Aún faltaba mucho para las vacaciones, y era imposible conservarlo tanto tiempo. Me conformaba entonces con contarles a mis hermanitas los detalles y las delicias de la San Nicolás.

Cuando ingresé en la Escuela de Asistentes Sociales de Butare, descubrí con asombro que los estudiantes comían pan en el desayuno. Eso quería decir que el pan nuestro de cada día, el que pedíamos a Dios en cada plegaria, existía. ¡Los curas no nos habían engañado! La Escuela de Butare, el único remanso de libertad que conocí en mi juventud, ¡cómo lamento

haber sido expulsada tan pronto! No quiero ni acordarme de mis compañeros hutus, de los chicos del grupo escolar que me perseguían para matarme, a mí y a los otros tutsis... ya he escrito sobre eso... Durante la semana anterior a las vacaciones, guardaba amorosamente mis raciones de pan para llevárselas a Stefania. El día de la partida hacia Nyamata, tenía seis panes en mi maleta. Los acomodaba en el fondo, bajo la falda plisada azul y el vestido rosa. Ese vestido era un regalo de Cándida, quien lo había obtenido de su hermana mayor a fuerza de ruegos o de chantajes. La falda plisada la había comprado yo en el mercado de pulgas de Kigali, con el dinero de la venta de mis racimos de bananas. Mamá asignaba a cada uno de sus hijos una parcelita de tierra para que cultiváramos; el producto de esa cosecha era para nuestros gastos personales. Esa falda azul era un sueño; la ministra de la Condición Femenina vestía una parecida el día que había venido a visitar el liceo Nuestra Señora de Císter. Ella había egresado de la Escuela de Asistentes Sociales a la que yo iba a entrar; algún día, tal vez yo llegaría a ser ministra, ¡necesitaba entonces una falda de ministra! Creo que me costó quince francos ruandeses –menos de un euro. Me olvidaba: también tenía una remera con el dibujo de un ratón orejudo. Mucho más tarde supe que era el ratón Mickey. No sé si combinaba con la pollera de ministra. Yo solo pensaba en llegar a casa y darle los seis panes a mamá.

Nunca vi a Stefania comer alguno de esos panes. Los trataba como a objetos preciosos, con las mismas precauciones y respeto con que el sacerdote lleva el Santo Sacramento, y los guardaba en la valijita que Judith, su hija mayor, le había traído de la capital junto a una remera blanca de *nylon*, bastante costosa. Solo Patricia, la profesora, había podido pagarse una parecida. Mamá me decía muy feliz: "Los panes son para los chicos".

Y los niños de Gitagata sabían que Stefania tenía pan...

Llegaban a casa a la mañana temprano. Ella los llamaba, "Vengan, vengan a sentarse conmigo". Luego corría hacia la pequeña maleta y de allí sacaba un pan, a menudo cubierto de moho. "Es la barba de Moisés", comentaban riendo los que iban a catecismo. Mamá le quitaba la barba al pan y lo repartía en pedacitos. La migaja estaba algo verdosa, pero eso no disminuía el entusiasmo y la gratitud de los chicos. "Ahora", les decía mi madre, "deben ir a la escuela; prométanme que van a estudiar mucho". A veces los niños venían desde muy lejos, de Gitwe, de Cyohoha, de otros pueblos, y le anuncianaban: "Stefania, soy el mejor de la clase, Stefania, soy la mejor de la clase". Y ella corría hacia la valija donde siempre había algún trozo de pan enmohecido.

Por las noches, mis hermanas y yo nos sentábamos en el patio a mirar el firmamento. *Firmamento* era una palabra que nos habían enseñado los curas. Me encantaba. La repetía para mis adentros. Para nosotras, el firmamento eran esas pequeñas nubes que flotaban como copos dorados alrededor de la luna. Esas nubecitas solo podían ser hermosos panes que nos esperaban en el cielo; el cielo que se extendía sobre nosotras, o tal vez aquél del que sin cesar nos hablaban los misioneros. Como quiera que fuese, estábamos seguras de que en el cielo el pan era mejor, más abundante y más barato que en el negocio de Kilimadame.

VII Belleza y matrimonios

El tercer mandamiento de Dios prohibía trabajar los domingos. La prohibición regía para la tarde, porque la mañana estaba consagrada a la misa. Según nos habían enseñado, ocuparse del campo o realizar pesadas tareas domésticas era ofender al Señor, y si desobedecíamos su mandamiento, corríamos el riesgo de verlo aparecer sobre las nubes negras, ardiendo de cólera, envuelto en lenguas de fuego como en las imágenes que los sacerdotes nos mostraban en la misa. Aunque a algunos la amenaza les pareciera un poco exagerada, todos compartían la certeza de que nada escapaba al ojo de Dios. En la iglesia habíamos visto ese ojo siempre abierto. Dios no era más que un ojo. Una especie de vigilante universal que no necesitaba alcaldes ni jefes de partido. Y para que nunca nos olvidáramos de eso, cada miércoles, en el catecismo, nos hacían repetir a coro: *“Mungu aba hose, abona byose, yumua byose, kandi azi byose”*, “Dios está en todas partes, todo lo ve, todo lo escucha, todo lo sabe”.

Debido al tercer mandamiento, los habitantes de Gitagata disponían, cada domingo, de una larga tarde de ocio. Los hombres iban a visitar a sus vecinos para beber con ellos un jarro de cerveza de sorgo. Al llegar a la entrada, se demoraban en interminables saludos. Si la dueña de casa había preparado

cerveza, los invitaba a compartirla. La ronda de visitas se prolongaba hasta la noche.

Las mujeres también hacían visitas, pero lo más frecuente era que dedicaran esas tardes a los cuidados cosméticos. Por desgracia, en Gitagata ya nadie poseía el producto universal que da elasticidad a los miembros de los bebés, vuelve tersa y brillante la piel de niños y jóvenes, sostiene el peinado recogido de las mujeres, conserva la juventud de los hombres: el *ikimuri*, la manteca de vaca. Habíamos perdido nuestro ganado, y tampoco teníamos dinero para comprarles manteca a los bageseras que, por lo demás, producían muy poca. Para las marmás, la falta de *ikimuri* era una de las grandes amarguras del exilio. ¿Qué sería de sus hijos sin ese bálsamo de juventud, fuerza y belleza? Más tarde, cuando la venta de café nos aportó alguna ganancia, comenzamos a adquirir en la tienda minúsculos frascos de aceite de maní, aunque sus virtudes no se comparaban con las del *ikimuri*. Las madres debían contentarse con masajear a los bebés y raparles la cabeza a los niños y a las niñas, dejándoles apenas un mechón redondo encima de la frente.

Cuando llegamos a la adolescencia y al fin pudimos dejarnos crecer el cabello, dedicábamos las tardes de domingo a sacarnos los piojos. Nos reuníamos en el patio trasero, para que la gente que pasaba, sobre todo los hombres, no presenciara esa operación íntima. Las vecinas y las amigas de mamá venían como de costumbre: a ellas no teníamos nada que ocultarles. Como dije antes, el patio trasero es un espacio exclusivamente femenino. En él se ubica la cocina al aire libre, bajo un alero de paja y protegida del viento por paredes de adobe. Allí se reúnen las mujeres, y conversan mientras asan choclos. Los hombres no son admitidos.

Mi madre se sentaba sobre el termítico, a la sombra del gran cafeto-sombrilla. Julianne, Jeanne y yo nos ubicábamos

en el suelo, justo debajo de ella. Yo sentía, sin verlos, los dedos de mamá hundiéndose en la maraña de mi pelo. Creo que casi nunca encontraba piojos, pero sus dedos se demoraban en la espesura de mi cabellera, y era para mí como una larga caricia.

La sesión de despioje se prolongaba hasta la noche, pues con frecuencia debíamos interrumpirla para vigilar la interminable cocción de los frijoles, o para espantar a los monos que merodeaban nuestros cultivos, sin contar las conversaciones con las amigas que venían de visita. Nos íbamos cambiando de lugar, siguiendo el curso declinante del sol. Cuando sus rayos nos desalojaban del termítico, nos instalábamos junto al granero de sorgo, y al atardecer nos acomodábamos debajo de un banano, cerca del sitio donde se secaba la mandioca.

Los domingos a la tarde, si no había sesión de despioje, las mujeres de Gitagata —y algunas que vivían más lejos— venían a hablar con Stefania de las jóvenes en edad de casarse. Mamá era una casamentera renombrada. Su opinión sobre las muchachas influía enormemente en las decisiones de las matronas que buscaban una esposa para sus hijos. Las mujeres se sentaban sobre el termítico, bajo el gran cafeto. Stefania exponía frente a la potencial suegra las virtudes y los defectos de la joven candidata. ¿Pertenecía a una familia respetable? ¿Había recibido una buena educación? ¿Era una chica trabajadora, de las que no le escapan a la azada? ¿Presentaba su cuerpo los signos característicos de la fecundidad? Su belleza, claro, era objeto de un examen minucioso: ¿tenía su andar, como dicen las canciones, el gracioso contoneo de las vacas? ¿Tenían sus ojos el encanto insuperable de los de la ternera? ¿Balanceaba su trasero al caminar? ¿Era posible oír a su paso el dulce frusfrú

de sus muslos al rozarse? ¿Cubría sus piernas una delicada red de estrías?

¡Satisfacer el canon ruandés de belleza no era cosa fácil! Por cierto, este era el tema de conversación preferido en las reuniones. Las mujeres pasaban revista a las jóvenes casaderas de Gitwe, de Gitagata, de Cyohoha, siguiendo escrupulosamente el orden de las casas de Tripolo. Detallaban las cualidades y los defectos de las postulantes al matrimonio. Sobre todo, los defectos. En kinyarwanda, a esa costumbre se le llama *kunegurana*, y es algo que hace reír mucho. En su rol de jueza imparcial, Stefania no dejaba de mencionar los progresos que había notado en algunas de las candidatas. Ninguna era rechazada en forma definitiva, siempre había chances de repechaje.

Las jóvenes eran conscientes de la influencia que podía ejercer mi madre sobre sus aspiraciones al matrimonio. Por eso, aprovechaban cualquier pretexto para presentarse en nuestro patio trasero y desfilar frente a Stefania, con la esperanza de obtener su visto bueno. Para venir a casa se arreglaban más que para ir a misa. Era un verdadero concurso de elegancia, un desfile de moda. Observaban a mi madre con disimulo, esperando descubrir en su mirada una señal de aprobación. Las dichosas elegidas podían estar seguras de que no tendrían dificultades para encontrar esposo.

Yo también cumplía un rol en estos asuntos: el de doble agente. Las niñas suelen ser las confidentes de las jóvenes en edad de casarse. Cuando ellas van a bañarse ocultas detrás del bananal, las niñas las acompañan para frotarles la espalda. Allí pueden conversar con tranquilidad, y muy pronto comienzan las confidencias. Con más o menos habilidad, las muchachas

me sondeaban para averiguar qué opinaba Stefania de ellas. Yo intentaba responderles con la mayor vaguedad posible. También querían saber si Angelina, la esposa del profesor de la Escuela Superior, la mujer más elegante de Nyamata, que además era mi madrina, estaría dispuesta a prestarles alguno de sus paños para la fiesta o para el casamiento. Como mientras me hablaban podía verlas desnudas, aprovechaba para examinarlas de cerca, y luego le describía a mamá los encantos y los defectos que me habían sido revelados en la intimidad del baño. Sin duda, la mayoría de ellas estaba al tanto de mis prácticas de espionaje; algunas se mostraban complacientes; otras, vaya a saber por qué, protestaban, simulando un pudor inquebrantable.

¿Cómo sabe una joven si es bonita cuando no tiene espejo? En Gitagata no había ninguno, ni siquiera en la tienda; en el negocio del comerciante más próspero de Nyamata, los espejos estaban detrás del mostrador, en la parte más alta de la estantería; no podías mirarte en ellos, ni siquiera cuando el vendedor se distraía atendiendo a otro cliente. Nuestro único espejo era la mirada de los otros: el gesto de satisfacción o los suspiros de desaliento de tu madre, las críticas y los comentarios de tu hermana mayor o de tus amigas, y también los rumores que circulaban en la aldea y que acababan llegando a tus oídos: ¿Quién es linda? ¿Quién no lo es?

Pero sin un espejo, ¿cómo estar segura de que al menos algunos rasgos de tu rostro se adecuaban a ese ideal de belleza que elogiaban las casamenteras y celebraban las canciones, los proverbios y las historias? Una cabellera abundante y una frente despejada, la nariz recta (esa pequeña nariz que decidió la muerte de tantos ruandeses), encías negras como las de Stefania, señal de buen linaje, y los dientes algo separados...

Cuando la luz del sol era propicia, debías inclinarte sobre algún charco para tratar de ver tu reflejo. Pero la imagen líquida danzaba bajo tus ojos impotentes. Tu rostro de agua ondulaba, se encrespaba, se fragmentaba en películas de luz. Sin espejos que pudieran capturarlo, tu rostro nunca era tuyo, siempre era para los otros.

En materia de elegancia y buenas formas, bastaba con seguir el ejemplo y las recomendaciones de mamá: caminar imitando el contoneo despreocupado de las matronas (a cada paso, parecían permanecer en el mismo lugar), mirar a tu alrededor con aire indiferente y, sobre todo, cuando alguien te hablaba, bajar la vista (¡qué vergüenza para una joven mirar a alguien a los ojos!) y responder con una vocecita casi inaudible, apenas un dulce murmullo, un susurro melodioso... Para el peinado, también había que recurrir a las personas más próximas. Ni en Gitagata ni en Nyamata había peluqueros para damas; los hombres acudían al *kimyazi*, quien poseía el único par de tijeras de la aldea –sin contar las de Berkmasse, el sastre– y había instalado una silla para sus clientes debajo de un gran ficus a la vera del camino. Por eso, siempre era una hermana o una amiga quien recortaba, en la espesura crespa de tu cabellera, esos mechones geométricos en forma de media luna llamados *amasunzu*, que lucen las muchachas mientras son solteras. Cuando visité en Francia los jardines de los castillos antiguos, observé que los reyes hacían podar y modelar sus arbustos del mismo modo en que nosotros cortábamos nuestro cabello. No me atreví a comentárselo al guía turístico, un hombre muy entendido que nos hablaba de cierto jardinero llamado Le Nôtre.

Los *amasunzu* no eran para las niñas, ni siquiera para las adolescentes más jóvenes. El modo de arreglar el cabello variaba

según la edad. Las niñas y los niños pequeños llevaban la cabeza completamente rapada, conservando apenas un mechoncito, redondo como un pompón, justo encima de la frente. Al llegar a la pubertad, hacia los doce, trece años, podíamos dejarnos crecer el pelo. Las chicas no se lo cortaban nunca. Si era demasiado largo, lo sujetaban por detrás. Recién a los dieciocho, o a los veinte, comenzaban a hacerse los *amasunzu*. Esto significaba que estaban en edad de casarse, que buscaban un marido, que esperaban, como dirían en Francia, a su príncipe azul. Junto al cambio en el peinado, abandonaban el pequeño trozo de tela que hasta entonces habían usado como falda, para empezar a vestir el paño respetable de las mujeres casadas y de las madres de familia. Si el atuendo era el mismo para todas, los *amasunzu* permitían distinguir a las jóvenes solteras de las que ya estaban casadas.

Yo nunca pude hacerme los *amasunzu*. Mientras estudiaba en el liceo de Kigali aún era demasiado joven, y allí, por cierto, la coquetería se consideraba más grave que los siete pecados capitales juntos. Cuando salíamos los domingos, bajo la severa vigilancia de una escolta de monjas, nada debía atraer la mirada libidinosa de los muchachos, o peor aún, según decía la hermana Kizito, la de los hombres casados. Pero quién se iba a fijar en nosotras, con nuestros modestos uniformes grises y el cabello cortado al ras?

En la Escuela de Asistentes Sociales de Butare las cosas eran distintas. Las nuevas modas de la ciudad, introducidas por las alumnas más emancipadas, eran toleradas e incluso alentadas por la mayoría de los profesores. Los *amasunzu* habían pasado a la historia como una costumbre arcaica y degradante. El último grito de la moda era el alisado. El pelo lacio representaba el ideal de belleza de la juventud moderna. Pero en la escuela,

solo algunas privilegiadas poseían el utensilio necesario para el procedimiento: un peine metálico de dientes finos y numerosos, y mango de madera. Bastaba calentarlo al fuego y luego pasarlo por el cabello para que la mata crespa y rebelde se transformara en una melena larga y lisa que caía sobre la espalda. ¡Hubiésemos hecho cualquier cosa para conseguir ese peine milagroso! Pero sus afortunadas propietarias, hijas de comerciantes ricos o de altos funcionarios, se negaban a prestarlo, reservándose así el monopolio del alisado. Pero ese arrogante privilegio no duró mucho. Muy pronto, las chicas pobres del campo ideamos un método alternativo. Lo descubrimos en la lavandería. Los sábados a la tarde nos dedicábamos a lavar y planchar la ropa. Aunque la plancha a carbón era más pesada y difícil de manejar que el peine, cuando estaba bien caliente también podía servir para hacer el alisado. "Vamos a plancharnos el pelo", decíamos riendo. Para mayor eficacia del procedimiento, nos untábamos el cabello con un poco de manteca que sustraímos discretamente de las tostadas del desayuno, ¡nuestra deliciosa manteca! Por cierto, los resultados no siempre estaban a la altura de las expectativas: a veces nuestro cabello quedaba más parecido a las espinas de un puercoespín que a las mechas largas y dóciles con las que soñábamos. Sin embargo, más allá de estos accidentes, nuestras melenas alisadas con la plancha de carbón bien podían rivalizar con las de las ricachonas. Diez años después, en una tienda en Francia, me apresuré a adquirir ese peine milagroso que tanto había deseado: "¿Es para un caniche?", me preguntó la cajera.

Cuando llegaron las vacaciones y volví a Gitagata con mi nuevo peinado, mamá no hizo ningún comentario. Me tocó el pelo, fue a sentarse sobre el termitero para apreciarlo mejor, y concluyó que eso era el progreso, *amajyambere*, como decía

el lema de la República. Aunque también pensaba que acaso la frescura de las montañas de Ruanda había contribuido a reparar lo que el sol tórrido de Bugesera había quemado en mi cabeza.

Amajyambere, el progreso, el desarrollo del que tanto hablaba el alcalde en sus discursos, llegaba a la otra orilla del río Nyabarongo a través de los pocos niños de Nyamata que habían sido admitidos en el colegio. Fue por mí que en casa conocieron la ropa interior. En el liceo Nuestra Señora de Císter, su uso era obligatorio. El equipo que las alumnas debían llevar incluía dos calzones –dos *ikaliso*. Stefania y yo fuimos a hablar con Berkmasse, el sastre. Él sabía de qué se trataba. Por un módico precio, confeccionó las dos prendas con algunos retazos de tela. Yo las guardé cuidadosamente en la valijita de cartón que antes había pertenecido a Alexia.

Esos dos *ikaliso* eran para el primer trimestre; para el segundo, nos encargaban un pedazo de tela de algodón, de la que llaman *americani*. Lo llevábamos al curso de costura, que estaba dedicado, sobre todo, a la confección de nuestra ropa interior. Cada una de nosotras debía tener toda una provisión. Madame Julia, la profesora belga, cuyos labios nos impresionaban porque eran tan rojos como el pico del pájaro llamado *ifundi*, nos aterrorizaba con la larga vara que servía para medir, en yardas y en pulgadas, los retazos de género. Mis compañeras la habían apodado "Kamujijima", y aunque nunca supe el significado de ese mote, evidentemente estaba relacionado con el miedo que inspiraba. En unas pocas semanas, las alumnas nuevas del liceo llevaban puestos, al igual que las más grandes, esos calzones que les llegaban casi hasta las rodillas. Cada noche,

en el dormitorio, nuestros *ikaliso* eran objeto de un extraño ritual: después de la plegaria, debíamos quitárnoslos bajo el ojo inquisidor de la monja celadora, sacudirlos y extenderlos con cuidado sobre los barrotes de la cama para que ella pudiera inspeccionarlos. Y mientras nos quedábamos dormidas, nuestros calzones flameaban al pie de los lechos, ¡como banderas de la civilización triunfante!

Las monjas contaban con nosotras para difundir en los poblados la costumbre de usar ropa interior. Nos habíamos convertido en misioneras del calzón. ¡El *ikaliso*! Era una novedad que fascinaba a todas las jóvenes que habían permanecido en la aldea. A veces sorprendía a alguna de mis hermanas menores abriendo mi valija y apoderándose disimuladamente de uno de mis *ikaliso*, sin duda para mostrárselo a sus amigas. Pero durante mucho tiempo, su uso quedó reservado a las pocas jóvenes que habíamos podido acceder a la escuela secundaria. Era el orgullo de las intelectuales, y un privilegio femenino, porque los muchachos que cursaban el seminario no llevaban ropa interior debajo del short *caqui* que llamábamos *ikabutura*. Eso no preocupaba a los sacerdotes. Además, decían ellos, de qué serviría ponerse un segundo *ikabutura* debajo del primero.

Desde el momento en que Stefania vio mis *ikaliso*, aprobó esta innovación íntima. En secreto me pidió que le cosiera uno, siguiendo el modelo de Kamujijima. Estaba orgullosa de su nueva prenda. Delante de sus amigas, enumeraba las ventajas del uso de ropa interior entre las jóvenes, pero todas sabían que, en realidad, estaba elogiando su propio calzón.

Para mamá, sin embargo, el principal agente del progreso no era yo, ni Alexia, ni siquiera André: era su vecina Marie-Thérèse, la esposa de Pancrace. Aunque siempre la criticaba, diciendo que Marie-Thérèse adoptaba las novedades sin demasiado discernimiento, no dejaba de observarla y, a veces, terminaba imitándola. Todos sabíamos de dónde provenían esas novedades que, en un primer momento, solo podían encontrarse en la casa de Pancrace: de Félicité, su hija mayor, que había ingresado al noviciado de monjas Abenebikira Maria, ubicado no recuerdo dónde, tal vez en Save. En la Ruanda de los belgas o de Kayibanda, tomar los hábitos era la forma más accesible de incorporarse a la “civilización”. En los seminarios y en los noviciados, vestimenta, comida, ropa de cama, todo —o casi todo— era como entre los blancos. Si respetabas las reglas de conducta y de devoción que te imponían, pasabas a integrar, sin demasiado esfuerzo, la codiciada categoría de los “civilizados”. Félicité compartía con su familia los adelantos de la vida moderna, y a pesar de la envidia y las malas lenguas, estos acababan difundiéndose irresistiblemente por toda la vecindad.

¡Félicité...! En Gitagata había escandalizado a más de uno al convencer a su padre de construirle, junto a la casa de Tripolo, otra más chica, solo para ella. ¡Dónde se había visto semejante cosa! Una joven que no estaba casada y que tal vez, si seguía acatando las extrañas ideas de los blancos, no se casaría jamás, vivir sola, dormir sola, sin sus hermanas... sí, ¡sin sus hermanas! Resultaba chocante, contrario a todas las tradiciones, teniendo tantas hermanas menores a quienes, naturalmente, les correspondía compartir la estera con la mayor. En la aldea no se hablaba de otra cosa que del *home* de Félicité, palabra que ella había aprendido de las monjas, que

desconocían los alumnos de sexto año del primario e incluso el maestro, y que nimbaba de un profundo misterio la controvertida vivienda. Félicité no le abría la puerta a nadie, ni siquiera a sus vecinos. Candida y yo inventábamos toda clase de pretextos para que nos invitara a pasar. Era inútil. Ella nos describía con lujo de detalles la extraordinaria vida que llevaba entre las monjas del Abenebikira María, pero siempre desde la puerta del *home*, que permanecía implacablemente cerrada.

Sin embargo, se rumoreaba que el acceso al *home* acaso no estuviese vedado a todo el mundo. La gente se preguntaba por qué lo habían construido a la vera del camino, cerca de los cafetos, en lugar de ubicarlo detrás de la casilla de Tripolo, en el *ikigo*, el espacio reservado a las mujeres. Era, sin duda, para poder recibir muchachos. Durante todo el día, e incluso tarde en la noche, oíamos música: Félicité tocaba el *inanga*, la citara de ocho cuerdas, algo absolutamente prohibido para una mujer. Solía pasearse por el vecindario llevando su instrumento que, como pronto advertimos, no era nuestro *inanga* tradicional sino el de los blancos, una guitarra; y Félicité cantaba y los niños la seguían, coreando la canción que ella había aprendido de las monjas. Todos pensaban, al verlos pasar, que eso era el progreso en marcha, el *amajyambere* que, para bien o para mal, desfilaba por el camino de Gitagata.

Pero había algo más, quiero decir, otra casilla, más pequeña que la de Félicité, y contigua a la suya. No sabíamos bien para qué servía. En su interior no cabía una estera, no la usaban para cocinar, y tampoco era un granero ni un secadero de mandioca. La puerta, al igual que la del *home*, permanecía siempre cerrada. Stefania vigilaba discretamente el edículo,

hasta que un día, por casualidad, la puerta quedó abierta y pudo ver a Félicité cómodamente sentada, con la falda recogida, sobre una especie de banqueta de madera. No había lugar a dudas: la casilla era una letrina, la letrina de Félicité.

Cuando este descubrimiento se difundió en Gitagata, dio mucho qué pensar. En la mayoría de las casas, la letrina era un gran hoyo abierto en el fondo del bananal, que compartían todos los miembros de la familia. A veces, durante la noche, un soldado de guardia caía en él. Escuchábamos sus gritos. Nos daba mucha risa, aunque también temíamos su venganza. Algunos aldeanos, los más refinados, cubrían el hoyo con gruesos troncos, dejando en el centro un pequeño agujero cuadrado sobre el cual se acuclillaban. En otras casas, como la nuestra, la letrina estaba oculta tras un vallado de ramas, pero siempre a cielo abierto. Nos resultaba impensable poder aliviarse sin tener el sol y las nubes sobre la cabeza. Si por la noche necesitábamos levantarnos, nunca íbamos a la letrina. Atravesar el bananal era arriesgarse a algún encuentro desafortunado: una serpiente, un leopardo, un militar. No nos alejábamos demasiado, solo hasta el *ikigo*, pero a la mañana siguiente cada uno debía limpiar lo que había hecho sin dejar el menor rastro. Reconocer los propios excrementos solía ser motivo de interminables disputas que siempre zanjaba Stefania, quien por su condición de madre aseguraba poder determinar con certeza lo que pertenecía a cada uno.

Con el tiempo, gracias a Marie-Thérèse, a quien su hija finalmente había autorizado el uso de la casilla, obtuvimos una fiel descripción de lo que Félicité llamaba —según su madre— “el W.C.”. Lo asombroso, comentaba Marie-Thérèse, es que estás sentada sobre un objeto de cerámica que tiene la forma de tu trasero, ¡podrías quedarte ahí durante horas! Nos costó un poco entender que el objeto en cuestión era el cuello de

un jarro grande, prolíjamente cortado y convertido en inodoro, igual a los que años más tarde descubrí en Butare. Marie-Thérèse aseguraba que los ceramistas batwas sabrían cómo fabricarlos... La moda de los W.C. iniciada por Félicité pronto se impuso en Gitagata. Las mujeres convencieron a sus maridos de abrir nuevos hoyos para instalar el extraordinario artefacto. ¡Era el progreso, *amajyambere!*! Cómo hubiesen podido imaginar que muchos cavaban sus propias fosas.

Entre todas las innovaciones que Marie-Thérèse ostentaba frente a sus vecinos con un deleite sin duda algo perverso, hubo una que Stefania adoptó con entusiasmo. Marie-Thérèse era muy canosa. No está bien visto que una mujer tenga el cabello blanco, a menos que sea una respetable abuela. Ella trataba de ocultar el defecto cubriéndose la cabeza con un pañuelo, pero a menudo algún mechón rebelde la traicionaba. De todos modos, la aldea entera sabía que ella tenía canas. Hasta que un día la vimos salir sin pañuelo, y su pelo atrajo todas las miradas: era de un negro intenso, brillante, y ese negro, mucho más negro que nuestra piel, formaba incluso largos hilos sobre su frente. Marie-Thérèse se negó a dar explicaciones acerca de la metamorfosis de su cabello. Mamá no insistió con las preguntas, pero estaba decidida a develar su secreto.

Fue Assumpta, la hermana menor de Félicité, quien nos dijo la verdad. Los domingos a la tarde, ella visitaba asiduamente nuestro patio. Como todas las jóvenes en edad de casarse, exhibía sus encantos delante del jurado presidido por Stefania, que la observaba desde el termitero. A mi madre no le costó mucho sonsacarle la información que necesitaba. Muy orgullosa, Assumpta le explicó que Félicité había traído un polvo negro que usaban las monjas más viejas para teñirse el cabello.

Al parecer, el producto venía de Zanzíbar, como todas las sustancias misteriosas. Se llamaba Kanta, y podía conseguirse en el mercado de Kigali. Cuando terminaron las vacaciones, el día de mi partida hacia Kigali, mamá deslizó en mi mochila algunas monedas ahorradas con esfuerzo que escondía debajo de su cama, y me dijo en voz baja: "No olvides traerme un poco de polvo para el cabello".

¡Y qué decir de los pies! ¡Eran un verdadero problema! El ideal de belleza femenina rechazaba las piernas arqueadas; estas debían ser bien rectas, y los pies, delgados y pequeños, con dedos largos y separados. ¿Pero cómo tener lindos pies si siempre caminábamos descalzas, y descalzas trabajábamos la tierra de la mañana a la noche? En el liceo de Kigali, las chicas de la ciudad se burlaban de las que venían del campo por sus pies perjudidos. Para saber quién eras y de dónde venías, bastaba con observarte los pies. Ni siquiera los profesores escapaban a este examen. En la Escuela de Asistentes Sociales de Butare, ni bien las ingresantes cruzaban el umbral de la puerta, las alumnas más grandes les advertían: "¡Nunca le miren los pies a la Haute-Volta!". Repetían esta frase como quien está en el secreto, y mis compañeras y yo nos quedábamos perplejas. ¿Cómo debíamos interpretarla? ¿Era un consejo, un acertijo, un código que había que descifrar, o acaso una trampa que nos tendían a las inocentes de primer año? Estábamos decididas a develar el misterio de los pies de la Haute-Volta. La tarde en que llegamos al liceo, la directora nos mostró el establecimiento y, en la gran sala de reunión, nos presentó al cuerpo de profesores. La mayoría eran monjas. Todas eran blancas, excepto una. La monja negra solo podía ser la Haute-Volta. De

inmediato, las alumnas nuevas dirigimos la mirada hacia sus pies. Imposible verlos. El hábito de la Haute-Volta llegaba hasta el piso, cubriendolos por completo. Algo misterioso tendrían, porque la túnica de las otras religiosas no era tan larga y dejaba sus sandalias al descubierto. Solo la Haute-Volta ocultaba sus pies. ¿Qué deformidad, qué monstruosidad escondía? Algunos días después, el enigma nos fue revelado en todo su horror. Estábamos en clase, cuando la Haute-Volta entró al aula para hacer un anuncio. El escritorio del profesor se ubicaba sobre una tarima con dos escalones. Si deseaba subir, la Haute-Volta debía recogerse un poco el hábito para no tropezar. No le quedaría más remedio que descubrir sus pies. Nuestros ojos estaban fijos en el ruedo del hábito. ¿Qué pensaría hacer? Parecía dudar. ¿Se habría dado cuenta de cómo la mirábamos? Por fin se decidió; armándose de valor, se sujetó la túnica y subió los dos peldaños tan rápido como pudo sin renunciar a su dignidad profesoral. Aunque no lo suficientemente rápido, porque logramos verlos —un murmullo sofocado recorrió el aula—, sí, logramos ver los pies de la Haute-Volta.

Renuncio a describir esos pies, pero recuerdo que tiempo más tarde, hojeando el manual de Historia y Geografía, encontré dos dibujos, o quizás eran dos fotos, ya no sé, que inmediatamente me hicieron pensar en los pies de la Haute-Volta. Uno de ellos representaba una cadena de montañas o de colinas cuyo perfil, cortado como una rebanada de torta, revelaba las capas superpuestas de tierra y roca que permitían a los geólogos —según explicaba el texto— descifrar la historia de los continentes y calcular las eras de la Tierra. La segunda imagen mostraba una especie de fosa cavada por un grupo de arqueólogos; en sus estratos más profundos habían descubierto, a partir de algunos guijarros apenas tallados, los primeros vestigios de la humanidad. En ese momento pensé que si hubiese podido

acercarme a los pies de la Haute-Volta, yo también habría podido leer en ellos las edades del mundo y remontarme, de generación en generación, hasta la primera mujer que, agachada bajo el sol, abrió con su azada la tierra roja de África. Pero yo era muy joven entonces, y la sola idea me atemorizaba. Miraba mis pies, y los zapatos de tacón alto que Immaculée, mi amiga, me había regalado en Kigali. Comprobaba con alivio que aún me entraban. Pero tal vez, hoy iría a besar los pies de la Haute-Volta, y sin duda los de mi madre, los pies de las Madres de la tierra, que tienen a África por hija.

VIII El casamiento de Antoine

Los reconocidos talentos de mi madre como casamentera sufrieron, sin embargo, un fracaso, ¡y qué fracaso!, ya que se trataba del casamiento de Antoine, su hijo mayor. Hacía mucho tiempo que mamá buscaba una novia para él, pero era tan exigente que hasta el momento ninguna joven de Gitagata ni de los alrededores se había siquiera aproximado a la imagen de la esposa ideal que ella deseaba para su hijo. Hasta que un buen día, una familia nueva se instaló un poco más allá de Gitagata, en las proximidades del lago Cyohoha. Ya no recuerdo de dónde venían; tal vez de Kanzenze, cerca del valle del río Nyabarongo, o quizás de más lejos, de Bwanacyambwe, en las inmediaciones de Kigali. Los habitantes de Gitagata recibieron con cierto desdén a los recién llegados: sin duda era gente pobre, y la mayor prueba de ello era que solo tenían tres hijos, o peor aún, ¡tres hijas! Además, se rumoreaba que eran paganos, porque ninguna de las tres hijas había recibido un nombre de bautismo. Solo conocíamos sus nombres ruandeses: Mukantwari, Mukarukinga, Mukasine.

Los chismes y las habladurías no impidieron que mi madre se fijase en una de las tres hermanas, la mayor, Mukasine. En ella reconoció de inmediato a la futura esposa de Antoine, la joven que había esperado durante tanto tiempo. ¡Era un

regalo del cielo, un milagro! Le agradeció a la Virgen María, y también a Ryangombe, el Señor de los Espíritus. Aunque era una buena cristiana, mamá decía que no había que desatender a ninguna divinidad, y mucho menos a los Dioses de nuestros ancestros: "Hay que cuidar todas las plantas de sorgo", repetía, "porque nunca se sabe cuál fructificará primero". María o Ryangombe: mamá no sabía cuál de los dos le había concedido su deseo, por eso lo mejor era congraciarse con ambos.

A los ojos de mi madre, Mukasine era la belleza personificada: muy alta –rasgo que había heredado de su padre, esbelto como una lanza–, con esa tez clara que recibe el nombre de *inyobe* y que nada tiene que ver con la palidez inquietante que, según dicen, atrae los rayos; su melena era larga y abundante –“como la de Mukasonga”, decía mamá con alegría–, sus nalgas, perfectamente formadas, ¡y qué piernas! ¡Y qué muslos! Todos los encantos que los ruandeses atribuyen a la vaca, Mukasine los poseía en su máxima expresión, ¡era una *inyambo*, una vaca de la realeza! Y de hecho, ¿no se le llamaba Isine a la vaca de pelaje dorado? Mamá no dejaba de repetirlo: ¡había encontrado una *inyambo*!

Claro que la belleza física no era el único requisito que debía cumplir la candidata al matrimonio. En la desgracia y la miseria a las que nos había arrojado nuestro exilio en Nyamata, lo que se apreciaba en una esposa era, sobre todo, su capacidad de trabajo. Sobre ella recaería la responsabilidad de cultivar el campo para alimentar a la familia: remover la tierra, desmalezar, siempre descalza en el barro, con las manos callosas por el uso de la azada. Una buena madre de familia nunca le escapaba al trabajo, por más duro que fuera. Mi madre quería asegurarse de que Mukasine no solo era bella, sino además, trabajadora. Para comprobarlo, muchas veces se había despertado antes del alba y había caminado los dos kilómetros que

separaban nuestra casa de la de Mukasine. Con el pretexto de visitar a unas amigas que vivían por ahí, había observado a lo largo del día las actividades de la joven que, en poco tiempo, tal vez sería su nuera. Había vuelto muy satisfecha de su misión de espionaje. Mukasine madrugaba, y era tan bonita al salir de la cama como bajo el sol radiante del mediodía. Pero lo más importante era que trabajaba infatigablemente, sin detenerse un momento a descansar; hace temblar los campos, comentaba mi madre, extasiada.

Stefania no ignoraba que ese empeño en el trabajo era la causa del único defecto físico que había podido detectar en la joven. La espléndida Mukasine tenía pies enormes, verdaderos pies de campesina, agrietados, resquebrajados, deformados por los callos. A cada paso que daba, era como si levantara dos mazacotes de tierra. "¡Bah!", decía mamá, "esos pies son más nobles que los de las princesas que nunca pisaron el campo".

No había duda: Mukasine era la mujer que necesitaba Antoine, la que mi madre esperaba desde hacía tanto tiempo. Había que iniciar cuanto antes las tratativas para pedirla en matrimonio; Stefania no le había comentado a nadie sus intenciones, y por eso temía que hubiese otros interesados en tan buen partido.

Una noche, después de la cena, sentados junto al fuego del hogar donde mis hermanas y yo nos reuníamos para escuchar las historias de mamá, ella le contó a papá los proyectos que tenía para Antoine. Mencionó las cualidades de Mukasine, y concluyó que no había que esperar más para hacer el pedido oficial. Mi padre aprobó la idea sin dudarlo. Solo faltaba la opinión de Antoine, pero él no estaba con nosotros en ese momento. Durante toda la semana trabajaba en Karama; regresaba a casa recién el sábado a la noche, para volver a irse el domingo a la tarde. Mi madre aún no lo había puesto al tanto de sus planes.

En la tradición ruandesa, concertar un matrimonio requiere numerosas gestiones. En primer lugar, papá debía ir a anunciar a los padres de Mukasine la intención de pedir para un hijo suyo la mano de una de sus hijas. Aunque al parecer no había ningún impedimento, de esta primera misión diplomática papá regresó muy tarde; no porque las negociaciones hubiesen resultado difíciles, sino porque, sin duda, el acuerdo se había celebrado con algunas calabazas de cerveza.

A continuación, correspondía hacer el pedido oficial, algo que exigía muchos preparativos. Debíamos presentarnos ante los padres de Mukasine con los jarros de cerveza necesarios para la ceremonia. La familia entera puso manos a la obra. Nuestros bananos, demasiado jóvenes, no producían lo suficiente, y aunque los vecinos aportaron lo que pudieron, tuvimos que comprarles parte de la fruta a los bageseras. Apenas volvía de la escuela, después de ir a buscar agua, yo debía ocuparme de moler el sorgo en la piedra. Ya no me alejaba del *urusyo*, había que moler, moler... Las chicas del vecindario se turnaban para ayudarme, los cestos se alineaban sobre el *uruhimbi*. Sabíamos que necesitábamos una gran cantidad de cerveza, porque para escuchar el pedido de matrimonio los padres de la futura novia invitan a toda su familia y a todos los amigos, y a los amigos de los amigos, e incluso a los que no son verdaderamente amigos, sin contar a los desconocidos de paso, quienes también aprovechan para sumergir una pajita en el jarro.

En el día acordado, mi padre fue a hacer el pedido de matrimonio. Lo seguía un largo cortejo de cargadores de jarros – casi todos los jóvenes de Gitagata –, y lo acompañaba Édouard, su mejor amigo, porque nunca es el padre quien debe pronunciar el discurso, sino algún notable de la aldea reconocido por su elocuencia. Édouard, quien al igual que papá, solía ser

llamado para resolver los conflictos de la comunidad, era el hombre indicado para la tarea. Antoine, ya al tanto de los planes relativos a su boda, no formaba parte de la comitiva: debía permanecer en casa con sus amigos, esperando, no sin cierta inquietud, el resultado de la gestión. Aunque no había motivo para preocuparse. Los oradores de ambas partes profirieron sus discursos. Constataron que la joven pedida era Mukasine, y no Mukantwari o Mukarukinga. Una vez aceptada la propuesta, los reunidos celebraron dignamente el acontecimiento bebiendo los jarros de cerveza que con tanto esfuerzo habíamos preparado.

Pero el asunto no termina ahí. Para que resulte válido, el pedido de matrimonio debe ser confirmado, de modo que el mismo ceremonial se repite tres veces. Lleva su tiempo; para cada nuevo encuentro hay que reunir los debidos jarros de cerveza. Recién a la tercera vez, la promesa de matrimonio queda sellada en forma definitiva con la entrega de la dote a la familia de la novia. Por desgracia, en el caso de Antoine, este protocolo, que parecía tan bien iniciado, fue brutalmente interrumpido por un acontecimiento inesperado y escandaloso: el rapto de la bella Mukasine.

Frente al terreno que ocupaba la familia de Mukasine, vivía Kabugu. Era un hombre de la nobleza, perteneciente al clan real, que había asegurado su bienestar económico casando a una de sus hijas con un blanco. Eso le permitía emplear a otros refugiados para que cultivaran su tierra –los recién llegados que debían conseguir algún trabajo para subsistir mientras esperaban su primera cosecha. Fue así que Kabugu contrató a Mukasine. Su belleza y su laboriosidad no pasaron inadvertidas para la mujer de este vecino rico, quien intentaba encontrar una esposa para su hijo. El muchacho era un solterón: nadie creía que fuera a casarse alguna vez. Y de pronto, la

esposa que durante tanto tiempo habían buscado para él, se presentaba, por así decirlo, a domicilio, en la propia casa del pretendiente. La oportunidad era demasiado buena. Qué importaba si otra familia ya había pedido la mano de la joven, respetando los protocolos y las buenas costumbres. Kabugu y su esposa se burlaban de las buenas costumbres: necesitaban a Mukasine, robarían a Mukasine.

El rapto provocó escándalo y consternación en la aldea. Todos desaprobaron la conducta de Kabugu y lamentaron nuestra desilusión. Pero el mal estaba hecho. No había vuelta atrás. Mukasine fue robada durante la noche. Por la fuerza o por propia voluntad, había amanecido en la casa del hijo de Kabugu. Ya no podía volver con sus padres, ni mucho menos casarse con Antoine. Las malas lenguas insinuaban que tal vez los padres de la joven no estuvieran tan disconformes de ver a su hija casada con el hijo del adinerado Kabugu. De ahí a decir que habían acordado el rapto... Muchos le aconsejaron a papá reclamar los regalos entregados a la familia de Mukasine. Pero él tenía su orgullo, y mi madre aseguraba que nos traería mala suerte recuperar lo que había sido dado en nombre de Antoine. Solo nos quedó la vaca que iba a ser la dote para Mukasine.

Cuando recuerdo este triste episodio, llego a preguntarme si esa vaca no habrá sido culpable, en cierto modo, del rapto de Mukasine: ¡nos había llevado tanto tiempo conseguirla! En Ruanda, un casamiento solo es válido cuando se entrega una vaca. Pero los desplazados de Nyamata ya no tenían ganado. En 1959, los hutus habían quemado sus viviendas, y sus animales habían muerto en el incendio de los establos. Con mucha

tristeza y un poco de vergüenza, a partir de entonces la gente se había resignado a dar o aceptar como dote una cesta de frijoles o de sorgo, o algunos billetes ahorrados a duras penas.

Pero para mi madre, solo el don de una vaca otorgaría legitimidad al casamiento de Antoine; una dote que no se adecuase a la tradición traería desgracia a la joven pareja. Faltaba reunir la suma necesaria para comprar la vaca, lo que nos tomó mucho tiempo y nos impuso muchas privaciones. El magro salario que Antoine cobraba en Karama no alcanzaba, y debímos vender todo lo que pudimos: bananas, frijoles, sorgo. No comíamos otra cosa más que los frijoles estropeados que mamá separaba del resto. Yo iba al mercado de Nyamata a vender maníes o tomates salvajes que recolectaba a orillas del lago Cyohoha. Incluso hubo que recortar los gastos escolares de Alexia y André. Comida, ropa, escuela; por la vaca sacrificábamos todo.

Mi padre pasaba días enteros en Gahanga, del otro lado del río Nyabarongo, en el mercado de animales ubicado en la entrada a Kigali. Los examinaba, preguntaba los precios, regateaba. Debía encontrar una vaca cuya belleza fuese digna de la de Mukasine, y a la que también pudiéramos llamar Isine, la vaca de pelaje dorado.

Una noche, nos despertó un gran alboroto: mi padre y Antoine traían la dichosa vaca. A falta de un niño en casa, fui yo quien se encargó de cuidarla, mientras ilusionados esperábamos el día en que sería entregada, con toda solemnidad, a nuestra futura familia política. Lo que ocurrió después, ya lo sabemos.

Mamá nunca se desanimaba. Tenía un hijo que casar, y una vaca para la dote. Pronto retomó la búsqueda de una novia para Antoine, consagrándose a esa misión con alma y vida.

Finalmente, alguien le habló de una chica llamada Jeanne, que podría ser de su agrado. Era más joven que Mukasine, igual de bella, y de buena familia. Vivía lejos, en Cyugaro, a veinte kilómetros de nuestra aldea, pero eso no le impidió a mi madre ir personalmente a constatar la exactitud de la información recibida. Volvió bastante satisfecha, pero para confirmar sus impresiones nos envió a Alexia y a mí, no sé con qué pretexto, a pedirle hospedaje a la familia de la posible candidata. Jeanne nos recibió, orgullosa de tener bajo su techo a una intelectual como Alexia, que iba a la escuela secundaria. Cuando regresamos a casa, nuestra opinión fue favorable; Jeanne y Alexia eran casi de la misma edad y se habían hecho muy amigas. De modo que la vaca fue entregada como dote a la familia de Jeanne, quien se convirtió en la esposa de Antoine. Tuvieron nueve hijos; siete fueron varones, para inmensa alegría de mi madre. Ella pensaba que al menos algunos podrían sobrevivir y perpetuar la familia. Estaba equivocada.

IX La tierra de los cuentos

Era hora de apagar la llanita vacilante del *agatadowa*. Hábiamos acabado de cenar. La cena no se prolongaba mucho. Nunca había demasiada comida, y además, para un ruandés, comer siempre resulta un poco vergonzoso. Nos incomoda abrir la boca delante de los demás. Papá terminó su cena hace rato. No come con nosotros; un padre no debe comer frente a sus hijos. La casa posee un pequeño vestíbulo junto a la puerta que da al patio. Él come allí, sentado en la banqueta reservada a los hombres, tras una estera que hace de cortina. Jeanne, mi hermana menor, fue a retirarle el plato. Él le dejó un poco de sus frijoles y sus batatas: un padre siempre debe reservar algo para su hijo más chico. Ya no tenemos nada más que hacer en la casa de Tripolo. No estamos a gusto en ella. El miedo nos ronda. Mi madre sopla la llama de la lámpara de querosén fabricada con una lata de conserva que Antoine le compró a Haguma, el sirviente de los blancos de Karama. ¡Rápido, vamos al *inzu*!

Mi madre agrega un poco de leña al fuego que arde en el brasero. Al reavivarse la llama, una cálida luz ambarina inunda el interior del *inzu*. Mamá se sienta en su estera, recostándose sobre el biombo que oculta la cama grande. Estira las piernas. Se quita el pañuelo, hecho con un retazo de tela que rescató

de un paño viejo. Lo dobla prolíjamente y lo deposita sobre el borde de un cesto lleno de frijoles. Las tres estamos sentadas frente a ella. Sentimos la tibieza del fuego cercano, una dulce somnolencia nos invade, el fuego es apenas un reflejo calmo. Es hora de contar historias...

Mamá siempre comienza con una canción triste, la canción de los pastores que, según decía, solía cantar de chica mientras cuidaba el ganado a orillas del río Rukarara. Es la historia de un pobre pastor que ha perdido su tropa. Las vacas escaparon, atravesaron el río, y ahora pastan en un campo ajeno. El pastorcito sale a buscarlas en una piragua pero, no sé por qué, la canción dice que el río va a devorarlos, a él y a su ganado:

*Yewe musare wari
ku muvumba
wambutsa ubwato
n'ingashya
Rwankubito araje...*

Yo no escuchaba los cuentos de mi madre (esas historias que solo se cuentan de noche, porque si alguien lo hiciera de día, correría el riesgo de transformarse en una lagartija perezosa que pasa su vida calentándose al sol); no escuchaba los relatos de Stefania, pero el murmullo incesante de su voz y el suave calor del fuego me sosegaban, y el rumor de las historias embargaba mi cuerpo relajado, impregnaba la lenta deriva de mi ensueño... A veces, cuando estoy somnolienta, mis pensamientos aún me llevan a la tierra de los cuentos.

No, yo no soy una extranjera en esa tierra. Sé lo que las calabazas chismosas le dicen al mijo. Sé por qué croa el sapo y se infla de orgullo: con la ayuda de todos sus hermanos, le ha ganado una carrera a la motacilla. Sé quién grita en la sabana con esa voz lastimera: es el *impereryi*, el animalito al que Imana olvidó darle una cola. Él puja, puja toda la noche tratando de hacer que brote de su cuerpo el bello apéndice que le fue negado. No es bueno escuchar ese lamento durante mucho tiempo, y menos aún torcer el cuello para intentar mirarse el trasero. También sé por qué ese hombre sale de su casa cada noche. Se dirige a la selva. Esta vez, lleva una pequeña cesta. En su interior hay un seno de mujer, el seno que le arrancó a su esposa y le prometió a su amante, la hija de la selva, quien solo tiene uno. Pero mucho antes del alba, el sabio tomó su lanza (¿qué haría un hombre sin su lanza?); atravesará las montañas, y al caer la noche, en el *rugo* donde se congregan los sabios, pedirá consejo al niño de cabellos blancos. Y el pastorcito puede preguntarme: “¿Existe el amor correspondido?”. Conozco la respuesta: “Tu señor, pastorcito, está enamorado de su esposa estéril, que solo tiene ojos para su primo, quien partió hacia las tierras del rey Cyamakombe al que admira por encima de todo, pero el rey Cyamakombe solo quiere a su hija que, a su vez, ama a un carnero de vellón immaculado...”. ¿Y sabes por qué llora el insaciable Sebugugu? Siguiendo los consejos del mirlo, ha matado a su única vaca. “Sacrifica a tu vaca”, le silbó el mirlo, “y tendrás cien”. No te fies de las jóvenes demasiado bellas, suelen ser leonas disfrazadas: la visión de la carne cruda revelará su naturaleza feroz. Por cierto, no te contaré lo que hay en el vientre de la hiena, pero al rey le diré dónde encontrar a la mujer con quien debe casarse: la pobre huérfana, víctima del maleficio de su madrastra, vive cautiva en una mantequera...

No quiero ir hasta el confín de la tierra de los cuentos, porque sé quién me espera ahí. A orillas de las grandes ciénagas, vive una viejita encorvada. Se cubre el rostro con su paño andrajoso, pero sé que sus ojos están fijos en mí.

En su vientre estéril, ella aceptó albergar a la Muerte.

Pero también había otras historias. Historias que no eran las nuestras, las que narrábamos alrededor del fuego. Historias que eran como los brebajes de los envenenadores, cargadas de odio y de muerte. Eran las historias que contaban los blancos.

Los blancos habían desatado sobre los tutsis los monstruos insaciables de sus peores pesadillas. Nos obligaban a mirarnos en sus espejos deformantes, y en nombre de su ciencia y de su religión, debíamos reconocernos en ese doble maléfico nacido de su fantasía.

Los blancos pretendían saber mejor que nosotros quiénes éramos y de dónde veníamos. Nos habían palpado, pesado, medido. Sus conclusiones resultaban indiscutibles: teníamos cráneos caucásicos, perfiles semíticos, estatura nilótica. Hasta conocían a nuestro antepasado más antiguo; aparecía en la Biblia, se llamaba Cam. A pesar de algunos desagradables mestizajes, éramos casi blancos; un poco judíos, un poco arios. Los científicos –debíamos agradecerles por eso– incluso habían forjado una raza a nuestra medida: jéramos los camitas!

Por cierto, esos mismos sabios hallaron vestigios de los tutsis en el mundo entero: llevando su ganado, esos inveterados pastores habían descendido de las altas mesetas del Tíbet y

atravesado las llanuras del Ganges o del Indo; en su camino se cruzaron con el Éxodo de los hebreos y, en la confusión de los campamentos, llegaron a mezclarse un poco con ellos. Frecuentaron el entorno de los faraones, y luego habitaron Etiopía en tiempos del Preste Juan, donde estuvieron a punto de volverse cristianos. Finalmente (sin duda, por designio divino) se establecieron en Ruanda, sobre las montañas de la luna, convertidos en guardianes de las fuentes del Nilo, esperando que el agua del bautismo se derramara sobre un Constantino camita.

¡Businiya! No sé cómo ese rumor maligno había llegado hasta mi madre. Ella sabía, como todos los ruandeses, que en el origen de los tiempos Kigwa había caído del cielo con todos los animales domésticos y las plantas cultivables, que Gihanga había organizado la sociedad de los hombres repartiendo las tareas entre sus tres hijos, según sus aptitudes: Gatutsi ordeñaría las vacas, Gahutu “ordeñaría” la tierra, y Gatwa “ordeñaría” la selva. Pero mamá también conocía la historia de Businiya. Mientras desmalezábamos el sorgo, me decía: “Sabes, se cree que los tutsis vinieron de Businiya”. Y me hablaba de un extraño éxodo: durante mucho tiempo, los tutsis habían marchado de colina en colina, llevando sus bártulos sobre la cabeza. Mamá situaba esa larga travesía en Kenia, donde nuestros antepasados habían luchado con los feroces gigantes que habitaban esa tierra. Según ella, la migración había coincidido, curiosamente, con la llegada de los blancos.

¡Businiya! ¡Abisinia! ¿Cómo había llegado esa historia a oídos de mi madre, para quien, por lo demás, las fronteras de Ruanda eran los límites mismos del universo? Huérfana, había

sido recogida por las monjas de Kansi, quienes la emplearon en la cocina, la limpieza y la costura. ¿Habría aprendido de ellas esa extraña palabra, "Abisinia", que luego transformaría en "Businiya"? ¿O era tal vez un eco de las conversaciones de los "civilizados" que rodeaban al subjefe Ruvebana, de quien mi padre era secretario y confidente? Como buena narradora, para darle más consistencia a su relato, mamá le añadía algunos retazos de historia cristiana extraídos de los sermones del domingo, o de las lecturas de la Biblia que papá compartía con nosotros cada noche. Businiya, Abisinia, Etiopía, ¿cómo mi madre hubiese podido imaginar que esas palabras decidirían nuestra muerte?

Recuerdo que una vez, al volver a casa durante las vacaciones, orgullosa le anuncié a mi madre: "¡Mamá! Vi al rey de Businiya". Estupefacta, incrédula, ella me miró un rato largo sin pronunciar palabra; luego, agarrándose la cabeza, comenzó a gemir: "Mukasonga, mi hija, ha perdido la razón. ¿La escuchas, Virgen Santa? ¿La escuchas, Ryangombe, Dios de nuestros padres? ¡Dice que vio al rey de Businiya! ¿Es posible? ¡El rey de Businiya! ¡Dice que lo vio!". Yo insistía: "Pero sí, te digo que lo vi... él estuvo en Kigali".

Yo no mentía. Hailé Sélassié, rey de reyes, emperador de Etiopía, había venido a Ruanda en visita oficial. En Kigali no se escatimaron esfuerzos para recibir fastuosamente al más antiguo y prestigioso de los jefes de Estado africanos. A lo largo de la ruta que conducía al aeropuerto habían erigido arcos de triunfo decorados con plantas, y un sinfín de banderines daba la bienvenida al ilustre huésped en distintos idiomas. Los bananos adornaban las calles, y los troncos de los eucaliptus habían sido pintados de blanco hasta la altura reglamentaria. El liceo

Nuestra Señora de Císter participaba del entusiasmo general. Las alumnas vestíamos uniformes nuevos, cuyo corte juzgábamos audaz, y por eso nos encantaba. Nos habían repartido banderitas con los colores de los dos países, e intentábamos agitarlas rítmicamente.

El anuncio de la visita del rey de Businiya me produjo una gran emoción. Iba a ver al monarca de ese país fabuloso del que, según mi madre, provenían los tutsis. No me atrevía a imaginar su aspecto, pero seguramente sería muy alto, casi un gigante, vestiría un traje aun más espléndido que el del obispo en la ceremonia de confirmación, y llevaría sobre la cabeza una corona tan imponente como la tiara del Papa.

¡Se hizo esperar mucho tiempo el Emperador de Etiopía! A las estudiantes del liceo nos habían ubicado bien a la vista, en la rotonda principal de la ciudad, delante de la iglesia de la Sagrada Familia. Ignorando las miradas de desprecio de mis compañeras hutus, logré abrirme paso hasta la primera fila. Hacía calor. Sentíamos los brazos entumecidos de tanto agitar las banderitas. Nos sobresaltábamos cada vez que se acercaba un auto. ¡Pero no, aún no era él!

El cortejo oficial llegó por fin desde la ruta del aeropuerto. Primero vimos pasar varios camiones militares; luego, los Mercedes negros de los ministros; por último, de pie en un vehículo descubierto, una especie de jeep, divisé a quien esperaba con tantas ansias. Lo miré intensamente, como si mis ojos pudiesen detener, por unos segundos y solo para mí, el coche que ya se alejaba. Debo decir que lo poco que vi del rey de reyes me causó una profunda decepción. El monarca de Businiya era un viejito vestido con un uniforme caqui que, a

excepción de algunas medallas supplementarias, era idéntico al de los militares que lo rodeaban. Llevaba un quepis enorme, demasiado grande para él, que le daba un aspecto ridículo. Pero lo que más me affligió fue su baja estatura. ¿Cómo un rey tan grandioso podía ser tan pequeño? El rey de Businiya había perdido a mis ojos gran parte de su prestigio.

Mamá acabó por admitirlo: era posible que yo hubiese visto al rey de Businiya. Sin duda, había ido a preguntarles a los “intelectuales” de la aldea. Un día, mientras trabajábamos el campo, me preguntó:

—Entonces es cierto que viste al rey de Businiya...?

—Sí, y de muy cerca.

—Y cómo es?

No quise describirle al insignificante hombrecito que había visto. Finalmente le respondí:

—El rey de Businiya se parece a papá.

X Historias de mujeres

Cuando Stefania, con la azada al hombro y el paño arremangado hasta las rodillas, volvía de Gikombe —una zona baja, otra pantanosa, donde había desmalezado una parcela para poder cultivar frijoles incluso durante la estación seca—, yo sabía, mientras trotaba detrás de ella, que el camino sería largo, no tanto por la distancia sino porque la costumbre, la buena educación, la consideración, la amistad, la solidaridad —y todo eso junto— exigían que hicieramos un alto en cada una de las casillas que bordeaban el camino detrás de la hilera de cafetos. Aunque no hubiese nadie a la vista, resultaba bastante grosero pasar sin saludar: “*Yemwe abaha? Mwiriwe!* ¡Buen día, gente!”. Pero la mayoría de las veces, Stefania no se contentaba con saludar desde el camino; se detenía frente al senderito que atravesaba la hilera de cafetos y conducía hasta el cerco vivo de la casa, y desde allí repetía su saludo: “*Mwiriwe! Yemwe abaha!*”.

Aquel día, mamá se detuvo frente a la casilla de Veronika. Ella demoró en aparecer. Los buenos modales ruandeses exigían que nada se haga con apresuramiento. Incluso si Veronika hubiese esperado ansiosa la visita de Stefania, habría sido indecoroso correr a su encuentro. Primero, debía hacer un poco de ruido en el interior de la casa, para que la visitante supiera

que había oido su llamado; finalmente, tras un lapso de tiempo razonable, se acercaba a paso lento hasta el cruce del senderito y el camino principal, donde la aguardaba mi madre. Se abrazaban durante un buen rato, estrechándose la espalda y luego los brazos, mientras Veronika murmuraba palabras de bienvenida. Se expresaban sus buenos deseos: tener siempre un marido, muchos hijos y muchas vacas. Preguntaban por la familia, y Veronika me felicitaba por mi buen aspecto. Después, con la misma parsimonia, íbamos a sentarnos al patio trasero, sobre una estera deshilachada, a la sombra de un banano.

La conversación daba largos rodeos por la salud de los hijos, las cosechas, la lluvia que se hacía esperar, hasta que poco a poco desembocaba en el asunto que preocupaba a Veronika: sus dos hijas, Formina e Illuminata. Formina, la mayor, ya era casi una solterona. No lograban casarla. Aún conservaba sus *amasunzu*. Esa era una de las preocupaciones de Veronika. La otra, sin duda la que más la affligía y avergonzaba, era Illuminata. La hija menor, viendo a su hermana marchitarse sin remedio, no había esperado a que su madre y las matronas le consiguiesen un marido. Había ido sola a Karama a buscar uno, y lo había encontrado. Veronika se reprochaba haber educado mal a su hija, aunque también culpara —y creo que estaba en lo cierto— a la deportación, el exilio y las persecuciones, que habían trastocado las pautas de conducta que las mujeres de Nyamata intentaban desesperadamente mantener. Stefania escuchaba la interminable letanía de sus lamentos. No la interrumpía; jamás interrumpimos a quien está hablando. Mientras restregaba con un manojo de hierba la costra de tierra seca que le cubría los pies y las piernas, demostraba su interés mediante esas discretas interjecciones —“¡Heum! ¡Heum!”— que suelen ser, al mismo tiempo, una señal de aprobación y una invitación a continuar.

Cuando Veronika acababa su lamento, mamá tomaba la palabra, elogiaba a Formina, aseguraba que le conseguirían un marido, y que todo finalmente se arreglaría, respetando las costumbres y preservando el honor de la familia.

Y si esa noche en casa no teníamos nada para comer, Stefania murmuraba, como al pasar, que no sabía qué iba a cocinar para los niños. No hacía falta decir más, e incluso habría sido inapropiado, porque mamá sabía bien que al llegar al final del sendero, justo antes de retomar el camino, Veronika le daría, como ella misma acostumbraba hacer con sus vecinas, un cestito de frijoles o de batatas, y le diría: “Es para los niños”.

Y Stefania seguía su recorrido, saludando a Theodosia, a Anasthasia, a Speciosa, a Margarita, a Leoncia, y luego visitaba a Pétronille, a Concessa...

Nuestra última visita siempre era para Gaudenciana, la vecina de enfrente. Solíamos encontrarla en el *ikigo*, el patio trasero, en compañía de sus siete hijos varones, que languidecían sentados junto a ella sin hacer nada. Mamá fingía no verlos ya que los hombres, e incluso los niños mayores de diez años, no deben permanecer en el *ikigo*. Gaudenciana sabía que mamá no aprobaba el modo en que criaba a sus hijos, y trataba de justificarse: “Desde que esos delincuentes del partido montaron su campamento cerca del lago, ir a buscar agua se ha vuelto muy riesgoso. Golpean a los chicos, violan a las chicas. Imana, el Dios de los ruandeses, me ha dado siete hijos varones. Los ha puesto en mis manos. El día que yo muera, él me preguntará: ‘¿Dónde están los siete varones que te concedí?’ Debo responderle: ‘Siguen ahí. No los mataron, porque nunca los perdí de vista’. Por eso es mi marido quien va a buscar agua. Sé que se burlan de él, esa no es tarea para un hombre, pero

si matan a alguno de mis hijos, ¿qué voy a decirle a Imana?”. Por eso Gaudenciana planeaba mudarse más cerca del lago, no a la vera del camino, donde se habían instalado los jóvenes del partido Parmehutu, sino allí donde nadie iría a buscarlos, entre las matas de papiro, donde las nubes de mosquitos te asedian desde que cae el sol, en medio de los cocodrilos... Y mamá le explicaba una vez más que sus hijos podían ir al lago, que la gente de la aldea se había organizado, que iba en grupos aprovechando las horas en que los del partido se ausentaban; que, de todos modos, las chicas corrían más riesgo que los varones... Gaudenciana no respondía, solo miraba a sus hijos. “Bueno”, decía por fin mamá, “mañana les cortaré el pelo a Butisi y a Gastoni. Me los mandas a casa, supongo que podrán cruzar la calle”.

¡Las vecinas! ¿Quién podría vivir sin ellas? Siempre necesitas pedirle algo a una vecina. Siempre hay una vecina que necesita pedirte algo. Y si nadie viene a pedirte nada, te pones triste. ¿Es que desconfian de ti? ¿Pensarán que eres una envenenadora? Siempre hay un pretexto para ir a buscar algo a lo de la vecina: sal, agua, un poco de leña, un jarro... Alguna de ellas puede incluso llegar a pedirte que le envíes a una de tus hijas porque su marido se ausentó esa noche –partió hacia Kigali–, ella está sola con sus niños pequeños, y se sentiría más segura si alguien –Mukasonga– le hiciera compañía. Y todo eso lleva tiempo, porque la buena educación exige acompañar a la visitante hasta su casa. Es muy descortés dejar que vuelva sola. Pero al llegar a lo de la vecina, ella debe, a su vez, acompañarte hasta tu casa, porque tú la has acompañado. Las idas y vueltas de las mujeres suelen prolongarse mucho, todo el tiempo que necesiten para hablar de sus cosas. Y las cosas más importantes las han reservado para charlarlas durante esas idas

y vueltas que impone la cortesía. Son secretos. Se dicen a media voz, se susurran al oído.

Stefania nos contaba que antes, “en Ruanda”, las mujeres podían ir de una casa a la otra atravesando el bananal. Eso les permitía dar muchas vueltas, y arrancar de pasada las malezas o arreglar algún tutor doblado por el peso de un racimo de bananas, ya que las manos de una mujer jamás deben permanecer inactivas. Pero también se hacían un tiempo para conversar. Se sentaban a mitad de camino. Si una de las dos tenía un bebé, aprovechaba para amamantarlo o para masajear su cuerpito regordete. Se demoraban admirando los hoyuelos del niño, sobre todo los que se forman en la parte inferior de la espalda. Se les llama, de hecho, “los ojos de la espalda”.

“Los ojos de la espalda” eran importantes. Se los consideraba muy bellos, sobre todo entre las jóvenes, que los realzaban poniéndose un cinturón de cuentas multicolores alrededor de las caderas. Por eso, mientras el bebé aún estaba calentito del calor de su madre, ella modelaba dulcemente con sus índices “los ojos de atrás”, esperando que la piel suave y blanda conservara la huella de sus dedos.

Finalmente, una acompañaba a la otra hasta el cerco de su casa. Se detenían bajo el marco de caña de bambú de la puerta. Si las sombras crecientes anuncianaban que era hora de prepararles la comida a los niños, las dos mujeres se abrazaban por última vez, expresándose sus buenos deseos habituales.

En Gitagata, las mujeres casi nunca se animaban a acompañar a sus vecinas hasta la puerta. Todas temían algún encuentro indeseable en el camino: los jóvenes del partido, los militares. Apuraban el paso; ya no era posible ir y venir a gusto, ni demorarse charlando. La mayoría de las veces, se

contentaban con acompañar a la visitante hasta el empalme del sendero y el camino. Es cierto que hubiesen podido pasar por la franja en la que crecían los cafetos, pero ninguna osaba pisotear la delicada alfombra de césped que se extendía al pie de esos arbustos que los blancos nos obligaban a cultivar, y sobre los que pesaban numerosas prohibiciones. Nadie quería tener problemas con los agrónomos de Karama, quienes ejercían sobre las plantaciones una estricta vigilancia. Por eso Stefania y la visitante se detenían en el extremo del senderito, y luego cada una volvía a su casa. Y si había mucho que contar y deseaban seguir conversando, se limitaban a ir y venir por el sendero: "Somos prisioneras", suspiraba mamá.

Los domingos a la tarde, o a veces entre semana, al volver del campo situado detrás de la vivienda después de una larga jornada de trabajo, las mujeres se reunían en casa de una o de la otra, a menudo en lo de Stefania o en lo de Marie-Thérèse. Asaban choclos, pues la interdicción de comer en público alcanza a los hombres pero no a las mujeres. También solían compartir un jarro de cerveza de sorgo o, si el jarro estaba vacío, la tisana obtenida al dejar macerar en agua la gruesa costa de sedimento adherida al fondo del recipiente. La primera ronda de esa infusión tenía el sabor de una cerveza liviana; la segunda era insípida; la tercera, más espesa, inundaba la boca de un horrible amargor, y las damas solo la bebían por no desairar a la anfitriona que no podía ofrecerles más que ese brebaje intomable. Mi madre suspiraba: "No es más que agua... pero si la aguáramos un poco, tendría mejor sabor".

Pero el objeto central de la sociabilidad femenina era la pipa. En la época de Stefania, todas las mujeres de Ruanda

fumaban en pipa. Era el privilegio de las casadas. Durante la fiesta en que la flamante esposa abandonaba sus *amasunzu*, le ofrecían una pipa y ella pitaba por primera vez, para gran alegría de la concurrencia. Claro que las mujeres no fumaban delante de todo el mundo, como los hombres: ellos podían hacerlo donde quisieran, sentados en la puerta de la casilla, deambulando por el camino, en el mercado, y también los domingos a la salida de la misa. Las mujeres solo fumaban en su casa, en el *ikigo*, o a veces en el campo, a la sombra de algún arbusto, durante la pausa que imponían al trabajo las horas más calurosas del día. Solían quejarse de que sus maridos se quedaban con el mejor tabaco, cuando eran ellas quienes se ocupaban del delicado cultivo de las plantas y del secado de las hojas. Los hombres no les dejaban más que las sobras. Los domingos, mamá negociaba duramente con papá algunas buenas hojas. Siempre acababa por obtenerlas.

Las mujeres llenaban su pipa con un trozo de hoja enrollado y perforado con una aguja de cestería, a fin de lograr la aireación necesaria para una buena combustión. Cada una de ellas daba una pitada, hacían circular las pipas por todo el grupo, comparaban los tabacos. ¿Existe mejor prueba de amistad y confianza que intercambiar las pipas?

En más de una ocasión, le pedí a mi marido o a mis hijos que me regalen una pipa. Se mueren de risa. Piensan que es una broma. Sin embargo, a veces me quedo un buen rato frente a la vidriera del negocio que las vende. No me atrevo a entrar a ese lugar solo frecuentado por hombres. Pero pronto me consuelo. ¿Qué gusto tendría el tabaco sin otra mujer con quien poder compartirlo?

Las reuniones en el *ikigo* eran un verdadero parlamento de mujeres. Los hombres se ocupaban de la justicia y los asuntos

exteriores; el grupo de los sabios, del que mi padre formaba parte, resolvía litigios, zanjaba disputas, y también llevaba adelante, cuando era posible, las complejas negociaciones con el jefe de la célula, el alcalde, los agrónomos, los misioneros... Con los militares y los jóvenes del Partido no se podía discutir. Las mujeres estaban a cargo de la educación, la salud, la economía, las estrategias matrimoniales... Cada una tenía derecho a hablar todo el tiempo que quisiera, sin ser interrumpida por las demás. No había mayoría, ni minoría. Para tomar una decisión, era necesario obtener el consentimiento de todas.

Stefania, Marie-Thérèse, Gaudenciana, Theodosia, Anasthasia, Speciosa, Leoncia, Pétronille, Priscilla y tantas otras, eran las Madres buenas, las Madres protectoras, las que alimentaban, cuidaban, aconsejaban, consolaban; las guardianas de la vida que los asesinos masacraron para erradicar, de ese modo, las fuentes mismas de la vida.

A las madres de Gitagata les preocupaba mucho la educación de sus hijos. Los exiliados habían abierto algunas escuelas, primero en Nyamata y después en las aldeas donde los habían dispersado. Los maestros habían recibido ayuda de los misioneros, y seguían dependiendo de su apoyo. En Gitagata, casi todos los niños iban a la escuela. Los únicos que no asistían eran los que no estaban bautizados. Para ser admitido en el curso había que tener un nombre cristiano. Era un requisito que habían impuesto los sacerdotes. Así, los *abapagani*—los paganos— acabaron por ser vistos como gente atrasada que había quedado al margen del irreversible progreso. Las misiones ostentaban sus grandes iglesias, sus edificios de ladrillo rojo, y la luz que brillaba, sin necesidad de encender fuego, hasta

entrada la noche. Era como si un pedacito del mundo de los blancos hubiese caído del cielo cerca de nosotros. Solo el bautismo permitía acceder a él. Los *abapagani* no eran muchos en Gitagata, aunque algunos había. La familia Ngoboka, por ejemplo, que vivía cerca de casa. De todos modos, Ngoboka no era un pagano “duro”. No era un guardián intransigente de las tradiciones, un feroz opositor a las luces cristianas, un partidario inveterado de Ryangombe. Simplemente provenía de una zona recóndita de la provincia de Butare, lejos del área de influencia de los misioneros. La gracia divina lo había pasado por alto. De hecho, Ngoboka parecía burlarse de nuestras tradiciones más venerables. Su hijo mayor solía pescar en el lago Cyohoha, embarcado en una pequeña piragua. Para indignación de todo Gitagata, la familia Ngoboka comía pescado, algo que, como todo el mundo sabe, pone en riesgo la vida de las vacas. Aunque ya no tuviésemos ganado, transgredir ese tabú resultaba muy escandaloso para quienes en otro tiempo habían sido pastores: de un modo u otro, semejante conducta solo podía traer mala suerte.

Ngoboka también tenía tres hijas: Mukantwari, Nyirabuhinja y Nyiramajyambere, quienes permanecían en la aldea mientras los otros chicos estaban en clase. Cuando salían de la escuela, los más revoltosos gritaban “*Abapagani! Abapagani!*”, al pasar frente a la casa de las niñas que no estaban bautizadas. Ellas miraban con tristeza a la multitud endomingada que asistía a la primera, después a la segunda, después a la tercera misa. No obstante, Ngoboka y su familia respetaban, como todos los demás, el reposo dominical. En el día del Señor, nunca se los veía trabajando el campo.

Stefania se compadecía de esas pobres criaturas a quienes la ignorancia de su padre mantenía aisladas de los otros niños y de las ventajas de la civilización. El conciliáculo de mujeres

decidió tomar cartas en el asunto. Primero se ocuparían de Nyiramajyambere. Ella tenía, hay que decirlo, un nombre predestinado: Nyiramajyambere, “La que progresó”. Mamá acordó su bautismo con Apollinaire Rukema, el catequista. La niña fue instruida someramente en las verdades cristianas. Stefania aceptó ser su madrina, y Nyiramajyambere fue bautizada con el bello nombre de Gloriosa. Solo faltaba convencer a Bukuba, el maestro de escuela, de aceptar en la clase de los más pequeños a una niña que ya debía tener diez, tal vez doce años. Bukuba se mostró reticente. Varias delegaciones de mujeres fueron a hablar con él y acabaron por persuadirlo: Gloriosa comenzó a ir a la escuela. Stefania, que no sabía leer ni escribir, continuó alentándola, exaltando las ventajas de la lectura: mi padre, por su parte, le enseñaba a descifrar algunas palabras de la Biblia. Como la mayoría de los alumnos de Nyamata, Gloriosa no pudo acceder al examen nacional que permitía ingresar a la escuela secundaria, pero Félicité, la hija de Marie-Thérèse, la llevó con ella al convento. Allí la iniciaron en la costura y en la comida “civilizada”, y aprendió algunas otras palabras en francés. Sus hermanas siguieron el mismo camino y, con el tiempo, obtuvieron empleo en Kigali. Un día, mientras conversaban, Stefania le susurró a mi padre: “Ya ves, sin ningún rosario, logré convertir a los paganos. Quizá Ryangombe tuvo algo que ver con esto...”.

Cuando en el *ikigo* las mujeres hablaban de Suzanne, y siempre acababan hablando de ella, debían tomar muchas precauciones. A pesar de su pésima reputación, evitaban cualquier alusión a su casa descuidada, a su campo miserable, a sus hijos, que vagaban harapientos e infestados de niguas. Si tomaban

tantos recaudos, era porque Suzanne cumplía en Gitagata una función indispensable: era la encargada de hacer la visita pre-nupcial a las jóvenes que iban a casarse. Eso la convertía en un personaje importante, y aunque las mujeres la criticaran en voz baja, demostraban por ella un gran respeto, mezclado, por cierto, con un poco de miedo.

De un modo u otro, hablar de Suzanne era hablar de la sexualidad. El sexo era un tema absolutamente prohibido. Las palabras que lo designaban jamás eran pronunciadas. Lo curioso es que, sin haberlas escuchado nunca, todos acabábamos por aprenderlas. ¿Sería el diablo, Ryangombe en persona, como decían los curas, quien nos las susurraba al oído? La sexualidad de las jóvenes, sin embargo, era motivo de máxima preocupación. A diferencia de otras sociedades africanas, en Ruanda no se practicaba la mutilación genital femenina. Al contrario, se consideraba indispensable proteger ese preciado reducto de donde vienen los bebés. Desde la infancia debíamos cubrirnos esa parte del cuerpo, e intentar, sobre todo, mejorar sus defensas naturales. Durante mucho tiempo, la niña permanecía apagada a la madre, la seguía a todos lados como si fuese su sombra. Pero cuando alcanzaba aproximadamente los diez años de edad, la madre le decía: “Ve a ver a la vecina, ella tiene algo que explicarte; pregúntale a tus amigas más grandes, ellas te enseñarán; o habla con Speciosa, a su edad, seguro que ya sabe”. La madre no decía nada más. No le correspondía iniciar a su hija. Las niñas aprendían entre ellas. Con los dedos estiraban los labios mayores de la vulva y luego los unían otra vez, como un bivalvo bien cerrado. Escribo palabras que una ruandesa no debe pronunciar ni escribir. Pero, después de todo, son palabras en francés, y acaso sobre ellas no pese la prohibición.

Antes del casamiento, las jóvenes eran examinadas por Suzanne. Estaban nerviosas porque recordaban la historia de

Margarita. Según se comentaba, ella había sido repudiada a causa de eso. Había vuelto avergonzada de la casa de sus futuros suegros, al otro lado del río Nyabarongo. Actualmente vivía sola, en una casilla aislada. Solo se la veía en el campo, detrás de la casa.

Las chicas iban de noche a hacerse la revisación. Le llevaban regalos a Suzanne. No sé si eso influiría en el diagnóstico, pero en todo caso, la mayoría de las veces volvían más tranquilas: Suzanne había confirmado que cumplían con lo que exigía la tradición.

En el ikigo, las mujeres nunca hablaban abiertamente de esta práctica, pero cuando alguna nombraba a Suzanne, todas sabían de qué se trataba.

Entre las mujeres se discutió mucho tiempo acerca de la enfermedad de Fortunata. Ella pertenecía a una familia muy respetada de Gitagata. Sus dos hermanos mayores, ya casados, ocupaban puestos de cierto prestigio: uno era Rukema, el catequista del que he hablado antes; el otro, Haguma, era sirviente de uno de los agrónomos belgas de Karama. Speciosa, la hermana menor, se había instalado en Kigali y trabajaba en la casa de unos blancos. Iniciados en los inextricables misterios del Dios de los misioneros o en las extrañas costumbres europeas, la gente de la aldea los incluía en la envidiada categoría de los "civilizados". Fortunata, en cambio, se había quedado en Gitagata para cuidar de Cecilia, su madre, una mujer muy anciana y casi inválida. Era una joven valiente. Todos admirábamos su actividad incansable. Ya nadie decía "la casa de Cecilia", sino "la casa de Fortunata". Las mujeres que buscaban esposa para alguno de sus hijos tejían grandes proyectos en torno a ella: ¡dichosa sería quien la tuviese por nuera!

Hasta que un día, Fortunata desapareció. No se la vio más en el campo, ni en el sendero que conducía al lago, ni siquiera los domingos a la salida de la misa. Las otras chicas declararon que ya no se reunía con ellas para retocar sus *amasunzu*. Finalmente se supo que Fortunata se había encerrado en su casa, que se negaba a abandonar su estera, que temblaba violentamente y gemía día y noche sin decir qué le ocurría, pero repitiendo sin cesar un nombre, Théoneste, hasta entonces desconocido en Gitagata. Todas las mujeres coincidieron en que se trataba de una enfermedad muy extraña, como jamás se había visto en Gitagata, ni tampoco en la Ruanda de otros tiempos. Y nadie podía comprender por qué su madre no había acudido a pedir consejo a las otras mujeres: juntas, sin duda habrían podido hallar las plantas o el hechizo indicados para curar a la joven.

No sé quién reveló el nombre de la misteriosa enfermedad, ni cómo la noticia se difundió en la aldea y sus alrededores. Fortunata padecía la enfermedad del amor. ¡La enfermedad del amor! ¡Jamás habíamos oído hablar de algo semejante! ¿Dónde la habría contraído? El amor solo podía ser una enfermedad de blancos. ¿Y que podrían hacer los habitantes de la aldea contra una enfermedad de blancos? Speciosa fue acusada de haber traído la peste de Kigali, y apenas volvió a Gitagata, fue puesta inmediatamente en cuarentena. Había que impedir que el mal se propagara. Muy pronto se descubrió que las jóvenes eran las más propensas a enfermarse. Las madres comenzaron a vigilarlas de cerca, y ya no las dejaron salir. Les prohibieron a los niños, y sobre todo a las niñas, pasar frente a la casa de Fortunata. Para ir a la escuela, debían dar un largo rodeo a fin de evitar la vivienda maldita. La enfermedad del amor, en la aldea no se hablaba de otra cosa. Hasta los hombres tenían su opinión al respecto. Los niños componían

canciones que cantaban a viva voz pero a prudente distancia de lo de Fortunata: "Indwara y'urukundo! Indwara y'urukundo! ¡Es la enfermedad del amor! ¡Es la enfermedad del amor!".

El escándalo causado por la enfermedad de Fortunata llegó pronto a oídos de sus hermanos, quienes iniciaron una investigación para descubrir al envenenador cuyo maligno sortilegio había hechizado a la joven. Después de muchas averiguaciones, concluyeron que el hechicero era un tal Théoneste que vivía muy lejos de Gitagata, más allá de Nyamata, a orillas del río Nyabarongo. Los dos muchachos fueron a hablar con él. Le explicaron que, por haberle inoculado a su hermana la terrible enfermedad del amor, debía asumir todas las consecuencias, es decir, llevarse a Fortunata a vivir con él y hacerse cargo de ella en el penoso estado en que la habían dejado sus gualichos. Por la fuerza o por propia voluntad, Théoneste tuvo que aceptar el pedido de los hermanos, quienes le enviaron a Fortunata lo antes posible. Por lo que supimos más tarde, ella recobró la salud.

La partida de Fortunata provocó un gran alivio en la aldea. La abominable enfermedad del amor había sido erradicada. Las chicas pudieron volver a soñar con el día de su casamiento, y las madres, dedicarse a buscar el mejor candidato para ellas.

"Recién vi pasar a la pobre Claudia", decía Stefania, "a su edad, todavía lleva los *amasunzu*... debemos hacer algo por ella". Para conseguirles marido a las jóvenes que seguían solteras, las mujeres del *ikigo* eran capaces de urdir las peores tramoyas. Así fue en el caso de Claudia.

Claudia era hija única. Había perdido a su madre y debía cuidar de su padre, que era muy anciano y ya no podía

trabajar el campo ni mantener la casa. Pero Claudia era una joven energética, dotada de un vigor poco común. Cuando iba a buscar agua, cargaba sobre la cabeza jarros tan pesados que ningún hombre hubiese logrado sostenerlos. Admirábamos sus muslos macizos, sus piernas velludas, y ese andar majestuoso que se asemejaba al de los elefantes. El ancho de sus caderas era una promesa de fecundidad. Aunque su físico no se ajustara, rasgo por rasgo, al canon de belleza ruandés, nadie comprendía por qué los muchachos siempre hallaban algún pretexto para rechazar a quien parecía ser la esposa ideal, una mujer capaz de cultivar la tierra y de traer muchos hijos al mundo. Aunque intuimos la razón de su reticencia: la madre de Claudia había muerto tras una larga enfermedad que la había mantenido recluida en su casa. Una enfermedad como esa, que la familia había intentado ocultar al resto de la aldea, solo podía ser causada por los maleficios de un envenenador. Era de temer que el poder del hechizo se extendiese a toda la familia, incluidos Claudia y sus futuros hijos. Nadie estaba dispuesto a afrontar semejante maldición.

Por eso Claudia seguía soltera. Podría haber ido a Kigali, como hacían otras. Allí siempre encontraban marido. Pero Claudia no era ninguna desvergonzada, y Francisco, su padre, velaba severamente por el respeto de las tradiciones. En la aldea era tenido por un hombre honorable, y se decía que había prometido a su difunta esposa cuidar la honra de su única hija.

Los años pasaban, y Claudia no conseguía marido. Las mujeres de Gitagata decidieron que era hora de actuar, de encontrarle por fin un esposo. Karangwa les pareció la mejor alternativa. Era un muchacho grande, un solterón, pero así resultaba buen partido porque trabajaba en Karama como jardinero o como sirviente, ya no recuerdo. Hecho excepcional

para un soltero, Karangwa ya no vivía con sus padres, tenía casa propia. Sin duda, ese fue uno de los motivos por el que las mujeres lo eligieron como candidato.

Karangwa trabajaba toda la semana en Karama. Al igual que mi hermano Antoine, sólo regresaba a Gitagata el sábado, para volver a irse el domingo. Eso les permitió a las mujeres elaborar y poner en marcha su plan maquiavélico. Claudia se prestó al tejemaneje sin sentir, al parecer, el menor escrúpulo. Fue así que un sábado, antes de la llegada de Karangwa, las mujeres introdujeron a Claudia en su casa. Ella se ocultó en el rincón más oscuro: era poco probable que Karangwa advirtiera su presencia cuando volviese, después haber bebido varios jarros de cerveza con los otros jóvenes solteros. Claudia permaneció toda la noche escondida, acurrucada, sin moverse, casi sin respirar, y he aquí que, con la primera luz del día, una vecina golpeó a la puerta de Karangwa y claro, enseguida descubrió a Claudia, que emergió de su escondite y se hizo ver junto a la cama del muchacho. Según lo convenido, la vecina comenzó a gritar con todas sus fuerzas: "*Yemwe! Mamawe!* ¡Karangwa raptó a Claudia! ¡Karangwa raptó a Claudia!". Al oír sus gritos, los vecinos salieron a ver qué pasaba, y pronto una multitud rodeó la vivienda de Karangwa. La gente exclamaba: "¡Karangwa raptó a Claudia, Karangwa raptó a Claudia!". Las mujeres lanzaban gritos estridentes, "¡Yiiiiii, yiiiiii...!". El padre de la joven acudió de inmediato. Le exigió a Karangwa casarse con su hija. La habían encontrado en su casa, había pasado la noche con él. La aldea entera era testigo del rapto. El muchacho balbuceó unas palabras, pero era demasiado tarde: los jarros de cerveza ya estaban en camino, las conspiradoras ya entonaban cantos de alabanza a la futura esposa, las otras chicas ya

danzaban a su alrededor. El padre de Claudia y la familia de Karangwa resolvieron el asunto. Las tradiciones serían respetadas, y Claudia tendría un marido. Todo arreglado, ¡a celebrar la boda!

Otra gran preocupación de las mujeres era el embarazo. Tener un hijo implicaba alcanzar la cúspide de la consideración, del respeto, del poder que toda mujer ambicionaba. Lo que se esperaba de una recién casada era que quedara embarazada lo más pronto posible. Si tardaba en comunicar la noticia, el marido comenzaba a inquietarse, a advertir las miradas de desprecio de los otros hombres y las murmuraciones de las madronas. Algunos le aconsejaban que repudiara a esa esposa indudablemente estéril. Hay que decir también que, en Ruanda, el embarazo a veces era nómada, no se mantenía en un solo sitio sino que recorría todo el cuerpo de la futura madre. La mujer le anunciaría al marido: "Estoy embarazada, pero el bebé migró hacia la espalda". Este curioso fenómeno podía deberse a los maleficios de un envenenador o de alguna vecina celosa, o quizás a una maldición venida de más lejos; en todo caso, a nadie sorprendía que el bebé se paseara dentro de su madre, recorriendo la espalda, el cuello, las rodillas... no había motivos para preocuparse demasiado: tarde o temprano, acabaría volviendo al lugar correcto.

Las peregrinaciones del bebé podían durar algunos meses, como máximo dos años, pero hubo un caso distinto, el de Madame, la esposa de Nakereti. Él tenía ese extraño apellido –Nakereti era realmente su apellido, no un apodo– que, sumado a su tez demasiado clara, daba mucho que hablar: otro

más, suspiraba Stefania, cuya madre debió haber pasado una noche entera confesándose*. Acerca de su esposa, las mujeres exclamaban alarmadas: “Es nuestra quinta cosecha de sorgo desde que Madame está encinta, y el bebé aún no nace!”. Ellas pensaban que Madame y su gravidez sin fin hacían peligrar la vida de todos. Un embarazo de cinco años, ¡cómo es posible! Sin duda, Madame era víctima de un maleficio muy poderoso; había que mantenerse alejado de ella, evitarla a toda costa, apartarse de su camino. La desdichada pareja había sido puesta en cuarentena. Los hombres, por su parte, se burlaban de Nakereti, quien confiaba en su esposa y esperaba ingenuamente que el inquieto bebé volviera a ubicarse en el vientre que nunca debía haber abandonado. Algunos incluso sospechaban que Nakereti padecía la terrible enfermedad del amor. Stefania y otras mujeres opinaban distinto. Ellas señalaban que Madame y Nakereti habían sido vecinos de Tito, el comerciante detenido junto a otras personas en 1963. Ese día, los militares también se habían llevado a Apollinaire, su hijo pequeño, cargándolo con su padre en el camión. Madame había visto todo, había oido todo. Según Stefania, el bebé había sentido, en ese momento, el terror que embargaba a su madre. Por eso, no tenía prisa por venir a este mundo, un mundo donde se asesinaba a los niños.

Nunca supimos si Madame finalmente dio a luz, porque tras las masacres de 1967 en las que tantos jóvenes fueron asesinados, la pareja logró escapar hacia Burundi. No tuvimos más noticias de ellos...

* Debido a su tez clara, la gente sospecha que Nakereti podría ser mestizo; hijo de un hombre blanco. En la época, que una mujer de la comunidad mantuviera relaciones sexuales con un blanco era considerado un pecado grave. Eso explica el comentario de Stefania: tratándose de un “pecado” de esas características, la madre de Nakereti debió haber pasado toda una noche confesándose.

Las violaciones. Nadie quería hablar de eso. Nadie podía hablar de eso. Nuestras tradiciones no nos habían preparado para afrontar esa calamidad que golpeaba a las familias. Antes, “en Ruanda”, cuando una joven soltera quedaba embarazada, sus familiares la ocultaban, la hacían desaparecer, decían que se había mudado a Kigali o más lejos aun, a Burundi, que en aquel entonces se llamaba Usumbura. En todo caso, ella no debía dar a la luz en la casa de sus padres. No se trataba tanto de una condena moral, sino más bien del temor a que la transgresión de las reglas que aseguraban el buen funcionamiento social atrajera sobre la familia, y sobre toda la comunidad, una sucesión de catástrofes que afectaría por igual la fertilidad de los campos y la fecundidad de las mujeres y de las vacas. Generalmente, la joven y su bebé acababan por regresar con los suyos, pero siempre subsistía un dejo de desconfianza y aprehensión hacia ese niño nacido fuera de las normas respetadas por todos los ruandeses.

¿Pero puedes guiarte por los preceptos de la tradición cuando tus hijas son víctimas de los jóvenes del partido único, a quienes les inculcaron que violar mujeres tutsis es un acto de justicia, un derecho adquirido por el pueblo mayoritario? ¿Quién soportará el peso de esa tragedia que en vano se intenta ocultar: la niña-madre convertida en una maldición viviente, rechazada por todos, desesperada; su familia, marginada del resto de la comunidad, abrumada por el remordimiento de no haber sabido proteger a uno de los suyos? Y el bebé, ese hijo del odio, ¿qué desgracias traerá bajo el brazo?

Fue la violación de Viviane lo que llevó a las mujeres a cuestionar los comportamientos que hasta entonces había impuesto la tradición. Viviane era muy joven, todavía una adolescente. Las madres la tomaban como ejemplo de buena

conducta frente a sus hijas rebeldes. Ella cometió la imprudencia de ir sola a buscar agua al lago Cyohoha en el horario en que los jóvenes del partido estaban en su campamento bebiendo cerveza, jactándose de los ataques perpetrados contra los tutsis y planeando los próximos. Al ver que Viviane no volvía, su madre alertó a las otras mujeres, quienes les avisaron a los hombres. Ellos se dirigieron hacia el lago. Mucho antes de llegar, descubrieron la calabaza de Viviane tirada a un costado del camino, rota, y un poco más lejos, bajo un matorral, el cuerpo ensangrentado de la joven. Estaba cubierta de moretones, y era evidente que había sido violada. Los hombres fueron a buscar la camilla de caña de bambú trenzada en la que se transportaba a los enfermos graves y a los muertos. Dos de ellos cargaron la camilla sobre sus hombros. Atravesaron la aldea entera. Todo el mundo pudo ver a Viviane, pudo ver la sangre que manchaba su paño. No había nada que ocultar.

La aldea estaba conmocionada. Todos imploraban la protección de la Virgen y la de Ryangombe. Lloraban por Viviane, claro, pero también por las desgracias que, a causa de la violación, no tardarían en abatirse sobre los habitantes de Gitagata.

Sin embargo, esa vez, la compasión y la solidaridad fueron más fuertes que la tradición. Viviane y su familia no debieron someterse a la cuarentena que exigía la costumbre. Stefania y otras mujeres se ocuparon de curar las heridas de la joven, pero pronto constataron que estaba embarazada. No por eso dejaron de prodigarle cuidados y consejos. Viviane dio a luz en la casa familiar. Asistida por las matronas que siempre se encargaban de los partos, trajo al mundo a un hermoso bebé, un varón.

No obstante, las mujeres seguían convencidas de que había que conjurar la maldición que sin duda pesaba sobre Viviane y su bebé. El asunto fue discutido en los patios durante mucho tiempo. Acurrucada detrás del termítero, yo intentaba pasar desapercibida para poder escuchar los debates. Mamá repetía uno de sus adagios preferidos: "El agua purifica todo". Poco a poco, la asamblea llegó a la conclusión de que el baño lustral era el rito más apropiado para el caso: habría que lavar minuciosamente cada parte del cuerpo de Viviane y de su hijo.

¿Pero dónde obtener el agua lustral cuyo poder fuese capaz de expulsar el maleficio que, debido a la violación, se había apoderado de la joven madre y del niño? Evidentemente, el agua malsana del lago Cyohoha no era la indicada. El agua de lluvia parecía poco eficaz. Había que extraer el agua purificadora del manantial de Rwakibirizi. Era la única fuente que había en Bugesera, y no se secaba jamás. El agua manaba en violentos borbotones, como si brotara de las entrañas de la tierra. Manaba desde los orígenes mismos de Ruanda. Al volver del exilio, Ruganzu Ndori, uno de los reyes fundadores de Ruanda, había hecho un alto en Rwakibirizi; al clavar allí su lanza, el agua había comenzado a fluir. El rey traía consigo la fertilidad y la abundancia: las aguas del Rwakibirizi, nacidas del poder soberano, eran capaces de vencer cualquier maldición.

Dos jóvenes vírgenes reconocidas por su discreción fueron las elegidas para ir en busca del agua sagrada. Llevaban dos grandes calabazas de las que se usaban para preparar manteca (¡y no fue fácil conseguirlas, pues ya no teníamos vacas!). Un grupo de mujeres las acompañó: iban cantando las hazañas del rey Ruganzu Ndori, pero guardaban un prudente silencio cada vez que alguien se acercaba por el camino.

Las mujeres definieron meticulosamente los ritos de la ceremonia, que debería llevarse a cabo en la sabana, donde moran los Espíritus. Como estos se manifiestan con más frecuencia en las encrucijadas de los senderos, la comitiva escogió un cruce resguardado de las miradas indiscretas y cubrió el suelo con un manto de hierba.

Al abrigo de la noche, las mujeres, Viviane y su bebé partieron de la aldea. El rito debía celebrarse en el momento propicio, es decir, cuando el sol aún no ha salido pero el cielo ya comienza a clarear. Yo no asistí a la ceremonia: no fui autorizada a acompañar a mi madre. Era demasiado joven y, sin duda, demasiado indiscreta. No es bueno revelar los secretos que conducen al mundo de los Espíritus. Por cierto, las oficiantes volvieron a la aldea sin las calabazas: tras finalizar el rito, estas fueron enterradas en el lodo del pantano.

El agua del Rwakibirizi logró conjurar la maldición que la violación de Viviane había atraído sobre la aldea: nadie dudó de eso. Hasta se organizó una fiesta para darle la bienvenida a ese bebé en cuyo padre preferíamos no pensar. No fue exactamente la ceremonia del *ubunyano* porque no se trataba de un recién nacido, pero el niño recibió un nombre, Umutoni –“Él está con nosotros”–, y desde ese día, todos los chicos de Gitagata lo aceptaron como un hermano. Viviane fue incorporada al grupo de las mujeres respetables, aunque con un estatus algo incierto. Ya no era una jovencita, no podía hacerse los *amasunzu*, pero tampoco era una mujer casada: se optó por considerarla una viuda y, como tal, podría casarse con otro viudo.

En 1994, la violación fue una de las armas de los genocidas. Muchos de ellos eran portadores de HIV. Ni el agua del

Rwakibirizi, ni la de todas las fuentes de Ruanda habrían bastado para “lavar” a las víctimas, para librarlas de la vergüenza por las aberraciones sufridas, y de la marginación por ser consideradas portadoras de muerte. Sin embargo, fue en ellas mismas, y en los hijos nacidos de las violaciones, que esas mujeres encontraron la fuente inagotable del valor, la fuerza para sobrevivir y desafiar los planes de sus asesinos. La Ruanda de hoy es el país de las Madres-Coraje.

¿Será que los Espíritus de los muertos nos hablan a través de los sueños? Cómo quisiera creer que es así. Escribo en mi cuaderno esta pesadilla que desde hace tiempo asedia mis noches.

La puerta del aula se abre y de ella brota una oleada de niños; niñas con vestidos azules, niños con short y camisa *caqui*. Forman una fila larga y silenciosa, pero a diferencia de lo que ocurre habitualmente, esta vez no se dispersan después de atravesar el montecito de eucaliptus que separa el patio de la escuela del terraplén polvoriento del mercado. Todos juntos toman el camino que conduce al campamento militar de Gako, en la frontera con Burundi. Me gustaría preguntarles: “¿A dónde van? ¿Por qué no vuelven a sus casas?”, pero en el fondo conozco la respuesta, porque yo, Mukasonga, estoy entre las niñas, camino junto a Candida, mi amiga, y delante y detrás de mí, veo a Immaculée, a Madeleine, a Speciosa, y también a Alphonsine y a Viviane...

Sé que vamos a recoger flores; el cura nos lo pidió al finalizar la misa: “El próximo domingo es la fiesta del Santísimo Sacramento, necesitaremos flores para decorar el altar, y muchas más flores para la procesión”. Y Kenderesire, la catequista, nos lo recordó al terminar la clase: “Deben ir a buscar flores, flores blancas para el altar del buen Dios, y muchos pétalos para la

caminata de María". Y Désiré, el maestro, nos lo repitió una vez más antes de salir del aula: "No se olviden, deben traer flores para el altar de Nuestro Señor, y para la lluvia de pétalos que ustedes lanzarán frente a los rayos dorados del ostensorio".

Los niños se detienen al pie de una colina alta. Una colina completamente blanca. Cubierta de flores blancas. Comienzan a correr, trepan por la pendiente. No puedo seguirlos. Ya no soy una niña. Grito: "No suban esta colina, no hay más que piedras filosas: es Rebero, el lugar de la masacre". Las flores blancas se mecen al paso de los niños. Crujen, rechinan, restallan, crepitan como leña seca. Me tapo los oídos. Grito: "Vuelvan, chicos, vuelvan...".

En la iglesia, los niños llevan manojo, haces, gavillas de ramas blancas. Yo les digo:

—No son flores lo que trajeron de ahí...

—No —me dice Candida—. Mira lo que dejamos frente al altar de Jesús, frente a la imagen de María. Míralo bien.

Al pie del altar de Jesús, al pie de la imagen de María, hay una montaña de huesos: los esqueletos de los hombres, las mujeres y los niños de Nyamata cubren el piso de la iglesia.

—¿Los reconoces? —me pregunta Candida—. Míralos, ellos están ahí, y yo también, ¿reconoces a los tuyos? ¿Reconoces a Stefania?

Candida ya no es más que una sombra difusa; su voz se pierde en un eco lejano:

—¿Tienes un paño que alcance para cubrirlos a todos... para cubrirlos a todos... a todos...?

ÍNDICE

Introducción	7
<i>A menudo mi madre...</i>	15
I. Salvar a los hijos	19
II. Las lágrimas de la luna	31
III. La casa de Stefania	37
IV. El sorgo	47
V. Medicina	61
VI. El pan	73
VII. Belleza y matrimonios	83
VIII. El casamiento de Antoine	99
IX. La tierra de los cuentos	107
X. Historias de mujeres	115
<i>¿Será que los Espíritus de los muertos...?</i>	141

100/100

1

Esta edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de Semilla Creativa en el mes de agosto de 2018,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.